PQ 6574
.Y3 E6
Copy 1

LIBRARY OF CONGRESS
0 021 100 859 3

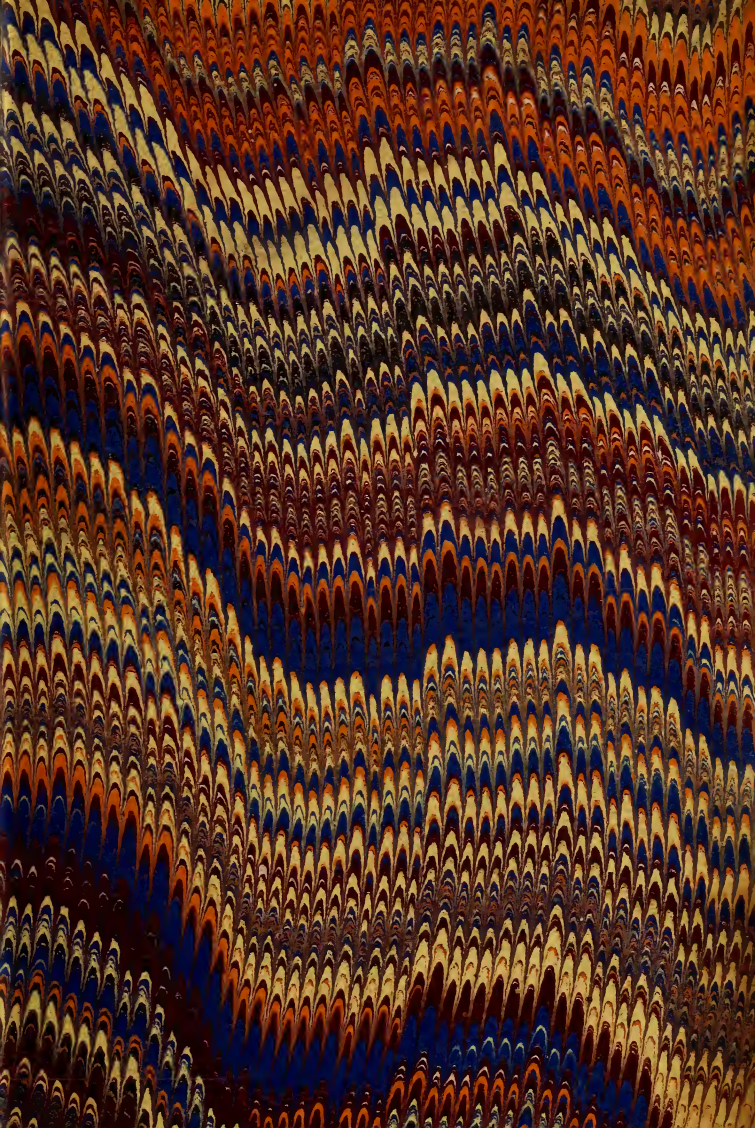
PQ 6574
.Y3 E6
Copy 1

LIBRARY OF CONGRESS.

Chap. PQ6574

Shelf .Y3E6

UNITED STATES OF AMERICA.



EN EL FONDO.

EN EL FONDO.

AFORISMOS CASEROS

SOBRE VARIAS COSAS.

FRAGMENTOS, ARTICULOS, ETC.

ORIGINALES

DE D. PEDRO MANUEL YAGO.

Library of Congress.
1867
City of Washington.

VALENCIA;
IMPRENTA DE JOSÉ RIUS.
1863.

PQ6574
.Y3E6

Es propiedad del autor.

A D. JACINTO LABAILA.

Querido Jacinto:

Tú fuiste el primero que en estas ligeras apuntaciones, en estos incoherentes fragmentos, viste un libro y me sujeriste la idea de publicarlo. En cámbio, pues, y en recuerdo de una amistad de muchos años y para muchos años (así Dios lo quiera, ¿no te parece?) te lo dedica tu afectuoso amigo

Pedro Yago.

INTRODUCCION.

—

Todos los objetos, todas las escenas que la sociedad, que el mundo, en su material acepcion, ofrecen á nuestra vista, son cuadros: la naturaleza misma es un cuadro inmenso.

Respecto de aquellos, no sirve que se nos presenten, ora en una poblacion destacándose sobre los edificios de una calle, ora en el campo sobre el lejano horizonte, porque á pesar de eso, para cada espectador tiene cada cuadro un fondo diferente.

La imaginacion de cada uno se lo presta.

Respecto del último... ¡oh! en cuanto á éste, en lo que mas se ha lucido el gran artista autor de este inmenso panorama es en el fondo de su cuadro.

Mirad una campiña, contemplad el mar.

A cada dia, á cada hora, en cada estacion, vereis la movible marina ó el tranquilo paisage destacarse sobre diferentes tintas.

Ora cielo y agua confundiendo en una su diáfana trasparencia, ora una atmósfera risueña, clara y sin nubes; ora caprichosos celages, ora un horizonte teñido de oro y carmin.

La tormenta, el tiempo apacible, determinan diferente luz, bañan con distinto color el fondo y términos lejanos de la composicion.

Esto en cuanto á los ojos del cuerpo.

Para los del alma es otra cosa.

¿No habeis observado una circunstancia; que el cielo que habeis visto en vuestra niñéz desde el regazo materno ó sobre las rodillas de vuestro padre, no se parece al cielo que os muestra ahora vuestro pais?

Es que lo veis ahora con diferentes ojos, la juventud no tiene los mismos que la infancia.

Pues otro tanto sucede con todos los cuadros reales de la vida: cada cual los ve con diferentes ojos.

Por eso tienen un fondo diferente para cada uno que los mira.

Ved esas dos personas de distinto sexo que en un paseo, rodeadas de gente, sostienen un seguido y animado diálogo, sin hacer maldito el caso de las personas que les observan.

Son dos amantes.

Se hallan en ese breve período en que dos voluntades se acuerdan entre sí perfectamente, es decir, en igual grado de exaltacion simpática.

Vosotros sabeis, por egemplo, que ahora vienen de su casa y no del café, que hace mucho rato que han comido, y no se os ha ocurrido ni remotamente que puedan estar sino en su estado normal.

Llamad sobre ellos la atencion de uno de esos descreidos que han gastado emocion por emocion todos sus sentimientos, que juzgan enfermedad todo

acceso de pasion. Le direis—«ellos parecen estar serenos.» Para él sin embargo, *en el fondo* están ébrios.

Muéstrese alguno de vosotros muy juicioso en su conversacion con un hombre de negocios, pero confiésele á lo mejor que hace versos, dado caso que así sea, y dirá aquel para sí al tiempo de separarse: —«parecia juicioso, pero *en el fondo* es un loco.»

Falte otro á sus obligaciones, dilapide y estafe para gastar con sus amigos en banquetes y fiestas el dinero que no le pertenece, y para estos aunque parezca otra cosa, *en el fondo* será siempre un buen chico.

En el fondo.....

La filosofía, dada á despreciar la forma de las cosas y á estudiar su esencia íntima, ha hecho de moda esta frase.

Hoy se aplica á todo, pero con especialidad á las obras de arte.

Hoy los libros tienen un fondo intencionado, filosófico, etc.

Los cuadros, además del fondo color gris ó azul de cielo para el pintor, tienen un fondo fantástico ó un fondo de sentimiento, para la crítica ó para el primer miron á quien así se le antoje.

En el fondo...

Es ese *mas allá* que vemos en todas las cosas.

Son las consecuencias que nuestra mente nos lleva á deducir de todos los sucesos.

Es el secreto móvil que supone nuestra malicia, á fuer de esperta, en todo lo que miramos, negándose á creer aquello que vemos.

Es la segunda intencion, la intencion oculta, de todo acto, que aceptamos mejor que la intencion aparente, acaso para ser en esto consecuentes con nuestra propia naturaleza

En esto, como en tantas otras cosas, no hacemos mas que justificar este viejo axioma de la ciencia moral del vulgo:—*la privacion es causa del deseo.*

Y así aceptamos mejor la razon que no se nos dá de una cosa, como si dijéramos, la que se nos niega, que la que nos ponen á los ojos, como quien dice, en la mano. Sin mas motivo para ello, como voy diciendo, que el de tomar

Lo que no nos dan en vez de lo que nos ofrecen,

Lo desconocido por lo conocido,

El misterio, el error, por la verdad,

Lo que buenamente nos pertenece, como que es del dominio público, por lo que no nos pertenece, como que es el privado de la conciencia, el sagrado de la intencion.

La ley no se atreve á penetrar hasta la conciencia para descubrir un crímen; nosotros penetramos en la intencion por el placer de encontrar una calumnia.

Para ver el fondo de un objeto, lo primero que hay que hacer es dejar de ver el objeto.

¿No habeis visto á veces un hombre distraido?

Parece que su mirada pasa á través del objeto que tiene delante y se pierde allá á lo lejos.

Parece que para ver mejor con los ojos del alma cubre con un velo los del cuerpo.

En efecto, está á cien leguas del objeto que tiene delante.

Lo mismo, pues, les sucede á todos los que ven mucho mas allá de las cosas.

Utopistas les llaman á veces algunos; ciegos les llamaria yo.

Y así es la verdad, que nadie ve tanto espacio tras de las cosas como los ciegos.

Nada limita la sombra que tienen delante de sí.

Para nadie es tan vasto el mundo como para un ciego, y nadie le sacaría de su error si contínuos tropiezos no le avisasen.

Cuantos objetos halla, parece que tienen una complacencia cruel en salirle al encuentro para decirle que el espacio que recorre es mas limitado de lo que él se imagina.

Vuelvo á repetirlo: para ver el fondo de un objeto lo primero que hay que hacer es dejar de ver el objeto.

¿No habeis parado mientes en lo que hace uno que mira un espejo?

Una vez frente de éste, sus ojos se fijan en el límite de la habitacion que el espejo reproduce.

La habitacion tiene diez varas de longitud, por egemplo, y él en aquel momento ve diez varas mas allá de lo que mira.

Si aquel hombre no supiese que lo que á su vista se ofrece es una superficie y no un hueco, diria que está viendo en el fondo de aquel objeto.

Y, sin embargo, aquel fondo es una mentira, una ilusion de sus sentidos.

Aquel fondo se halla detrás del que lo mira.

Otro tanto nos sucede en todo; en cuanto en el mundo nos rodea, se refleja para cada uno su

propia individualidad con todos sus antecedentes.

Supongamos un hombre erudito, un sábio, el cual sobre viejos cronicones se ha estado quemando las cejas y devanando los sesos por muchos años, y otro sencillo é ignorante, tan ignorante como el que mas.

Ambos ven un acontecimiento político de escasa importancia.

Aunque asi parece, el primero, y solo él, ve en el suceso una gran trascendencia. Y es que todo lo que sabe, toda la historia que tiene tras de sí, todas sus apreciaciones, se reflejan en el suceso.

El segundo lo ve, se alza de hombros y pasa adelante. Este ha visto el hecho y no ha visto mas allá.

Por eso tengo para mí, que debe ser muy curioso ir conociendo sucesivamente el modo de ver las cosas que cada uno tiene.

Si os domina en este momento, lectores, una curiosidad de esta especie, podeis empezar á satisfacerla.

Teneis la ocasion en la mano.

Leed este libro.

No sirve para otra cosa.

EL HIELO ARTIFICIAL.

—

Tended la vista en rededor vuestro, y por todas partes vereis la mano del hombre intentando sustituir á la mano de la naturaleza.

El arte pugnando por imitarla, por invadirla.

No hace mucho, para refrescar nuestras bebidas, necesitábamos que la naturaleza á algunas leguas de nosotros, se tomase el trabajo de prestarnos parte de las nieves de que habia hecho acopio en el invierno.

Sabíase el recurso vergonzante de helar el agua por medio de mezclas frigoríficas.

Esto, empero, hacia caro el producto. La industria moderna ha adelantado algo mas y ha logrado producir el hielo en gran cantidad y con mayor economía.

Ello no me admira. El arte, esto es, la mano, la voluntad del hombre, habia ido en esto mucho mas allá y no lo habíamos reparado siquiera.

El ingenioso industrial que ha traido á nuestra ciudad el procedimiento de que nos ocupamos, ha conseguido helar el agua en medio de una atmósfera á treinta grados de temperatura.

Pero helar un corazon rico de ilusiones, en el lleno de la juventud, eso solo lo consigue la esperiencia de nuestros dias.

Y el procedimiento es muy sencillo.

La observacion de la naturaleza lo dá al instante.

Nuestra generacion no ha hecho mas que ver lo que vamos á esponer á continuacion.

El agua es de los cuerpos mas blandos que conocemos.

La pisais, y rodea y besa con amor el pié que la oprime.

La golpeais, y se desborda en lágrimas fuera del recipiente que la contiene.

Cansada de que se abuse de ella, quiere endurecerse y no hace mas que desechar un poco de calor.

Entonces la golpeais y rechaza vuestra mano.

La oprimís y resiste.

El hombre lo ha visto y ha dicho: ya sé el medio.

Prudente, comedido, bueno, blando de corazon, le sucede lo que al agua.

Quiere endurecer su corazon, no hace mas que desechar el calor de unas cuantas ilusiones, y héteme á un hombre de quien ya no podemos esperar el mas pequeño favor.

En este propósito nos ayuda casi siempre lo que hemos dado en encarecer con el nombre de esperiencia.

Cuando así sucede, creemos haber ganado algo con ella, y en realidad hemos perdido.

Colocad un líquido dentro de la campana neumática, haced el vacío y habreis convertido el agua en hielo.

¿Creeis que la esperiencia es *algo?*

Pues la esperiencia es el *vacío.*

Y no se nos venga á negar la verdad de esto, con decir que la esperiencia, puesto que se adquiere, es algo.

Nada de eso. El frio es una cantidad negativa.

En el termómetro le vemos representado por cero.

Y la esperiencia es lo mismo que el frio.

El frio, es decir, la concentracion en la vida como en la materia, en el alma como en el cuerpo.

La espansion, por el contrario, es la cualidad característica de la inocencia y de los pocos años, como lo es del agua.

Aumentad la espansion del agua, y tendreis las nieblas y las nubes.

Evaporad el candor de un niño, y tendreis un ángel.

El rocío de las flores, cuando se evapora se convierte en aroma.

Las almas de los niños, cuando mueren, van al cielo.

El agua es trasparente como los hombres cándidos.

El hielo es duro como los hombres de mundo.

Inquieta y móvil, el menor soplo la agita.

Como la niñéz y la adolescencia, cualquier cosa las conmueve.

En el estio, la primera impresion del hielo es agradable, como para los inespertos la primera conversacion de un hombre *gastado*: despues el hielo hace daño, el hombre *gastado* tambien.

La razon es muy lógica.

Nadie puede dar lo que no tiene.

Y los que en nada creen, con nada gozan. La alegría no es patrimonio suyo.

Porque lo que desechan como inútil en la vida, es precisamente lo que constituye la vida.

¿No habeis reparado en lo antitético de estas dos ideas que pueden servir para espresar la idea del hielo: Agua *seca*, agua sin *humedad*, agua *sin agua*?

Servíos, vosotros los desilusionados, de una frase análoga, *vida sin vida*, y espresareis genuinamente el resultado de vuestro desencanto y de vuestra esperiencia.

¡Y es esto todo lo que se logra!

Para obtener tan triste resultado, valia mas dejar las cosas en su estado normal.

¡Pobres de los que lo saben *todo* y no sienten *nada*!

Sin embargo, si ellos creyeran siquiera lo que les voy á decir, les haria una revelacion.

La caridad posee el secreto de ablandar el hielo.

Haced á éste el favor de prestarle un poco de calórico, y se derretirá.

Dadle consuelo á un desgraciado, y se deshará en lágrimas.

Valencia, Julio de 1863.

EN TOLEDO.

—

(Impresiones, despues de haber visitado San Juan de los Reyes y el Alcázar.)

Siempre que veo á la mano del hombre, tan débil por sí solo, realizar uno de estos portentos que por espacio de siglos y siglos contempla la posteridad absorta, me ocurren los mismos pensamientos.

Monasterio del Escorial, sombría mole de granito, que hundes entre plomizas nieblas tus cien torres, batalla de Inkerman, torre de Malakoff, inespugnables fortificaciones de Gibraltar, destinadas á retener por largo tiempo quizás la presa del dolo y de la traicion, palacio de cristal de Lóndres; mudos ó ruidosos acontecimientos que, ora á costa de la sangre y la desesperacion de infinidad de victimas, ora á costa del trabajo rudo y la miseria de un pueblo, os habeis levantado sobre el haz de la tierra ó sobre el haz de la historia; cuantas veces os han

traido hasta mí los ruidosos partes de la guerra, en medio de la conmocion general, cuantas en mi peregrinacion por la vida os he hallado á mi paso, ante vosotros se ha levantado en mi pensamiento siempre la misma série de ideas.

Los pueblos tienen constantemente dos caminos en que elejir; la mala fe, el ódio recíproco como elemento divisor entre naciones, provincias, clases é individuos, el egoismo, la individualidad, destruyendo la cohesion del Estado; ó, en pró del Estado, la abnegacion y la fe del individuo.

El primero conduce á la abyeccion de las naciones y, como última consecuencia, á la infelicidad de los súbditos; el segundo guia á la gloria y al bienestar.

Un pueblo ávido de gloria necesita aunar su accion en servicio de una gran idea ó abdicar su individualidad en favor de un grande hombre.

Verdad es que no es grande ante la historia sino el hombre cuya vida es la realizacion de una idea trascendental: y únicamente cuando un pueblo es impotente para realizar el ideal tras de que camina, debe fiarlo á un hombre.

Esclavos de una idea ó de un hombre, en tal caso, equivale á lo mismo; los resultados son iguales para los pueblos.

Los que así obran consiguen siempre su objeto: su objeto es la gloria militar del imperio francés, la plétora comercial de los Estados-Unidos, los monumentos artístico-industriales de la City de Lóndres, es Napoleon I, es Alma, Inkerman, Solferino, es la Esposicion universal.

Hay otra via.

Existen Estados que modestos en sus aspiraciones, contemplan indiferentes la marcha ruidosa de las naciones, sin tomar lugar en ella, temerosos de los abrojos que en el camino de su regeneracion ha de hollar la humanidad, temerosos de las grandes catásfrofes, compañeras con frecuencia de los grandes destinos de los pueblos.

En estos Estados, la abnegacion del individuo en pró de la madre patria, no puede rodear á ésta de grandeza; empero en ellos, á cámbio de esto, la paz en el Estado es la felicidad en el hogar del ciudadano.

Libres, olvidados, independientes, esos pueblos suelen ser felices.

La felicidad no la busqueis en las grandes masas de París, Nueva-Yorck, Berlin y Lóndres: la feilcidad es Suiza, Andorra, la república de San Marino, nuestras provincias Vascongadas: la felicidad huye de los palacios de los lores de la City y va á sentarse á la sombra de una cabaña suiza.

Pero no creais por eso que la gloria de Estado carezca de goces para el individuo. Una de las fibras que mas imperiosamente laten en el corazon del hombre es el orgullo; el orgullo satisfecho es un goce.

La vida, por otra parte, no necesita sino un objeto: la ambicion de la gloria es un objeto digno.

¿Por qué, pues, no seguir ese camino, tanto mas cuanto que el esplendor de una nacion no es incompatible con la causa de la humanidad?

ciones, caracteriza la caridad, la abnegacion por el pueblo, el ascetismo, etc., gasta en sentir sus escritos, en producirlos, cuatro horas diarias, por egemplo, los cuales suponen tanta cantidad de caridad, de abnegacion, etc., que ya no le queda nada de ellas en el momento en que un hombre sumido en la miseria se llega á pedirle una limosna.

Un hombre que ha prodigado su amor al prógimo en un escrito reciente, no puede disponer de dos cuartos de caridad para el primer menesteroso que le sorprenda en su vida privada.

¿Creeis que un escritor que acaba de redactar un artículo incendiario de oposicion, si le sorprendeis en el momento mismo en que suelta la candente pluma del tribuno, os seguirá á comprometer su vida en una asonada, para la cual, si es preciso os acaba de escitar?

No señor, no lo creais; las fuerzas de su amor á la patria están relajadas en aquel instante: su amor patrio necesita reposo, necesita ser reemplazado por un sentimiento contrario.

Sed gobierno, é id á ofrecerle un empleo y encontrareis ese sentimiento.

Porque en aquel momento haria de buen grado todo lo contrario de lo que acaba de escribir.

Por esta razon se esplica que muchas gentes tengan buenas palabras y malas obras.

—¿Y la patria?—le preguntareis vosotros.

¡Patria! ¡patria!—¡qué le importa la patria!

Hay patria, Beremundo....

os dirá, recordando los inmortales versos del Pelayo, y se tocará la panza.

LA SONRISA DE N.

—

N. es un hombre en cuyos lábios se ve á toda hora una eterna sonrisa.

Le dice usted que hace mal tiempo y se rie; se queja usted de alguien ó de algo y se rie; le alaba usted y contesta con una sonrisa; le contraria usted y hace lo mismo.

Pero siempre se conoce que lo hace como á su pesar.

¿Es que es feliz?

¿Será estúpido?

¡Qué sabemos!

Este hombre, cuando aquella necia sonrisa no contrae su semblante, tiene aspecto de hombre de talento: sus ojos son grandes, espresivos á veces, y casi siempre tristes; es artista y sus cuadros diria la crítica que tienen un fondo filosófico. N. además es de un temperamento hepático nervioso, y está pálido y demacrado escesivamente.

Con tales antecedentes su habitual sonrisa tendria algo de siniestro para algunos, si no llevase en sí un sello característico de bondad.

Cada hombre es un mundo aparte; cada hombre es un libro cerrado que contiene una lectura misteriosa, segun ha dicho no sé quien.

El dia que pudiéramos leer en el interior de todos los hombres, arrojaríamos con desden las novelas; los libros habrian concluido.

Tan infinita variedad, tanta novedad encontrariamos en esa misteriosa lectura que nos está vedada, y de la cual no conocemos mas que las cubiertas que la contienen.

Vamos á leer en el interior de N., y tal vez nos esplicaremos el secreto de su eterna, injustificable sonrisa.

N. ha sido muy desgraciado, y al cabo de luchar con su suerte ha encontrado un escelente pretesto para darse por vencido.

«Cuando un sueño muy penoso nos agobia, se habia dicho él, ¡qué placer nos causa el despertar! Despertamos, y los sucesos que tanto nos habian horrorizado momentos antes, nada significan; el contraste que forma la realidad con el sueño de que nos hemos librado, esta sola consideracion, esta sola diferencia, nos hace felices.

Sin embargo, estos sueños tienen tantas apariencias de verdad, cuando por ellos estamos poseidos, como la verdad misma.

Muchas veces en sueños dudamos de lo que estamos viendo, y soñamos que acudimos al testimonio de nuestros sentidos, y que éstos nos dicen

que lo que está pasando en nuestro pensamiento son sucesos reales.

—¿Será esto un sueño?—decimos soñando; y acto continuo nos convencemos de lo contrario.

Ni mas ni menos que cuando nos estraña una cosa en la vida real.

—¿Es esto un sueño?—solemos esclamar tambien en este caso.

Y en verdad que la diferencia no es muy grande.

¿Qué deja un suceso, despues de trascurrido, en el tiempo ó en el ambiente? Nada; un recuerdo tan solo en la memoria, bien poca cosa, casi lo mismo que deja un sueño en pos de sí.

¿Será lo que creemos realidad, lo que llamamos vida, un sueño?»

Todo esto pensó N.

Y hé aquí por qué série de razonamientos llegó al mismo punto que el protagonista de *La vida es sueño*.

—«Pues bien, soportemos los acontecimientos desagradables de la vida, concluyó por decir á semejanza del héroe de Calderon, como penosos sueños de que hemos de despertar.»

De aquí á la práctica de los estóicos no hay un paso siquiera.

Hé aquí esplicado por qué ante todo lo que á sus ojos pasaba, aparecia indiferente, frio.

Por qué ageno á todo, solia decir en su interior ante la mayor contrariedad que sucederle pudiera.

—Cuánto disgusto me causaria esto si yo lo creyese.

—¡Infelices! pensaba otras veces ¡cuánto interés

toman los hombres en esto!—Si ellos supiesen....

Del mismo modo, al abrigo de un coche, mira un viajero á través de los cristales la nieve que cubre el camino, y á los pobres caminantes que van á pié tiritando de frio.

El viajero, al atravesar sin incomodidad alguna, por medio de la atmósfera fria, no puede contener una sonrisa de satisfaccion.

Lo mismo, pues, le sucede á N. cuando en medio de los azares de la vida se acuerda de su situacion, y como se acuerda siempre, ved ahí esplicado el carácter que todo el mundo estraña en él.

Para él, como para el viajero que nos ha servido de egemplo, no es la vida mas que un vasto panorama.

Empero este modo de viajar y este modo de vivir tienen sus inconvenientes.

Preguntadle al primero:—¿Ha hecho usted algun viaje por tal ó cuál pais?—Sí, os dirá.—¿Y es bueno el clima? añadireis vosotros. ¿Qué me dice usted de aquellos habitantes? ¿Qué costumbres tienen? etc.

—Yo sé que el pais es muy quebrado, os contestará; que hay montes elevadísimos, que hay mucha vegetacion; pero no puedo satisfacer á sus preguntas de usted, porque no sé mas que eso.

Ni ha hablado con las gentes del pais, ni quizá las ha visto, ni ha oido su acento, ni ha visitado el interior de sus viviendas.

Todos esos detalles intimos, todas esas impresiones que se adquieren poniéndose mas en contacto

con los pueblos por donde se pasa, le son completamente desconocidos.

Pues bien, viajar así es lo mismo que vivir como vive N.; es atravesar la vida sin sentir en ella ni frio ni calor, sin el placer ni el dolor que producen los afectos del corazon, sin sentir el interés que éste pone en las personas y en las cosas.

Uno y otro hacen un viaje; uno y otro ven el mundo á través de un cristal; el uno, el de la ventanilla de su coche, el otro, el de sus ilusiones.

Ved por qué N., artista, N., hombre de talento, parece un necio con su eterna sonrisa.

Una vez bajo el dominio de su escéptica doctrina, no está en su mano contener la risa que asoma á sus lábios con cualquier motivo.

—Pero ese hombre—dirá el lector al llegar aquí —¿no sentirá ni el amor, ni la esperanza, ni la compasion, ni...?

—Efectivamente.

—Y hallará monótona la vida.

—Así es.

—Y se fastidiará.

—Sí, señor.

—Y será infeliz.

—Ni mas ni menos.

—¡Pobre hombre!

—Eso suele decir él tambien de los demás, porque, aunque es desgraciado, todavía no se ha apercibido de ello, y á él, que compadece á los demás, jamás se le ha ocurrido pensar que él sea á su vez digno de compasion.

--Pero ¿dónde está ese hombre?

—Yo se le enseñaré á usted, amigo lector, cuando le vea; pronto le hallaremos.

Hablemos de otra cosa.

¿Usted cree en el amor?

—Yo le diré á usted (aquí habla el lector), yo creo que hay un apetito sensual que se sacia y que desaparece; yo creo que hay caprichos que tienen las apariencias de una pasion irresistible; yo creo que el lenguaje del amor es exageradamente hiperbólico y figurado, y que se suele tomar en él una chispa por un volcan, el deseo por pasion, la conveniencia por deseo, el rábano por las hojas....

—Es decir, ¿que usted cree que el sentimiento es exagerado por esencia?

—Justo.

—¿Qué donde no hay exageracion no hay sentimiento?

—Cierto.

—Y que cuando se habla con esa exageracion, nada hay que mas se parezca á la mentira?

—Así es.

—¿Luego el lenguaje del amor es un tecnicismo que dice lo que no existe?

—Cierto.

—¿Luego usted no cree en el amor?

—No, señor.

—¿Usted no creerá tampoco en la amistad?

—No, señor.

—¿Ni en la gratitud?

—Menos.

—Pues no pasemos adelante: hemos encontrado á mi hombre.

Usted sabrá lo que es una metáfora.

Usted sabrá que es una figura retórica en la cual se toma el individuo por la especie.

—Si, señor.

—Pues yo he cometido una metáfora: mi hombre no es uno sino muchos, no es un individuo determinado sino cualquiera; es usted, yo, el vecino, es todo el mundo, es, en fin, el hombre del siglo XIX.

El mundo, los sucesos, los libros, especialmente los libros, le han enseñado á dudar de todo, y hoy no cree en nada, en nada mas que en lo que afecta á sus sentidos.

Cuéntele usted lástimas y se rie; haga otro sacrificios por la patria y se le rie; sea usted virtuoso y hace lo mismo; sea usted malo, nada le importa.

Ya conoce usted á N. N.

Sobre ciertas particularidades de algunos edificios.—Obras literarias.—Obras de mampostería.—Luces del siglo.—Se le quita la máscara á la felicidad individual.—Por qué tiene ésta tantos enemigos.

Nada me llama tanto la atencion como la particularidad que se nota en algunos edificios.

«ESTA CASA SE EDIFICÓ EN TAL AÑO»—se lee sobre la frontera de alguna de ellas.

No parece sino que sus dueños presientan la época en que no sea de moda ser sábio, ni de buen tono orador, ni una necesidad el ser escritor; la época, en fin, en que no se lean libros ni periódicos.

Entonces, invirtiendo el sentido de la célebre frase de V. Hugo, *esto matará á aquello*, la gente irá á buscar en los edificios y en los monumentos de piedra la historia de los acontecimientos pasados.

Así como así muchas de las cosas que hoy la imprenta nos refiere, se las han contado antes los edificios á los libros.

Y tal las han desfigurado éstos, que yo encuentro muy acertado que nuestros nietos, despreciando las copias falsificadas, prefieran acudir á buscar, como quien dice, la firma autógrafa de los sucesos, á beber la verdad de los mismos, en las primitivas fuentes.

Las ciencias útiles son las únicas que tendrán en tal caso algun derecho para quejarse; pero por haber tomado de las letras sus compañeras el *puff*, y haber prestado en cámbio su tecnicismo á la ignorancia, sufran la pena y callen.

Es decir, cuando esto suceda; que por ahora no nos queda mas recurso que vivir en medio de las luces del siglo.

Por mas que ya tanta luz nos marea.

Se va haciendo tan densa que casi no nos vemos ya.

Esto va siendo un *caos de luz*.

Para convencernos de que estamos en pleno siglo de las luces, los periódicos *rojos* se encargan de hacernos fijar la vista en el oscuro fondo del pasado, y nos convencemos.

Así como para convencernos de que el siglo XIX es feliz, no hay como mentar las hogueras de la Inquisicion.

La felicidad de los pueblos, como la del individuo, es un vestido claro que no parece claro sino poniendo á su lado otro mas oscuro.

El hombre necesita para considerarse feliz, vol-

ver los ojos á otra parte y contemplar el dolor ageno.

Los pueblos y las generaciones tienen para este objeto el magnífico recurso de los pueblos lejanos y las generaciones pasadas.

Nuestra dicha es una planta que necesita por abono las lágrimas del prógimo.

¡Buena está la dicha!

Por eso tiene tantos enemigos.

AFORISMOS CASEROS.

—

De nada puede uno mentir mejor y mas á sus anchas que de aquello que no conoce.

Ahora bien, con que os diga que Alejandro Dumas no sabe una palabra de historia, tendreis una esplicacion de por qué miente tanto y comprendereis su fecundidad.

La instruccion mata la imaginacion.

—

Un autor compone su obra de materiales que de antemano tiene preparados: al componerla no hace mas que lo que el sastre, que escoje retazos en su cajon.

Pero, esto hecho ¿cómo deja su cajon el sastre? en el mayor desórden: ¿cómo le queda su cabeza al autor? todas sus ideas revueltas en una confusion dolorosa.

Es un estado parecido al de la locura.

—

Un trato es una balanza en donde se pesan dos sugetos.

Tanto cuanto se humilla uno realza al otro.

La modestia, la complacencia y todas las tonterias de este jaez, tienen este y otros inconvenientes.

—

El que nace desgraciado, (lectores, no hay que reirse, que es formal), se cae de espaldas y se rompe las narices.

Y es probado.

—

Uno nunca está solo cuando está con su pensamiento.

Verdad es; pero sucede que el pensamiento á veces es tan mal compañero, que seria preferible el silencio de la tumba á su molesta conversacion.

—

¿Qué es la dicha?

Cabalmente todo aquello que no poseemos.

Es decir, en resúmen, que la dicha es una negacion.

—

Balzac nos dá la verdad de la vida íntima del corazon; Karr la esplicacion de las escentricidades, de las aberraciones del sentimiento, de los caprichos; Poe la verdad, el racionalismo de lo inverosímil, lo verosímil de lo imposible.

El primero nos dice—«así es el mundo normal, —el segundo—«así es el mundo anormal,—y el tercero—«asi seria, si pudiese ser, lo que no es.

—

NOS VAMOS.

—

ARTICULO DE VIAJES.

Madrid, Julio de 1862.

Señores, estamos en pleno Junio.

Ha comenzado esa especie de *liquidacion* que no termina hasta Setiembre.

Hace un calor de mil infiernos; y todo se vuelve hablar de viajes y de escursiones de placer.

Yo, como todos, he hecho mi maleta y voy á escapar de la coronada villa.

Con este motivo he tenido á bien despedirme de alguna gente.

Para ello, he ido á visitar á un amigo mio, y ha salido de Madrid: me he dirijido á ver á otro y le he hallado disponiendo el equipaje.

En la calle, en los teatros, en los paseos, he visto infinidad de personas que cambian un apreton de manos y cruzan, al separarse, estas tentadoras palabras.

—¡Hasta la vuelta!

—¡Buen viaje!

Bajo la presion de estos pensamientos me fui á casa de Lhardy.

Habia sido invitado por varios amigos mios.

Ustedes dirán—¿y á qué? ¿Qué habia en casa de Lhardy?

Habia una reunion política, y con este motivo, que es tan bueno como cualquiera otro, los que allí se habian citado comian, y comian en casa de Lhardy, que no es poco comer.

Hoy todo, en último resultado, se reduce á comer: todo tiene mas ó menos estrecha relacion con el estómago.

Antes de entrar en el salon, vi trasponer por delante de mí, conducidos por algunos caballeros de frac negro y de corbata blanca, multitud de platos que al pasar á tiro de mi nariz, con el insinuante olorcillo que despedian, parecian decirme:—¿Usted gusta?

Hacia dos horas que se habia empezado la comida.

El choque de los platos y de las botellas que dentro del salon se percibia, me daba idea de la animacion de los comensales, y esto me hacia calcular la fuerza espansiva que al estómago comunican veinte platos y algunas botellas.

—Pero, señor, esclamé con esa gravedad que ostenta siempre á la vista del desórden de un festin el hombre que no toma parte en él: ¿y la decantada sobriedad española?

¡La sobriedad española!

Es que no solo los hombres viajan: nosotros teníamos antes muchas cosas que tambien están de viaje, y ésta es una de ellas.

Entré en el salon.

La conversacion habia empezado á hacerse general y se hablaba á voces.

El *champagne* tenia la culpa.

Contenido en una botella se sube al cuello y hace saltar el tapon: contenido en el estómago, se sube á la cabeza y hace saltar la vergüenza, especie de tapon que guarda cerradas en cada individuo todas las sándeces de que es capáz.

Entré, pues, como digo, y hallé de pié y en el uso de la palabra, dominando el rumor de las que en torno suyo resonaban, á uno que por su edad cuando menos, tenia motivos ya para ser formal, y que, no obstante de esto, entretenia á la reunion con una asi como jácara ó cosa tal.

Y así continuó por largo espacio, interrumpido por los frecuentes aplausos con que el concurso premiaba alguna que otra escentricidad del orador.

¿Y la gravedad española? Sin duda tambien está de viaje.

Como Dios quiso se acabó la comida, sin que yo, por mas que hice, consiguiera ponerme al nivel de aquellos aturdidos.

Salí de allí, y como si con lo que acababa de ver y oir no tuviese bastante barahunda en mi cabeza, no bien penetré en un café cojí un periódico.

Empezé á leer el primer párrafo que se presentó á mi vista, y decia así:

«Nos hacemos un deber de decir.... etc.»

¿Es esto español?—esclamé sin poderme contener.

Efectivamente, no me faltaba razon para dudarlo: en mi vida habia visto cosa mas parecida al francés.

Nuestra lengua, la lengua de nuestros padres, la de nuestros escritores clásicos, tambien está de viaje.

Pedi café, el mozo me sirvió con mil amores, no le dí propina, y me despidió con gesto de mil diablos.

Esto me hizo recordar lo que una vez me habia sucedido en una fonda de Francia.

Despues de quince dias en el establecimiento, al tiempo de marcharme, dí un napoleon de propina al camarero que me habia servido.

Yo no suponia esto ni un rasgo de generosidad inusitada ni una mezquindad tampoco.

La grosera espresion de disgusto que súbitamente se pintó en el rostro del francés, me hizo comprender otra cosa.

Me volví hácia él, pues, y no sin trabajo, llegué á persuadirme de que á aquel hombre le parecia poca la gratificacion que le habia dado.

Jamás habia yo visto mas desconocido el valor de las palabras: en vano me esforcé, despues de soltarle en el primer pronto, como comunmente decimos, una andanada á la española; en vano, digo, me esforcé en probarle que una gratificacion no es precio convenido ni cosa forzosa, que no se dá á cámbio de servicio alguno, sino en premio, cuando mas, del buen agrado con que se nos ha servido;

que no es obligacion, sino las mas veces un alarde de desprendimiento, y como tal, un acto voluntario.

En vano todo.

El camarero, en justificacion de su conducta, me contestó que él no tenia mas salario que las propinas de los huéspedes.

Estas palabras me revelaron en un momento el secreto de la exagerada amabilidad de los sirvientes franceses.

—Aquí todo es interés, dije yo entonces muy satisfecho de ser español, hé aquí lo que tiene de bueno nuestra tierra: en aquellas buenas gentes, continué, pensando en mis compatriotas, la amabilidad revela afecto, y nada mas que afecto, una sonrisa significa alegría y no interés, el pan pan y el vino vino.

Ahora bien, el gesto con que el feróz gallego del café me despidió, me hizo recordar involuntariamente el ágrio semblante del francés de marras, y conocí que aquellas buenas gentes que yo echaba de menos en Francia en otro tiempo, no abundan mucho, que digamos, en España.

Y no teniendo mas remedio, me acordé de la buena fe de nuestros abuelos, que á álguien es preciso adjudicar la buena fama que en este concepto nos damos los españoles; y acordándome, como voy diciendo, de nuestros abuelos, en quienes *la amabilidad revelaba afecto, y nada mas que afecto, una sonrisa alegría y no interés, el pan pan y el vino vino*, esclamé:

—¡Ah! ¿qué se ha hecho la fé sencilla y la lealtad tradicional del carácter español?

Y parecíame oir en derredor mio algo que me gritaba:

«No está en casa.»

Salí á la calle, y al pasar ví á dos sugetos que se decian:

—Le va á usted bien su *chaquet;* tiene el corte francés.

—No tal, yo visto siempre á la inglesa.

—¿Se arruinó su socio de usted?

—Sí.

—¿Usted vendió sus acciones?

—Si, señor, y vendí bien; pude vender con ganancia y avisar á mi amigo, pero preferí no hacer esto último y vender mejor.

—Sí, la amistad.

—*A la inglesa* tambien, añadí yo en mi interior, y pasé adelante.

Me volví á casa plenamente convencido de que hay dias nefastos: dias de esos en que el mar se secaría si fuésemos al mar por agua.

Vean ustedes un dia en que, si yo hubiera salido á buscarlos, me hubiera vuelto á casa sin encontrar á los amigos de la víspera, ni á los españoles de antaño, ni á las costumbres de esotro dia, y es posible que ni amistad, patriotismo, carácter, costumbres, idioma, ni ninguno de los rasgos que distinguen á un pais encontraria yo en el nuestro.

En ese dia todo estaba de viaje.

Alguien hay para quien esto que decimos no es solo la ilusion de un dia, alguno hay que cree, no en dias determinados, sino á todas horas que España no está en España, que vivimos en conti-

nuo movimiento, en una palabra, que estamos de viaje.

En efecto, desde que comemos á la francesa, vestimos á la inglesa, tenemos comidas-*meetigs*, tés literarios y *danzants* y leemos traducciones, me acomete muchas veces el deseo de preguntar:

¿Estamos de viaje, señores?

¿Es esto España?

* * *

Mucho se ha censurado á Neron : hasta ha parecido imposible en criatura humana lo que se ha dado en llamar su ferocidad. Yo creo que con el tiempo se llegará á poner en duda que haya existido semejante hombre.

Y sin embargo, ¡qué quieren ustedes!.... yo, en en mi calidad de poeta, le concibo.

Le comprendo cuando se sintió con deseos de incendiar la capital del mundo.

Quédese para los poetas de églogas y letrillas el buen humor, el discreteo de falsa pasion, los placeres insustanciales y tranquilos.

Yo creo que es bello todo lo que llega al alma, como suele decirse, todo lo que nos conmueve, todo lo que se siente aquí. (El autor se pone la mano sobre la solapa izquierda del gaban).

Y bien, pues; esto supuesto, ¿hay nada que se sienta mas que un disgusto?

¿Hay nada mas conmovedor que una catástrofe?

Dénme á mi los medios de que disponia Neron, los que tiene, por egemplo, el gran sultan, y á fe mia les prometo que mis obras han de ser tan bellas, que no las rechace nadie por faltar á ninguna condicion de la estética, tan bellas que no temeré encargar su interpretacion al hombre mas inepto.

¿Habeis asistido alguna vez á las escenas de supremo dolor que rodean el lecho de un moribundo?

¿Habeis presenciado el llanto de una madre que pierde á su hijo?

Yo creo que el mas mínimo detalle que se pierde para la observacion del mundo en semejantes escenas, es todo un poema, es el complemento de lo bello en el arte, es un drama.

Pues bien, que venga quien quiera y silbe este drama.

Por eso tengo para mi que Neron era todo un poeta.

El incendio de Roma visto desde el capitolio, hubiese sido sublime, tierno, como el adios postrero, como el último instante que se lleva un mundo de esperanzas *que podrian ser*, y nos deja un mundo de recuerdos, que acuden, como evocados, á despedir todo el bien *no realizado* que se ve.

Porque fatalmente sucede que solo en el momento de perder un 'objeto, un ser querido, aparece de súbito la esperanza, que no teníamos, para mostrarnos ¡qué lástima! un porvenir, que no hubiéramos tenido, y que entonces perdemos para siempre.

Solo en ese momento los recuerdos que dormian

vienen á decirnos cuánto valia el objeto que se vá.

Tal instante es bello como lo es todo lo que nos sentimos en la imposibilidad de conseguir ó de poseer, como lo es todo lo que vemos á traves del deseo.

Ved porque Neron, deseando proporcionarse el grandioso espectáculo, el melancólico placer de un inmenso adios, Neron incendiando á Roma era un poeta, pero poeta en grado sumo.

A pesar de lo dicho, señores, yo no soy un Neron, ni mucho menos; yo me tengo por poco poeta, á Dios gracias.

Yo no incendiaria á Madrid, por egemplo, por ningun placer del mundo.

Y sin embargo ¡cuántas cosas buenas se perderian!

Ruego á los lectores sensibles que me perdonen este *sin embargo*.

CONSIDERACIONES.

—

Un hombre superior no debe guardárselas á nadie.

—

La confianza mata al hombre.

Hay hombre que con la esperanza de un duro pasa veinticuatro horas sin comer.

—

Un hombre ingénuo es una chaqueta vuelta del revés; todo el mundo le conoce el forro.

—

Hoy dia todo lo hacemos servir para nuestro objeto.

El objeto es comer.

Con las cucharas se come.

Con los amigos tambien: sirvan de egemplo los amigos ricos, los amigos en candelero, los amigos primos.

Hay hombres que hacen de su opinion y de su muger lo mismo que de sus amigos.

—

Una de las cosas en que veo un fondo soberanamente ridículo es la preocupacion que hace decir á un numismático con una entonacion cómicamente respetuosa:

—¡Oh! esta mesa es un mueble histórico; sobre ella tal personage firmó tal tratado.

Y qué tenemos con eso!

¡Lo que es la preocupacion!

En ese caso es histórico todo.

La piedra que sirve de dintel en la entrada de mi casa, se formó con el polvo que hollaron los conquistadores de la Valencia mora: el tronco de ese añoso olmo se nutrió durante doscientos años y está constituido con los elementos del mismo aire que respiraron ilustres antepasados nuestros, etc.

Siguiendo esta hilacion, es histórico todo lo que vemos, todo lo que nos rodea; el barro de la calle, la fruta que comemos, el aire que respiramos.

—

No busqueis nunca la repeticion de un placer gastado ya, el placer lo constituye la sorpresa; el placer casi siempre es una cosa que no se espera; el placer es la desfloracion del sentimiento.

—

Vale mas con frecuencia lo que un libro nos hace pensar, que lo que nos dice.

En el mundo, lo que la realidad niega á los sentidos lo suple con ventaja la imaginacion.

En la vida, como en los libros, simpre vale mucho mas lo que se nos promete que lo que se nos dá.

—

A LISE.

—

¡Con qué fuego te amé, Lise del alma!
Hoy tu recuerdo vago
Cruza la mente en mortecina calma
Como brisa serena
Que riza apenas el cristal de un lago.
Y aun esto pocas veces.... cuando lidio
Con esa *calma chicha* del fastidio....
¡Quién lo dijera entonces!
Ni aun queda de aquel fuego la ceniza.
¡Mísera humanidad de frágil barro,
De condicion voluble y tornadiza!
Está visto, el amor es un cigarro,
En tanto que arde, con afan sediento
Chupa el hombre, y se chupa un goce sumo,
Mas cuanto mejor dá ¡cuánto lo siento!
Mas pronto vuela convertido en humo....
Y el humo, al cabo.... lo disipa el viento.

—

* * *

Bastan los sentidos para darnos idea de la omnipotencia de Dios.

La comprendemos con solo tender la vista por el horizonte ó alzarla al espacio.

Para admirar su omnisciencia, basta fijar la atencion en el gran recurso que ha sugerido al hombre para prolongar las cantidades hasta el infinito, la numeracion.

Y si esto no, bastaria ver, para comprender su poder creador, la infinita variedad de fisonomías que en la vida hallamos, conseguida con tan sencillos medios como son las ligeras modificaciones de algunos rasgos, de un solo rasgo á veces, del semblante.

En algunas ocasiones parece que vayamos á ver agotado al inmenso artista: algunas veces, efectivamente, la casualidad se complace en presentarnos

dos caras que se parecen mucho, mas aun, que se parecen absolutamente.

Las hallamos juntas un dia, por fin, en una reunion, y nuestro asombro crece entonces: algun imperceptible rasgo cámbia de tal manera uno de otro aquellos dos rostros que apenas hallamos parecido.

Si de los tipos físicos pasamos á los tipos morales, aquí sube de punto el respeto que la próvida prevision de la naturaleza nos inspira.

Entre dos hombres que parecen dotados de igual carácter, de iguales gustos, de idéntica opinion, del mismo temperamento, media un abismo.

No concibo la completa igualdad que en el hervor de sus generosas teorías se escapa del cerebro de algunos soñadores.

Derechos, deberes, costumbres, etc., no son igualmente soportables, igualmente gratos para todos.

No hay dos personas en el mundo para quienes lo sean.

Algunos materialistas envidian la perfeccion de instintos de los irracionales, y reconocen mucha similitud entre la segunda gradacion de la escala de los séres (el mono) y la primera (el hombre.)

Yo creo que estos señores no han medido bien las distancias.

Cada individuo del reino zoológico es una máquina animada (no uso esta voz en su acepcion etimológica), es una máquina con vida; cada uno, en suma, es un sér; pero el hombre, cada hombre, en cámbio es un mundo.

Cuando oigo á alguien decir que las ideas se agotan, me rio: cuando oigo repetir aquello de *ni-*

hil novum sub sole, digo para mí:—no lo creo.

¿Veis si es vasto, incalculable, indecible, todo lo sucedido? Pues mas vasto, incalculable, indecible, es lo que no ha acontecido todavía.

¿Veis si lo es el pasado y el porvenir? Pues mayor es el mundo de lo desconocído.

En el porvenir cabe todo aquello que sucederá, en lo desconocido cuanto sucederá y cuanto puede suceder.

En lo pasado cabe todo lo que fue, en lo desconocido cuanto pudiera haber sido. Lo que ha acontecido es limitado, lo que pudiera haber acontecido es infinito. La verdad, el hecho, es uno; el error es múltiple, el campo de las suposiciones inmenso.

Tal es el mundo de lo desconocido.

La imaginacion de cada hombre es capáz de recorrerlo por completo; para ello le falta no aptitud sino tiempo; necesitaria, en vez de la vida de un hombre, siglos de siglos, acaso la vida de un Dios.

Se me ocurre un egemplo de lo que voy diciendo

Dad á varios escritores un título y pedidles que sobre él compongan una obra.

Les sucederá lo que á varios dibujantes á quienes mostreis un desconchado de una pared.

Cada cual de éstos verá en él un dibujo, un grupo ó una figura diferente.

En aquellos, á pesar de que hombres educados de una manera parecida, con iguales tendencias, con iguales aspiraciones, debian sentir y pensar de una manera semejante, sin embargo, la idiosincrasia, los hábitos, posicion y edad respectivos, influirán

de distinta manera en cada uno de ellos, determinando una impresion diferente y diferente série de ideas.

Despues de perderse por el mundo de lo desconocido sin encontrarse en él, cada cual volverá al mundo de los hechos con un libro diverso.

El mundo de los hechos no cabe en la memoria de un hombre solo; aun mas, no cabe en la memoria humana.

Para que no quede incompleta, el error ha tenido que tomar parte en la Historia y llenar algunos desconchados que aparecen en el gran cuadro de la humanidad, en cuyo trabajo ha llegado á sobrepujar á la realidad misma.

Napoleon I, á pesar de las veladuras de que le ha rodeado la imaginacion de las gentes, no escede en mucho la talla de algunos hombres que en la actualidad vemos moverse y agitar de una manera grosera los pueblos: en cámbio, el Cid apenas puede ser contenido dentro de los límites de la Historia.

Algunas veces el cansancio agota las fuerzas de la imaginacion: pero ésta no ha menester sino apoderarse de lo primero que le llegue por conducto de los sentidos, para hacer de ello una llave con que abrir un nuevo y vasto recinto donde perderse.

Una frase tomada al acaso al cruzar una calle, una esclamacion, un grabado, un celage que empaña el azul de la atmósfera, un cuadro, un suspiro, el timbre de una voz suavísima, el tono de una voz antipática, un recuerdo, una esperanza, cualquier cosa, cualquier dato, sirve de contraseña, digámoslo

así, á la imaginacion para invadir el mundo del sentimiento y crear un libro.

Cuantas condiciones especiales entran á modificar ó constituir el carácter de un hombre, toman parte, y ayudan á la incansable artífice á construir un edificio.

Por eso cada escritor tiene diferente estilo y cultiva un género peculiar.

Por eso la imitacion de un estilo no conduce á nada.

Por eso el imponer una forma determinada ó un género especial es el mayor absurdo que puede pretender la crítica.

El arte no quiere trabas; las de los preceptos le molestan, y se burla de ellas.

Porque los preceptos son los despojos que regala á los *artimensores* que le siguen, á los pedagogos que corren tras de él pidiéndole un harapo de su lujosa veste.

¿Cómo ha de tener el arte formas dadas que imponer si es infinitiforme por esencia?

¿Cómo ha de aceptar como modelo lo que es su hechura?

¿Cómo ha de respetar en la crítica un poder que emana del suyo?

El arte crea un tipo estético; la critica lo acepta y se lo impone, diciéndole «esto es bello, detente aquí, y no produzcas mas.»

Crea aquel otro modelo; lo recoje la crítica y se lo impone de nuevo.

Y el arte, sin embargo, prosigue su marcha

triunfal, arrojando sus brillantes despojos á la molesta muchedumbre que le sigue.

Ya sabemos, pues, lo que es el arte con respecto á la crítica: ya sabemos lo que es ésta con respecto á quel.

Comunmente se cree que la crítica abarca al arte, que el precepto forma el tipo estético; hemos, pues, de convenir en que comunmente se confunde el efecto con la causa.

OTRO POCO DE FILOSOFÍA AL PORMENOR.

—

La filosofía es el arte de probarlo todo.

Con la filosofía se ha dicho que Dios reside en todo, constituyendo la esencia de cuanto afecta nuestros sentidos: con ella se ha llegado á negar la existencia de Dios: véanse los panteistas y los escépticos.

Un filósofo de la antigüedad dijo que el hombre es un bípedo implume; desde entonces un pavo asado puede ser el cadáver de un hombre.

Castelar ha dicho que la fórmula del progreso humano es la contradicion: desde que él lo ha dicho, el hombre puede hacer los mayores disparates seguro de que cada contrasentido es un adelanto y todo atraso es progreso.

—

La lógica es la ciencia del egoismo.

Vamos á probarlo.

Si damos á un pobre lo necesario nos quedaremos sin lo supérfluo.

La caridad bien entendida empieza por uno mismo.

Tanto vales cuanto tienes.

¿Hay nada mas lógico?

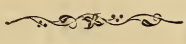
Las matemáticas son la ciencia de Pero Grullo.

Egemplos:

La parte es menor que el todo.

Dos y dos, cuatro.

La mano cerrada, puño.



MATEMATICAS.

—

No hay cosa mas parecida á la realidad que la realidad misma.

—

Dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí.

—

Donde no hay ganancia la pérdida es segura.

—

Pasemos á otra cosa.

LA ULTIMA HORA.

—

No os asusteis, lectores.

No se trata de la de ningun enfermo: ni tampoco de esa seccion que constituye la última noticia recojida por un periodista en el casino ó en el café, al retirarse á casa, y la cual cierra las columnas del periódico al dia siguiente.

Voy á esplicároslo.

Madrid tiene una vida especial. Compuesta de la vida de todas las provincias, no se parece, sin embargo, á la de ninguna de ellas.

Y una de las cosas que tiene esclusivamente suyas es la *última hora*.

Pedidle cita á un amigo ó momento en que verle, y os dirá—«á tal hora cómo, á tal otra me hallará usted en tal café, y luego me puede usted ver en tal otro *á última hora*.»

Otro os dirá que va *á última hora* al casino, otro á una tertulia.

En el casino y en las reuniones *la última hora* se prolonga mas; en un café *la última hora* suele ser aquella en que ya no entra gente y los que ocupan las mesas no piden nada. En la esfera del reloj se marca entonces la una y media ó las dos, y en la cara soñolienta de los mozos la hora de dormir.

Si alguna vez vosotros, lectores de provincia, contribuis con vuestra complicidad á este uso, que no hay inconveniente en llamar abuso, al retiraros á vuestro hospedage despues de trascurrida con creces la media noche, hallareis aun á vuestro paso tanta gente como hallariais de dia en las calles de vuestra capital de provincia.

¿Qué significa esto?

Es que aquellas gentes vienen de sus respectivos círculos donde tambien por lo visto, hay *última hora*.

Esto que considerado así, será una costumbre mas ó menos antihigiénica, pero nada mas, es un rasgo que basta por sí solo para dar á conocer el carácter de la vida de Madrid.

Venís de fuera, ¿no habeis sabido nada de lo que ha pasado en Madrid durante el dia? pues id á un café á esa hora.

El dia ha pasado, pero como un líquido deja sus heces en el vaso que le contuvo, así los sucesos trascurridos dejan las suyas en la atmósfera del café.

Allí se sabe todo.

Entonces es cuando el hombre mas reservado vende su secreto mas escondido y arroja á los oidos de un curioso, cuya presencia no ha notado, la his-

toria privada de un amigo, la honra tal vez de una muger.

Allí, queda condensado algo de todas las conversaciones que se han suscitado en aquel recinto; allí oireis algo de todo lo que ha sucedido en Madrid; los incidentes mas importantes de la sesion de la cámara, los mil lances variados, ora tristes, ora grotescos de las calles de Madrid, el chisme A, el escándalo B, estraido, arrancado, no se sabe cómo al secreto de una familia y espuesto allí como un objeto olvidado sobre una mesa; los lances de la corrida del dia, el éxito del drama nuevo, todo lo hallareis en heterogénea mezcla confundido allí.

No necesitais estudiar á Madrid de dia: aquella síntesis del dia trascurrido, aquel resúmen, aquella *última hora* de un café concurrido, aquello es Madrid, aquello condensa y representa la verdadera vida de la corte de España.

Para acabar de haceros cargo íntimamente de la vida de Madrid, siguiendo esta suposicion de que sois forasteros, observad quiénes son comunmente los que se quedan en esas horas solitarias á apurar el sueño de los mozos alrededor de una mesa, apurando al par la última gota de ese placer que en las poblaciones pequeñas es un pasatiempo nocivo, pero que es en Madrid un veneno, la murmuracion: observad quiénes son ellos. Jóvenes separados de sus familias, arrancados por la ambicion á su hogar, y empeñados en esta incesante lucha que presencia Madrid todos los dias.

Cada uno de ellos representa un vacío difícil de llenar para el amor de una familia.

Plantas parásitas hoy, vinieron dejando raices en otra parte, y pertenecen á Madrid, no porque en Madrid hayan arraigado, sino porque el tiempo ha secado las que en su pais dejaron. Artistas, poetas, escritores, que han empezado por luchar por una corona de laurel y concluyen por disputarse un pedazo de pan. O bien jóvenes que vinieron á dar su patrimonio al vicio y ahora viven á espensas del vicio. Jóvenes que trajeron fe en el corazon y una empresa generosa á que dedicar sus esfuerzos, y que miran ahora el mundo por el prisma oscuro de su escepticismo. Sociedad desgraciada y decrépita descrita con colores de innegable verdad por un personage de *El Hijo pródigo*, drama de Alarcon.

Brillantes soñadores que, deseando hacer de la humanidad una familia, dejan la vuestra huérfana de padre y Dios, como dice el personage á que acabo de referirme. Que deseando agrupar en una aspiracion comun á la humanidad, han creado el *individualismo* mas concreto, prescindiendo de la afeccion de sus padres, de sus hermanos, de sus esposas, secando el corazon, arrancando de él, como inútiles á la vida, los sentimientos que la constituyen, y destruyendo la familia.

¡Oh! ¡cuán caras sois para algunos, fastuosas invenciones del siglo!

Con todo, yo no os maldigo, yo no os abomino, gigantes pasos de la humanidad hácia su perfeccion.

Yo no maldigo esa publicidad inmensa que con sus cien lenguas trae noticias de todas partes y de todo á nuestro hogar, sino á nuestra ambicion que

nos habla en ellas: yo no maldigo el vapor que nos lleva lejos de nuestras casas, sino á la ambicion que nos saca de ellas para no volver jamás

* * *

Cuando de Dios al soberano imperio
Tras larga noche se animó la esfera,
La luz nació, y del seno del misterio
Surgió á la vez la creacion entera.
Cuando ciega, entre sombras de ignorancia,
Y víctima de odiosa servidumbre,
Iba la humanidad, nació la imprenta,
Y el vivo rayo de su clara lumbre
De otra existencia nos mostró el arcano
Y un mundo mas nos reveló al momento,
Abriendo al vuelo del espíritu humano
La escondida region del pensamiento.
Luz del mundo real de los sentidos
Es ese sol con que la Omnipotencia
De los espacios la estension colora:
De Guttemberg la idea salvadora
Es la luz de la humana inteligencia.

En vano, en vano el vuelo de la mente
Detener quieren con rencor profundo;
El pensamiento es libre
Y la imprenta inmortal, independiente;
Ella caul Dios, nos revelara un mundo,
Ella es, despues de Dios, omnipotente.

PENSAMIENTOS.

—

Dios ya cuenta con el egoismo del hombre, es preciso que nosotros contemos con la caridad de Dios.

—

Las cosas se piensan en una sazon y se hacen en otra: cuando se hacen ya no se piensan, y muchas veces, en cámbio, se piensan y no se hacen.

—

Para comprender la poderosa influencia del pensamiento basta observar la manera súbita con que una palabra la mas breve levanta á veces en nuestro corazon un poderoso deseo.

—

No vayas á pedir á nadie tu dicha: mal podremos esperar obtenerla de los demás cuando ésta es una cosa de que nadie tiene bastante para sí.

—

Bello es todo lo que vemos á través del deseo.

—

Los grandes pensamientos se engendran en la adversidad y crecen en el aislamiento.

—

Si nos fuera dado referir al alma sensaciones del cuerpo, podríamos decir:

El frio produce idénticos resultados en el alma que en el cuerpo.

La incertidumbre, la duda, la timidéz, son el frio del alma, como la inaccion, la contraccion, son el frio del cuerpo.

Por eso de un hombre que es tímido se dice que es *frio*.

La agitacion, un prudente egercicio, son buenos para el cuerpo; le dán vida, calor y fuerza. La escitacion moral, las emociones en prudente proporcion hacen bien al espíritu.

La indolencia, hija de la escesiva confianza, es lo que en el cuerpo la pereza por esceso de calor.

El egercicio de un miembro lo desarrolla; el egercicio de una facultad la aumènta.

El hombre, pues, haciendo aplicacion de este principio, pudiera considerarse una palanca de primer género: la voluntad es la potencia, esto es, el móvil; la costumbre es el punto de apoyo, esto es, el medio; la perfeccion relativa es la resistencia, es decir, el fin.

—

Rostro sin una arruga que lo cruce
Es un papel vitela muy bonito
Do nada se trasluce,
Donde nada hay escrito.

(Richter.)

Cuánto me gusta á mí un papel vitela
Cuando por dicha el dueño que lo gasta
Usa *bandós*, y faldas y *pamela*.

(El autor)

APUNTES BIOGRAFICOS

DE

UN CONOCIDO ESCRITOR.

—

(*Estudios fisiológicos sobre el fastidio.*)

N. es uno de nuestros escritores mas populares.

Una vez hablábamos de él. Un amigo mio, me acuerdo bien de esto, dijo

—N. no tiene talento, le ha tenido.

—Algo confuso me parece esto, contesté: por lo menos yo no lo comprendo.

—Sin embargo, repuso él, se esplica muy bien por una teoría mia.

Mi amigo tiene teorías muy raras.

—El talento, continuó: mejor dicho, la facultad ó aptitud de pensar en este ó el otro sentido, ó si quereis de otro modo, la actividad funcional de la mente, es un estado dependiente de mil circunstancias en que puede encontrarse el cuerpo; esto es, es una

sobreescitacion que, como todo desarrollo escesivo de actividad en un órgano, reconoce por causa la reunion de circunstancias anormales que constituyen el estado accidental del cuerpo. ¿Qué sucede cuando uno tiene fiebre? Que hay aumento de actividad en la imaginacion, y no hallándose este aumento en proporcion igual con el del resto de las facultades de la mente, nos dá por resultado esas creaciones fantásticas monstruosas que caracterizan el delirio de los enfermos. ¿Qué nos sucede en la embriaguéz? ¿Quién negará que hay semejanza entre la escitacion alcohólica y la inspiracion, ese *no sé qué*, ese estado anormal que nos dá una intuicion inesplicable de muchas cosas, que nos hace hablar de todo con estraña lucidéz y que nos hace abarcar con una sola mirada la materia de que estamos hablando ó escribiendo? ¿Qué nos sucede cuando nos agitamos física ó moralmente? A uno que acaba de dar una corrida, ponedle la pluma en la mano y decidle que escriba una tranquila égloga, una descripcion sesegada de los placeres del campo, de la vida de la paz. No podrá; pero no por falta de qué decir, no por falta de pensamientos, sino por sobra de ellos. Su estilo tendrá exuberancia de vida, rasgos propios; será enérgico, nervioso, espontáneo, original. Lo mismo se puede decir cuando uno está envuelto en un turbion de sucesos que le interesan vivamente. Un escritor ha dicho que el pueblo francés en la revolucion del 93 cargaba sus cañones con ideas. Y si aquel pueblo tenia *mas ideas* que los del resto de Europa ¿á qué era debido esto sino á la precipitacion de los sucesos que con su con-

tinua movilidad engendraban cabezas como las de Danton, Vergniaud, Andrés Chenier y Mad. Rolland?

Ved, hoy mismo, la vida de los hombres que tienen el talento por profesion, ved cuál es la vida de los escritores generalmente, la de los escritores que mas obras producen, y hallareis que es una continua lucha, la lucha del amor propio.

Ahora bien, si despues de todo no convenís en que el pensar es una funcion orgánica, en que el talento es el desarrollo escesivo de un órgano ó conjunto de ellos, dependiente de tantas causas como el desarrollo de un miembro de nuestro cuerpo, preciso es confesar al menos que, si no es esto, lo parece mucho.

Te advierto, lector, que yo protesté: al llegar aquí, los circunstantes que esto oían, y yo, lanzamos una ruidosa carcajada.

Nuestro amigo el orador, que es un escelente tipo, tomó á mal esta falta de respeto á sus opiniones; empero le calmamos, y despues de conseguirlo, traté de volverle á la cuestion.

—Y bien ¿qué quieres decir? le pregunté, ¿que N. ha tenido una vida borrascosa y ahora la tiene tranquila?

—No es precisamente eso, me contestó.

Ya sabeis que lo que llamamos talento es un estado que modifica la constitucion general del individuo, y que depende frecuentemente del estado de salud del mismo. Pues bien, á N. le acontecia una cosa. N. estaba tísico.

Nadie es capáz de comprender cuánta lucidéz

dá esa enfermedad á la mente, qué predominio adquiere ésta, es decir, el sistema nervioso sobre el resto de nuestro organismo.

N. tenia magníficas concepciones: sus amigos le celebraban: el asombro, la sorpresa que inspiraban sus nuevas producciones cundia entre sus amigos como un verdadero contagio. En poco tiempo tenia hecha su reputacion.

Nadie lo habia reparado hasta entonces, pero el caso es que entonces empezó á decirse que tenia talento, y á poco tiempo de decirse ya nadie lo dudaba. N. era un poeta, pero un verdadero poeta, espontáneo, original; sus composiciones arrebataban á la primera lectura, y sin embargo, eran de un género desconocido: su autor no imitaba en ellas á este ó el otro poeta. N. era gefe de escuela, y no obstante, era muy jóven aun y no contaba con largos estudios hechos.

Era, pues, la naturaleza quien daba tan magníficos resultados en él, pero era su nueva naturaleza, era la tísis, la fiebre.

En efecto, N. tenia fiebre, N. se moria. Una tos cascada, una respiracion fatigosa, la demacracion y la palidéz que mostraba impresas en su rostro sostenido sobre un cuello sumamente largo, anunciaban el fin prematuro de aquel hombre.

Pero lo peor de todo era, no que se moria, sino que él no lo ignoraba; á pesar de la opinion vulgar que supone un síntoma característico de las personas afectadas del pecho, el no conocer éstas la gravedad de su mal.

Su conversacion, sus escritos, eran rasgos bri-

llantes, eran los últimos resplandores de una llama que se apaga.

N. se moria, y por un efecto del instinto de conservacion, que en frecuentes ocasiones obra verdaderos milagros, confiando mas en sí que en los médicos, concibió el proyecto de curarse por sí mismo.

Tres años estuvo cerrado en su casa, privado de todos los goces de la vida, de esas mil satisfacciones que el mundo erije en verdaderas necesidades. Jamás hubiera creido que la esperanza de vivir únicamente, pudiera compensar tanta privacion. Aquella especie de vegetacion lenta y trabajosa no era vida.

Al cabo de tres años N. estaba fuera de peligro.

Se habia salvado, y para salvarse habia inventado un sistema médico: y hay mas, no contento con esto, habia estendido la aplicacion de su sistema médico á la moral, y habia inventado un sistema filosófico que llamó *higiene moral.*

N. se habia salvado: volvia á la vida, á la publicidad, y volvia lleno, exuberante de inspiracion.

Pero ¡cómo volvia!—Un amigo suyo le halló en la calle y mirándole con sorpresa, le tendió los brazos diciendo:

—Chico ¿dónde has estado todo este tiempo? Estás envejecido.

N. se sintió sorprendido, se vió cojido por detrás con esta observacion, como el avaro á quien adivinan dónde oculta su tesoro, come la muger de edad equívoca á quien adivinan los años. No se sorprendió tanto Adan cuando oyó sobre él la voz del Señor y se encontró desnudo y corrió á ocultarse.

Tanta verdad encerraba, tánto profundizaba su

situacion la esclamacion de su amigo. No parecia sino que éste leia en el fondo de su pensamiento, cuando menos.

Efectivamente, N. *habia envejecido*, la palabra era exacta. Se encontraba como si acabase de llegar de un viaje larguísimo lleno de privaciones y de triste esperiencia; de un viaje en que hubiese visto mucho, en que hubiese aprendido mucho; de un viaje, en fin, de diez años.

Es decir, qua habia envejecido diez años.

Y aunque diez años no son mucho, al parecer; sin embargo, descendamos á detalles y veremos: seguid paso á paso la vida de un hombre, vivid juntos con él, y al cabo de diez años no encontrareis diferencia alguna entre el hombre de antes y el hombre de ahora: á la par uno de otro habreis ido perdiendo vuestra ilusiones, vuestro humor alegre, y encontrareis hoy á vuestro amigo un poco mas formal, pero nada mas: para el efecto, diez años así pasados son nada: pero pasadlos en ausencia uno de otro y volveos á ver trascurrido ese tiempo: vereis qué notable cámbio hay en vuestro amigo. Hallareis escesivamente mas severa la espresion de su fisonomía. La huella que en su faz habrá dejado la edad os parecerá verdaderamente un estrago. Vistos así, diez años son mucho tiempo.

Pues bien, N. habia envejecido diez años.

El pobre hacia muy bellas composiciones, pero en cámbio no se reia nunca.

Hubiese dado todo su talento por volver á hallar en el mundo el colorido que no tenia ya para él la vida.

Para él no habia ya alegría: abismado en una continua indiferencia, no habia suceso capáz de interesar su corazon. Como desvelado de repente de un prolongado sueño, entraba dentro de sí, vagaba en torno, y.... ¡nada!.... venia á hallar vacío su corazon, vacío el mundo. Durante ese sueño le habian robado, y ahora el pensamiento hallaba, fuera un desierto, dentro una casa deshabitada.

Su prolongada enfermedad del cuerpo le habia dejado una enfermedad del espíritu, el *spleen* tan conocido entre los ingleses.

Pero era un *spleen* habitual en él, no era una enfermedad; era una melancolía probablemente destinada á ser su compañera inseparable hasta el sepulcro.

Hay pensamientos que son comunes á todos los que padecen la enfermedad que acabamos de nombrar. Dios levanta el velo para esos desgraciados tan solo, y les muestra un punto de esa tenebrosa sima ante cuya inmensidad se recoje horrorizada la pequeñéz de nuestro sér.

¡Y aun el hombre, en su insaciable sed de saber, lamenta su ignorancia! ¡Infelices nosotros, si Dios nos diese la llave de todas sus misteriosas verdades, si Dios levantase una punta del velo que cubre tantos arcanos! ¡oh! la vida quizás nos pareceria una cosa bien triste; la vida así, seria imposible.

Una vez un inglés, lord Pokeen, al ver á N. silencioso en una reunion, quiso obligarle á hablar.

—¿En qué piensa usted? le dijo.

N. se puso á hablarle entonces de cosas muy abstractas, de la eternidad *in initio*, de lo infinito en

el espacio, etc., y á decir sobre este propósito cosas tales, que el inglés dejó de ser jovial aquella noche, la siguiente continuó taciturno, despues dejó de ir á la reunion, mas tarde se supuso que tenia *spleen* y que se iba á viajar, y últimamente se tuvieron pormenores de su muerte. Se habia suicidado.

Mister Aberdeen, ingeniero constructor de ferro-carriles, oyendo señalar al talento de N. una especialidad, dijo:

—En cierta ocasion se puso á hablarme N. en confianza, y me dió miedo su talento, y le rogué que callase. N. podrá escribir de lo que quiera y escribir bien, porque tiene verdadero talento; pero su talento, créanlo ustedes, es una fatalidad. N. concluirá por hacer lo que lord Pokeen.

II.

Algunos años despues de esto, N. aun no habia seguido el egemplo de lord Pokeen.

Su nombre era ya estraordinariamente conocido. Como obedeciendo á un vértigo, á un ánsia febril que le consumiese, habia dominado todos los géneros de literatura é invadido todos los órganos de publicidad convirtiéndose en el escritor mas fecundo. En todas partes en multitud de libros, aparecia su nombre, su firma autorizaba todos los periódicos.

¡Cuánto *trabaja el pensamiento* de ese hombre, decian todos, cuánto produce!

Y sin embargo, N. me habia dicho una vez en secreto:

—El dia en que yo deje á la mente en libertad *de*

pensar soy perdido. Me es preciso *no pensar* y para ello he de aturdirme. Esto esplica mi insaciable sed de popularidad, mi actividad incansable.

Ya te comprendo, repuse yo, lo que tú llamas *no pensar* absolutamente, es no pensar en un determinado objeto.

—Es preciso, continuó él, al parecer sin oir mi observacion, es preciso sentir algo: el sentimiento mata la idea, la idea mataria al hombre.

Estas palabras estaban contestes con lo que varias veces le habia yo oido repetir.

—La vida *sin objeto*, solia decir, es bien triste cosa; es un largo pasaje á bordo sin saber qué hacer. Para no estar continuamente deseando el arribo, es necesaria una ocupacion, un objeto.

¡Triste privilegio es tener que considerar así la vida!

En el hombre hay dos clases de locura; una la constituye la falta de razon, otra el esceso de ella.

N. tenia esta última.

III.

Ahora—de esto que os hablo hace seis años—ahora N, ha cambiado mucho: ha logrado interesarse en esa lucha del amor propio á que viene á reducirse la vida de un hombre de reputacion; hoy ama su popularidad y agradece al público el aplauso que le tributa. En cámbio, no escribe ya como escribia; no tiene la inspiracion de antes: empero tiene su inmenso crédito hecho, y escribe mucho por-

que teme recaer en su antigua enfermedad moral, escribe mucho porque con esto cumple el objeto que se ha propuesto en su vida.

Ved lo que venia á ser el talento de N., y ved sobre todo, si yo tenia razon en decir que hoy no tiene el talento que ha tenido.»

IV.

Hasta aquí mi amigo el de las teorías materialistas.

Lectores que hasta aquí me habeis seguido, si leeis mucho, si recorreis diariamente los periódicos, encontrareis un nombre repetido á cada paso, una misma firma prodigada á cada momento; pues bien, si así os sucede, si os llama la atencion ese mito encontradizo, ese nombre sobrecargado con una gran reputacion, es él: cada vez que lo veais acordaos de este artículo y no envidieis la gloria de ese hombreb; haceos cuenta de que es una especie de judio errante.

LA ULTIMA JUGADA.

I.

Eran las diez de una noche de otoño del año 1859.

Varios hombres de distintas clases y condiciones, pero unidos todos por el lazo comun del vicio, se agrupaban dentro de una sala decorada con decencia, al rededor de una mesa ovalada con tapete verde, que presidia un sugeto con una baraja en la mano y un monton de plata delante.

Por encima de todas aquellas cabezas pendia una lámpara, cuya luz pasando á través de una pantalla de seda del mismo color que el tapete, comunicaba á las fisonomias de todos un aspecto siniestro, una palidéz que unida á la silenciosa inmovilidad con que esperaba cada cual la carta que habia de doblar ó arrebatar su punto, hacia aparecer el grupo como una fantástica congregacion de enfermos ó de cadáveres.

—¡Juego!—dijo un jóven de decente porte, de cabello rubio y de simpática fisonomía, penetrando á la sazon en la sala.

Todos aquellos semblantes se volvieron para dirijir una rápida mirada al recien llegado, y tornaron á fijarla despues en las manos del banquero.

Este levantó la vista asimismo y midió de alto á bajo al nuevo adversario que aparecia ante él en aquel estraño palenque.

A la cargada—repuso el banquero despues de un momento de pausa.

El jóven sacó una moneda de oro y la puso junto á una de las cartas esparcidas sobre el tapete.

El que tallaba continuó por un breve rato echando cartas en medio del silencio general.

A los pocos momentos se levantó súbitamente ese rumor de imprecaciones y frases de gozo que anuncian la aparicion de una carta decisiva.

Los gananciosos tendieron su mano para recojer su puesta doblada.

El jóven que habia llegado se mordió los lábios de despecho, cerró convulsivamente los puños y calló.

—Usted ha heredado mi suerte—le dijo, levantándose de su silla, un viejo que en su aspecto llevaba impreso el sello de una miseria mal oculta.

—¿Por qué?—le preguntó casi maquinalmente el otro, que estaba distraido.

—Porque acababa yo de perder mi última puesta cuando usted ha venido á perder la primera.

El banquero volvió á echar las cartas sobre la mesa, los puntos volvieron á renovar la interrum-

pida série de sus emociones, el jóven volvió á depositar una nueva cantidad junto á una carta, y el viejo se puso á contemplarle con atencion fija como disponiéndose á presenciar la lucha que se empezaba á trabar entre aquel nuevo gladiador y su suerte que parecia decidida á cerrarle el paso.

Se dió el albur: el mismo rumor de antes volvió á cernerse sobre el grupo de los jugadores.

Algunos tendieron su mano y recojieron su ganancia, otros maldijeron de su suerte: el jóven lanzó una mirada de suprema angustia sobre aquel dinero que desaparecia para ir á confundirse en el monton de oro de la banca.

El viejo se sonrió como si conociese lo que en el interior del otro estaba pasando.

Los perdidosos depositaron su nueva ofrenda en demanda del desquite.

Volvió el silencio á restablecerse.

El juego continuó.

Vino un nuevo azar, y la misma escena de quejas y alegría volvió á repetirse.

Nuestro desconocido continuó sin recojer su puesta.

La dobló y esperó de nuevo.

En vano tambien.

Insistió otras tres veces y obtuvo el mismo resultado.

De sus sienes empezaban á brotar pequeñas gotas de sudor; sobre su semblante se habia esparcido una palidéz cadavérica que venía á aumentar el siniestro resplandor verde que irradiaba del quinqué.

El corazon le latía violentameute; y era fácil de notar por su respiracion apresurada y fatigosa el aumento de la circulacion de su sangre, y por dos manchas ligeramente sonrosadas que aparecian en sus megillas, la fiebre que comenzaba á apoderarse de él, la desesperacion que en su interior se agitaba.

—A este hombre le pasa algo; este hombre medita algo, pensó el viejo.

—¡Última talla, señores! dijo el banquero con una especie de solemnidad glacial.

Multitud de manos se abalanzaron sobre la mesa y cubrieron de dinero las cartas.

Nuestro desconocido hizo otro tanto: vació sus bolsillos y depositó con crispada mano junto á una carta cuanto contenian.

Algunos jugadores volvieron el rostro á verle; el banquero le contempló un instante con curiosidad.

Habia no sé qué de estraño, de imponente, en su espresion.

Las dos cartas del albur las componian un siete y un as.

Al siete iba una enorme cantidad de apuestas.

El jóven habia igualado las dos cartas, poniendo una cantidad próximamente igual á la contraria.

A los pocos momentos vino el siete: un alegre rumor circuló por todo aquel corro como una corriente eléctrica.

El jóven se dispuso á salir.

—¿Quiere usted jugar mas? le preguntó el ban-

quero; tiro otra talla para que usted se desquite.

—No, gracias, repuso desde la puerta con voz ronca el aludido, y desapareció.

Una nube de impías chanzonetas saludó su salida, llenando por breves instantes el ámbito de aquella sala.

El viejo salió detrás de él; y la misteriosa deidad del azar siguió indiferente combinando en aquel sombrío recinto ora la desesperacion de unos, ora el vertiginoso placer de los otros.

II.

El jóven que de una manera, á no dudar estraña, acababa de aparecer un momento en semejante casa para eclipsarse en seguida, se llamaba Rafael Mendoza, y era un artista que empezaba á gozar de alguna reputacion.

Hijo de padres humildes, dedicado por ellos á un modesto oficio, habia crecido en un taller, sin mas aspiraciones por su parte, que las de poder un dia ganarse honradamente los medios con que subvenir á las necesidades de su familia.

Diez y ocho años tenia cuando aun no habian salido de tan modesta esfera sus sueños de ambicion.

Empero Rafael dibujaba bien, tenia una novia, y un dia, el del santo de su prometida, en el compromiso de hacerla un obsequio, concibió el proyecto de regalarla nada menos que un cuadro.

El pensamiento no dejaba de tener su poquito

de pretencioso: el cuadro habia de ser al óleo y pintado por él.

Jamás habia tenido en su mano un pincel, ignoraba cómo se mezclaban siquiera los colores; pero tomó algunos consejos de un pintor amigo suyo, y acometió la obra sin vacilar.

El resultado coronó sus esfuerzos, y cuantos visitaban la casa de Rosa, que así se llamaba la obsequiada, tuvieron ocasion de celebrar el delicado gusto y las recomendables dotes artísticas del autor, que se advertian desde luego en el pequeño *florero*, el cual desde entonces, adornado con su marco dorado correspondiente, decoró el modesto gabinete de Rosa.

Entre los que admiraron la obra del improvisado artista, se contaba un caballero, dedicado al comercio de cuadros hacia mucho tiempo, muy inteligente en ellos, y á quien inspiró un sério propósito el pobre *florero* de Rafael.

En su consecuencia, fue á visitar á éste, y le propuso que abandonase su antiguo oficio y se dedicase á pintar para él, con cuyo objeto, admitida la proposicion, celebraron un contrato.

Desde aquel dia, sometido á las indicaciones del negociante, el nuevo artista, con el mayor secreto, pues asi estaba convenido, empezó á pintar *floreros y bodegones*, que aquel vendia despues como originales de otro artista que gozaba de gran reputacion en la ciudad, y que hacia años no residia en ella.

—Copie usted este detalle de este original, le decia el negociante; este otro de aquel, mude usted

tales colores, ponga usted una velatura aquí, una sombra allá. Y de todo esto resultaba un cuadro original en el conjunto, copiado en los detalles y en la manera, y cuyo estilo se parecia estremadamente al de un determinado pintor.

Los cuadros se vendian, *su protector* ganaba, Rafael recibia ocho duros por cada uno, y le importaba poco contribuir con ellos á la reputacion de otro artista. El caso era que conseguia de este modo ganar un jornal inmensamente mayor que el que estaba acostumbrado á ganar con su antigua profesion.

Rafael estaba fuera de sí de puro contento.

Comenzó á vestir mejor: en vez de su tradicional levita de los domingos, limpita y aseada, pero antigua, usó desde entonces para todos los dias elegantes trajes *á la dérnière*, cortados en el mejor taller de la ciudad; alquiló un cuarto mas caro para su familia, lo llenó de buenos muebles, tomó un abono en el teatro; y los que al principio estrañaron tan súbito cámbio empezaron á saber mas tarde que Rafael habia dejado de ser un pobre industrial para cambiarse en un artista de brillantes esperanzas.

Y desde que esto sucedió no pudieron ni él ni el comerciante ocultar la procedencia de los cuadros que éste vendia.

Efecto de ello acaso, los cuadros tuvieron menos salida; al poco tiempo se indispuso Rafael con su *protector*, y trató de entenderse directamente con el público y vivir de la reputacion.

La reputacion de una provincia, desgraciadamen-

te, no puede asegurar la independencia de un artista: Rafael se habia hecho orgulloso, habia adquirido ciertos vicios que casi hace indispensables el trato de la buena sociedad, y además de todas estas exijencias de su reciente posicion, habia contraido nuevas obligaciones; se habia casado hacia año y medio y tenia un hijo.

Al principio pensó en redoblar sus esfuerzos, estudiar, trabajar mucho, y luchar contra su mala suerte; mas tarde le acometieron raptos de desaliento y de postracion.

Un dia un amigo le llevó á una casa de juego, y ganó.

En semejantes casos la casualidad tiene un modo de proceder tan criminal que no parece una combinacion fortuita del azar, sino el producto de una determinacion perversa.

Rafael se aficionó, y volvió á jugar muchas veces con varia fortuna: hasta que por fin empezó ya á perder siempre indefectiblemente.

Ya en tal estado dejó de pensar en su honroso trabajo, se olvidó por completo del arte: contrajo deudas, cada dia mayores, y concluyó por verse asediado de acreedores, espuesto á humillaciones que hasta entonces no habia conocido, y desdeñado por todas sus relaciones.

En esta situacion, cada dia mas apremiante y angustiosa, llegó uno, por fin, en que no tuvo pan que llevar á su familia; sus ancianos padres, su muger y su hijo vieron trascurrir veinticuatro horas en medio de ese dolor supremo que mengua las fuerzas del espíritu á par que desfallece las del cuerpo.

Eran las nueve de la noche, y aun no habian comido nada desde la noche anterior.

Rafael salió desesperado, decidido á pasar por todo antes que volver á su casa sin recursos para su familia.

La Providencia no le abandonó; por una casualidad halló un amigo que tenia el encargo de un cuadro para la iglesia de un pueblo inmedato. Rafael le exijió parte al menos del precio adelantado; el amigo le llevó á su casa y le dió el precio por completo.

Eran seis mil reales: hacia ya tiempo que el infeliz artista no habia visto en su poder tanto dinero reunido.

Lo tomó y partió velóz.

Corria, volaba, buscando una fonda donde encargar una cena para su familia: empero al pasar por una estrecha callejuela vió un portal abierto: lo reconoció, se detuvo, vaciló largo rato, y por fin entró y subió apresuradamente la escalera.

Era una casa de juego, en donde habia disipado la mayor parte del dinero que habia llegado á sus manos hacia algunos meses.

La pasion fatal que le dominaba, al presentarle aquella puerta abierta, habia hablado á su mente con voces de seductora tentacion, borrando de su memoria la angustiosa escena que en su casa tenia lugar.

Eran ya las diez, y muchas noches los jugadores solian terminar su sesion á aquella hora: quizás, si iba á su casa á dejar dinero y volvia, no tendria tiempo de probar fortuna; y queria, por últi-

ma vez, aventurar una pequeña cantidad, tentar un último esfuerzo para ablandar á la suerte, esa deidad que distribuye á su antojo los goces de la tierra, y que puede conducir al mortal por misteriosos caminos fáciles y prontos á los mas deslumbradores destinos de la vida.

Subió y arriesgó la primera puesta, y la segunda, y la tercera, se apoderó de su cerebro ese vértigo fatal que ciega á los jugadores en tal momento el uso de su razon, creció con su mala suerte su empeño, se olvidó de todo, y.... ya sabemos lo demás.

Salió de allí sin una moneda en el bolsillo, sin esperanza, y sin pan que llevar á su hijo, á su muger, á sus ancianos padres, que se morian de hambre.

—

El sugeto que tras él habia salido, era un hombre de muy avanzada edad, con esas apariencias que revelan á un cesante, segun el tipo que tiene concebido el vulgo; un hombre perteneciente á la hez de las gentes que se reunen en los garitos, y en quienes todo se puede suponer, que *hacen su diario* sin que se sepa cómo, que *levantan muertos*, que *hacen de ganzheros*, todo, menos trabajar y vivir honradamente.

En todas las *timbas* se le conocia; en todas sabian su nombre; le llamaban D. Lucas.

III.

Cuando, al salir, volvió Rafael á pisar el umbral de aquella puerta, por la cual habia entrado antes

lleno de esperanza, una ira reconcentrada y sorda fermentaba en su corazon; una idea satánica bullia en su centro.

Nunca hubiese creido que fuera tan escaso su dominio sobre sí.

Cuando súbitamente se encontró frente á la casa de juego y le ocurrió el pensamiento de entrar para jugar por última vez, para desengañarse, para dar el postrer adios á su pasion exijente, no pudo imaginar tal cosa.

Cuando en la calle ya, contempló la fria realidad de lo sucedido, su inesplicable debilidad le pareció un crimen, y le horrorizó.

Empezó á recorrer calles apresurado, loco, como maquinalmente.

D. Juan, que habia adivinado la lucha interior de aquel hombre, le seguia con ávido interés, curioso de conocer el desenlace de aquel drama íntimo, silencioso, secreto, que en el alma de aquel hombre estaba pasando.

Ultimamente, al cabo de recorrer multitud de calles llegó á una casa: era la suya: subió y á poco volvió á bajar.

D. Lucas que permanecia á la puerta, le vió partir otra vez y le siguió de nuevo.

Rafael se dirijió á una fonda de las mas acreditadas de la ciudad y penetró en ella.

Su perseguidor subió tras él la escalera de la fonda, y le oyó pedir una habitacion á uno de los camareros.

—¡Bá! dijo D. Lucas; este hombre me ha dado un chasco, pensé otra cosa.

Y bajó la escalera casi pesaroso de que no se realizase lo que él habia sospechado, al menos para que esto le hubiese proporcionado una distraccion.

IV.

—¿El señor quiere algo mas? preguntó el mozo abriendo un cuarto y penetrando en él con el nuevo huésped.

—Nada, contestó Rafael.

—Que el señor descanse, añadió aquel, y salió.

No bien lo hubo hecho así, oyó girar la llave en la cerradura de la puerta, que Rafael cerró por dentro.

El mozo encontró en el corredor á un compañero suyo, ambos estrañaron la espresion sombría del huésped, el tono duro y el laconismo de sus palabras: y permenecieron un momento escuchando por fuera.

A poco oyeron á Rafael que se paseaba por el cuarto: despues.... El corredor estaba á oscuras, y por el ojo de la llave salia un rayo de luz de la estancia de Rafael: súbitamente aquel rayo de luz se estinguió dejando en completa tiniebla el pasillo; era evidente que el que estaba dentro habia apagado la bugía con que se alumbraba.

Despues nada oyeron; la sombra y el silencio dominaron en torno por largo espacio: pasado éste, percibieron un ligero rumor así como si el huésped murmurara algunas palabras, mezcladas con aspiraciones fuertes muy semejantes á un suspiro, y últimamente repitiendo dos veces un ruido seco, como

el chasquido que resulta del choque de dos cosas duras y de pequeño volúmen, como suena en medio del silencio el estallido de una vasija que se quiebra, un sonido metálico pero sin vibracion, un ruido particular que los mozos trataron en vano de buscar en su imaginacion con qué podia haberse producido.

En esta sazon un rumor confuso de voces y algazara, de gritos y músicas marciales resonó en la calle á lo lejos.

—¿Qué es eso? preguntó uno de los camareros, sin acordarse de que su pregunta les vendia, haciendo conocer su presencia allí.

—¡Estúpido! ¡qué has hecho! repuso el otro en voz baja. Y desde dentro les oyó Rafael alejarse á lo largo del corredor.

—Eso es que la gente despide á la tropa que esta noche ha de pernoctar en el pueblo de.... para embarcarse mañana con direccion al Africa, iba diciendo uno de ellos.

—¡Pobrecillos! no volverán todos los que se van, añadió su compañero.

V.

Al dia siguiente, á una hora bastante avanzada de la tarde, en la fonda estrañaron ver todavia cerrada la habitacion de Rafael; llamaron suponiendo que le hubiese acometido algun accidente, pero nadie contestó: golpearon de nuevo con doble insistencia la puerta, lo mismo. Esto les confirmó en sus

sospechas, y creyeron necesario entrar á toda costa. Se sirvieron para ello de una segunda llave, y penetraron en el cuarto.

En éste no habia nadie: la cama estaba sin deshacer y todos los muebles en el mismo órden que antes.

Unicamente aparecia sobre la chimenea una carta con sobre escrito con lápiz y cerrada con oblea.

Nadie habia visto salir á aquel hombre: ¿por dónde, pues, cómo y cuándo habia desaparecido?

El dueño del establecimiento, en medio del mayor asombro, mandó la carta á su destino.

Aquel á quien iba dirijida era un amigo de Rafael, de quien habia sido éste muy íntimo en otro tiempo.

La abrió y leyó lo siguiente:

«Querido N: Me encuentro agobiado bajo el peso de una situacion que se prolonga demasiado y que no tengo fuerzas para soportar por mas tiempo. Ni puedo volver á reducir mi vida al estrecho círculo en que giraba antes, ni puedo satisfacer las exijencias de mi amor propio, que me inspiran abandonar la posicion que la suerte, y no mi talento, me habia conquistado.

Ni soy pintor ni lo he sido jamás: el público, que entiende de artes menos todavía que yo, la casualidad, y un egoista que me hizo instrumento de una especulacion, me desvanecieron un momento para perderme despues.

Hoy todavía la suerte me tenia reservado un favor; pero dominado por la pasion infame que todos conoceis en mí, he hecho inútil ese último recurso.

He jugado y he perdido seis mil reales, precio anticipado de un cuadro: soy un infame.

Entretanto mi familia se muere de hambre: á mí me habian cerrado todas las puertas: vosotros los que habeis sido mis amigos, abrídselas á esos dos ancianos tan dignos de compasion; abrídselas á esa pobre jóven á quien mi amor brindó un porvenir de gloria y fausto para darle despues la mas repugnante miseria: abrídselas á mi desgraciado hijo.

Dadles un pedazo de pan, un medio posible de vivir, y yo desde la eternidad os lo agradeceré.

No me busqueis: cuando leais estas líneas, mi alma habrá rendido su cuenta á Dios, mi cuerpo.... tal vez no aparezca en mucho tiempo.

Adios.

Rafael.

A la firma seguian los siguientes renglones:

«Te ruego, amigo mio, por cuanto mas ames en el mundo, que no reveles á nadie el secreto que contiene esta carta, á mi familia sobre todo, hasta trascurrido un mes desde hoy.»

Esta advertencia final, como es fácil de suponer, no pudo tener cumplido efecto: mil circunstancias imprescindibles lo hacian dificilísimo si no imposible completamente.

A los ocho dias lo sabia, no solo su familia, sino toda la poblacion.

VI.

Habia pasado un mes despues de lo que acabamos de narrar.

Los soldados españoles estaban allende el Estrecho escribiendo con su generosa sangre, esa insigne página de nuestra historia contemporánea, la gloriosa campaña de Marruecos.

La Europa entera tenia fijos sus ojos en ese cuadro inmenso, en esa epopeya, en la cual á través de la bruma de los agitados mares, en medio del estridor del trueno y del fragor del combate, á la luz fosfórica de la tempestad, se veia resplandeciente, grande como otras veces, el nombre español, el de la patria de tantos héroes, levantado entre torrentes de sangre sobre todos los dolores, sobre todas las contrariedades, sobre toda clase de enemigos, por el valor de sus hijos.

Mientras nuestro jóven egército atravesaba el cercano litoral africano, dejando trazada con regueros de sangre en Sierra-Bullones, la senda por donde se camina á la gloria, otra parte de él, los heridos, venian á nuestros hospitales á recibir en premio de su sacrificio una sonrisa de la madre patria, á morir, al menos, aspirando el templado ambiente de nuestras provincias del Mediodía, bajo el sereno azul de su encantado cielo.

Despues de uno de los frecuentes combates con que se inauguró la guerra, el diario oficial del Estado dió la lista de nuestras víctimas en el combate mencionado, es decir, nos daba cuenta del precio á que habíamos comprado aquel triunfo.

Entre aquellos nombres, los que habian conocido á Rafael vieron con sorpresa el nombre y apellido de éste.

La noticia se estendió con rapidéz y su familia lo supo.

Se dudó por unos y por otros, se vaciló acerca de lo que ello podria ser, pero por último todos convinieron en que no debia caber duda alguna. Rafael vivia, y no podia ser otro que él el soldado herido que venia mencionado en el parte.

Se escribió á los gefes, se hizo por averiguarlo, y efectivamente, antes de que todas estas gestiones tuviesen resultado, una carta del mismo Rafael escrita desde el hospital de Ceuta vino á realizar las esperanzas de los suyos y á devolverles la perdida alegría.

Rafael estaba en Ceuta herido de un balazo en un muslo, pero en cámbio estaba curado ya radicalmente de la desesperacion que habia puesto un mes antes el cañon de una pistola en su sien.

Al cabo de cuarenta dias, bueno de su herida, por fin, le fue concedida licencia para pasar á convalecer en su pais.

Volvió, pues: el desmantelado ajuar de su casa no le pareció tan miserable; su pobreza le pareció mas soportable: su posicion especial le reconcilió con varios de sus antiguos amigos que fueron á verle y le proporcionaron recursos.

Algunos de ellos le trajeron encargos de cuadros que pintar, pero él, á quien el sangriento laurel de la guerra habia curado, odiaba ya la gloria del artista, y quiso vengarse de la cruel burla que el arte le habia hecho, desdeñándolo por el modesto oficio que en otro tiempo habia cultivado: se presentó en su antiguo taller y solicitó nuevamente trabajo.

Con él, con su humilde profesion de otros dias, bastaba para hacer la felicidad de su familia, para

hacer la suya propia. Pero quedaba todavía una pequeña gota amarga que apurar entre tanto placer. El se habia inscrito voluntario, y pasado el plazo de su licencia temporal, si duraba la guerra, se debia á la patria, á los combates en donde aun le esperaba la muerte, de que le habia apartado hasta entonces la mano de la Providencia.

El deber es lo mas sagrado, lo mas digno de respeto en esta vida donde tantas cosas pequeñas nos rodean. ¡Oh! si no fuese tan duro de cumplir, no rodearia de tan alta estima la frente del hombre que le dá culto.

VII.

¿Cómo habia sucedido que Rafael apareciera herido en Africa cuando se le suponia muerto hacia tiempo? ¿Qué fundamento habia podido tener aquella carta en que él mismo lo anunciaba así?

Nada hemos dicho de esto.

Vamos á saberlo.

Aquella noche fatal, despues que el mozo de la fonda le habia dejado solo en el cuarto, Rafael se cerró en él, como ya sabemos, y empezó á pasearse de uno á otro estremo, presa de encontrados pensamientos. El torbellino de sus ideas giraba en su cerebro al rededor de un punto fatal, fijo, como la mariposa al rededor de la llama en que ha de estinguir su vida.

Luego se paró en mitad de la estancia, pareció adoptar una resolucion, apagó la luz, y fue de puntillas á poner el oido en la cerradura: nada oyó

por fuera y volvió á tientas al centro de la estancia, se arrodilló, inclinó su frente hasta apoyarla en la palma de su mano, y levantó su pensamiento á otra region; desde ella su mente buscó cuantos objetos amaba en la tierra y los recomendó á Dios.

—Acepta, Señor, dijo, en compensacion de todo el bien que derrames sobre ellos en la tierra, el dolor que siento en el alma al arrancarla de su cubierta mortal.

Y la oracion comenzada en lo mas escondido de su pensamiento, descendió á sus lábios y salió en un imperceptible murmurio confundida con un prolongado suspiro.

Acto continuo, Rafael, en medio de la sombra sacó de su bolsillo un objeto, y en tal momento fue cuando se oyó aquel sonido seco y particular semejante á un chasquido.

Era una pistola que Rafael habia tomado en su casa al volver á ella, era una pistola que amartillaron convulsivamente sus manos; era para los de fuera un leve ruido, un insignificante accidente; era.... una imperceptible señal ante la cual se abrieran para su alma las puertas de la eternidad.

Alguien estrañará oir palabras de oracion en la boca de un suicida; sin embargo, si se pudiese conocer el pensamiento último que cercena la bala de una pistola en la mente de cada uno de esos desgraciados, acaso no encontráramos ninguno que no fuese un ruego por esta alma inmortal que contenemos, ninguno que no se refiriese á Dios.

Tambien los suicidas creen en otra vida; tam-

bien los suicidas oran; tambien ellos creen en Dios.

Entonces fue cuando se oyó en la calle el estrépito de música y algazara: por primera vez observó Rafael que la vida se puede dar con honra á la faz de todos; que otros hombres iban á sacrificarse como él, pero iban con la sonrisa en los lábios y la alegría en el corazon; que el hombre puede, cuando su existencia sea inútil para todo, sacar utilidad de su muerte, sufrirla por la patria.

Y envidió á quellos hombres que iban á morir, y eran felices, á pesar de eso.

Presa de un acceso febril entonces, encendió la luz, buscó papel en un mueble, escribió rápidamente una carta, la dejó sobre la chimenea y se abalanzó vertiginosamente á la puerta, la abrió y huyó, mas bien que salió, de aquella estancia en donde todavía parecia que se respiraban pensamientos de muerte.

VIII.

Bajó rápidamente la escalera, y saltó el umbral sin que le viera ningun dependiente de la casa.

Una vez ya en la calle empezó á discurrir por la poblacion, sin darse cuenta de lo que pasaba ni adónde iba.

Al pasar por una calle le llegaron á sacar de su abstraccion las místicas melodías que acompañando un cántico religioso, salian de la puerta de una iglesia, en donde á aquella hora se iba á terminar una solemne funcion.

Rafael, como obedeciendo á una secreta atraccion, penetró en el templo.

Perdido al pronto entre la multitud que lo llenaba, no tardó en aparecer á pocos instantes en una desierta capilla, ante la cual pendia una lámpara solitaria.

Rafael estaba en ella de rodillas, sus lábios murmuraban una plegaria, sus ojos se fijaban en la imágen del altar.

Cuando volvió á salir del templo, una pobre muger con una niña en brazos, le pidió una limosna.

Aquel acento de una madre pidiendo pan para su hijo tenia tan amarga entonacion de verdad, que le conmovió; se acordó de su hijo, y sintió algo en su corazon, algo en sus ojos, así como una lágrima que pugna por salir.

Se llevó á ellos la mano, pero.... nada!

Se dice que una noche de suprema angustia ha bastado para encanecer el cabello de un reo en capilla: del mismo modo se concibe que haya horas de desesperacion que, despues de haber pasado por nosotros, dejen nuestros ojos sin lágrimas que derramar y nuestro corazon sin la riqueza de sentimiento que antes tenia.

A Rafael no le quedaba en el pecho mas que energía para llevar á cabo una determinacion que en su mente acababa de formarse.

Empero en aquel momento Rafael era bueno, estaba purificado por su dolor y por la conciencia del penoso deber, de una dura espiacion que iba á imponerse.

Era bueno, decimos, y no bien hubo doblado la calle no pudo dominar un movimiento que maquinalmente le hizo llevar la mano al bolsillo en busca de alguna moneda que dar á la pobre.

¡Una moneda! ¡y acababa de perder todo el dinero! El mismo en su interior estuvo á punto de reirse de su propio impulso.

Empero ¡cosa estraña! sus dedos al hundirse en el bolsillo de su chaleco tropezaron con un objeto que como replegado permanecia en él.

Lo sacó y era un pequeño escudo de cuarenta reales.

En el momento olvidó á la mendiga para no acordarse mas que de su familia.

Corrió, encargó una cena en donde mas cerca la halló, la vió llevar á su casa, y hambriento, y deseoso á mas de ver la alegría de los suyos, sofocó sin embargo en su alma el irresistible deseo que le acosaba, dominó el grito de la necesidad que le hacia desfallecer, y.... empezó á cumplir su espiacion, fue con una moneda de plata que le restaba todavía, á buscar á la pobre muger que le habia demandado una limosna.

Cuando llegó ya habia desaparecido ésta.

Entonces volvió á la capilla donde antes se habia prosternado, hincó de nuevo la rodilla y puso su mano sobre el borde del altar.

—Esta moneda no es mia, pensó; Dios me la ha dado para esa pobre muger: él tiene los medios de hacerla llegar á su destino: aquí se queda.

Sobre el borde del altar habia un imperceptible hueco dentro del cual se ajustaba perfecta-

mente la moneda: la dejó en él, y se salió del templo.

A aquella hora todavía Rafael tuvo tiempo de salir de la ciudad; en aquella noche durmió en el inmediato pueblo de.... y al dia siguiente se embarcaba con las tropas que conducia al Africa un vapor de guerra.

Habia solicitado ingresar como voluntario en aquella fuerza y lo habia logrado.

Lo demás lo saben nuestros lectores.

IX.

De vuelta á su casa, apenas tuvo tiempo, despues de abrazar á los suyos y recibir á amigos y conocidos, secretamente y como si fuese á cometer un delito, se trasladó al templo en donde habia orado, antes de partir á buscar la muerte en la guerra.

El templo estaba solitario.

Una vez en él, segun iba adelantando en medio de la dudosa claridad del mismo, al acercarse á la capilla, á que tan poderosamente le ligaba un recuerdo, le pareció distinguir el bulto de un persona arrodillada sobre el pavimento.

Llegóse mas cerca, y efectivamente, era un hombre de unos setenta años, vestido con un gaban roto y grasiento, y el resto del traje en igual estado.

Rafael permaneció á alguna distancia, y contempló un momento el fervor y la abstraccion religiosa en que se hallaba embebido aquel hombre

que sin duda llevaba al pié del altar el secreto de hondas amarguras del alma.

Ultimamente pareció terminar su rezo, se apoyó en el borde del altar y lo besó.

En aquel mismo instante un movimiento estraño hirguió el cuerpo de aquel hombre.

Se levantó y se dirijió fuera del templo.

Su corazon dijo á Rafael que aquel desgraciado habia encontrado su moneda depositada allí.

Increible parecia que en tanto tiempo no hubiese sido descubierta por otra persona, y sin embargo, Rafael tenia una conviccion íntima de lo que estaba sospechando. Lo inverosimil del caso no hizo mas que convencerle de que aquel socorro se habia conservado allí providencialmente para remediar alguna gran afliccion.

Tuvo curiosidad de saberlo y de saber el destino de su socorro, y siguió al anciano.

Cuando estuvieron en la calle, al verle, le pareció á Rafael que aquella cara no le era desconocida.

Mientras seguia sus pasos, iba haciendo por recordar, pero en vano: por mas que lo procuró, no pudo reconocer en aquel rostro flaco al hombre que una noche le dijo en la casa de juego.—Usted ha heredado mi suerte.

No era otro, en efecto, sino aquel mismo personage que ahora llevaba doblemente impreso el sello de la miseria.

De esta manera, uno tras de otro, Rafael y D. Lucas llegaron frente á una administracion de loterías.

D. Lucas se detuvo á la puerta, como asaltado

por una idea súbita, é iba á entrar cuando le detuvo un hombre de su edad y de semejantes trazas.

—¡Eh! ¿ adónde vas tan de prisa? ¿Vas á cobrar? —le dijo.

—No, voy á jugar esta peseta.

—¿A qué números?

—A los primeros que saquen del cestillo.

—Chico, ¡sabes que me deslumbras! ¡una peseta!... tú te has vuelto ó loco ó millonario. ¡Jugar una peseta!...

—Tengo una corazonada....Este dinero....—dijo D. Lucas mostrando los cuatro reales, y se detuvo. Iba á revelar su orígen, iba á revelar uno de esos sentimientos que quedan siempre, á través de todas las degradaciones, en el corazon; y esto no se espone á la burla del mundo, de esto siempre se avergüenza el hombre.

—Ese dinero.... ¿qué?—insistió el otro.

—Este dinero.... es de suerte, y voy á jugarlo *á terno seco.*

—¡No seas babieca, y vamos á echar cuatro tragos y á consumirlo alegremente! ¡Esto es lo positivo! y ríete de tus corazonadas. Ninguna de ellas ha valido nunca medio maravedí.

Cerca de aquel sitio habia una taberna con honores de bodegon.

Los dos interlocutores pasaron adelante y penetraron en ella.

No bien hubo sucedido esto cuando Rafael sintió surgir de repente en su pensamiento una idea.

Acababa de reconocer á D. Lucas, acababa de recordar aquella frase que habia oido de su lábio al

penetrar en la casa de juego.—*Usted ha heredado mi suerte.*

El recuerdo de estas palabras pareció á Rafael una revelacion, un augurio providencial.

Entró en la administracion de loterías, sacó del cestillo que hay comunmente en tales establecimientos tres números, é impuso cuatro reales al primer estracto.

Al cabo de tres dias oyó desde su casa á los chicos que pregonaban por la calle *¡los números premiados!*

—Toma, Rosa,—le dijo á su muger, toma este pagaré y vé á cobrarlo.

—¿Pues qué? ¿nos ha salido acaso? repuso la jóven.

—Toma, insistió Rafael.

—Pero....

—Yo lo sé, añadió él en un tono que no le dejó ya duda.

Media hora despues, la mas loca alegría llenaba aquel recinto donde antes no habia mas que tristeza: las lágrimas estaban en los ojos de todos, la sonrisa y el placer en todos los semblantes.

Efectivamente, como se ve, Rafael *habia heredado la suerte de D. Lucas.*

Tres números que habian de ser premiados, le esperaban brindándole con la fortuna, él cedió á las instancias de un mal amigo, para dejarlos á otro.

Nadie hubiese creido que aquellas palabras pronunciadas por él encerrasen tanta verdad.

Muchos hoy dia conocen el origen de la riqueza

de Rafael, pero nadie sabe el *verdadero origen*; nadie conoce esta historia que no tiene personages, solo uno, el protagonista; esta historia cuya accion no ha pasado en ninguna parte, en el fondo del corazon de un hombre únicamente.

Rafael no la ha revelado á persona alguna.

¿Y quién, por otra parte, la hubiese creido?

Algun jugador acaso.

—

Estos, los jugadores, viven en un mundo abstracto, un mundo de quimeras, de misterio é ilusion, de raras complicaciones, y creerian esta originalísima combinacion de *la casualidad*: porque ellos creen á la casualidad muy ingeniosa, hasta la suponen reglas por las cuales se rije siempre. Para ellos, en suma, la casualidad no existe.

Siempre que la carta contraria viene á arrebatarles su última esperanza con el último napoleon, ellos tienen una razon que justifique el despiadado capricho de la suerte.

Despues precisamente que han perdido su dinero, encuentran la razon por qué lo han perdido.

—Sí, está claro, os dirán, el as vino á quebrar juego.

O bien;

—Si soy un estúpido: se estaban dando mayores y lado, y fui contra el juego.

Por el contrario, si ganan, y les preguntais la razon, os darán una difusa esplicacion de por qué ha sucedido así.

Vosotros los que en los mas mínimos detalles de las cosas buscais la causa, convencidos de que

todo en el mundo tiene su razon de ser, no temais que su imaginacion deje nunca de suministrarles el motivo del incidente mas leve del juego.

¿Y quién sabe lo que tendrá de falible esa satánica ciencia?

¿Quién sabe lo que hay en este mundo de verdad en la mentira, de mentira en la verdad, de sueño en lo real, de realidad en las quimeras?

¿Quién sabe hasta qué punto cabe la razon en la locura y la locura en la razon?

Por su parte, Rafael, para desentenderse de todo, para encontrar una esplicacion de lo que le estaba pasando, creyó desde entonces en una cosa solamente, creyó en la Providencia.

EPILOGO.

—

Hoy dia, en las primeras horas de la noche y cerca de la solitaria puerta de una iglesia, se ve á veces en la poblacion donde ha pasado cuanto acabamos de referir, á un hombre que cubierto de un andrajoso gaban, lleva la mano al ala de su mugriento sombrero cada vez que alguien pasa, para pedir ¡una caridad por amor de Dios!

Es uno de esos pobres mendigos vergonzantes cuya situacion es tanto mas deplorable cuanto que su porte revela en ellos un estado anterior mas desahogado.

Es D. Lucas.

Un pobre viejo que pide limosna, y que sin embargo ha debido ser rico.

Esto último no lo sabe él.

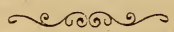
No hay mas que una persona que lo sepa, y es Rafael.

El dia que éste le vea, el pobre viejo dejará de pedir limosna, porque Rafael partirá con él su fortuna.

Hasta ahora Dios todavía no ha querido que le encuentre.

—

Post scriptum.—Me falta hacer una advertencia. A pesar de lo que aparece en la presente historia, lectores, no jugueis.... ni aun á la lotería.



FABULAS.

—

I.

Las compensaciones.

Ello es un caso estraño.
Debe hacer mas de mil no sé en qué año,
Ni pienso averiguarlo, lindamente
Andarian las cosas de la tierra,
Cuando el padre comun, viendo á la gente
Metida en tanta guerra,
Para aliviar la suerte de las masas
Que estaban, segun dicen, en un potro,
Llamó á concurso á la familia entera
Bipeda implume, como dijo el otro,
Que puebla nuestra esfera.
Llegó el grande y el chico;
Subió el avaro y le pidió dinero,
Autoridad y honores el altivo,
Corazon animoso el pendenciero,
Y cada cual, sin atender lo justo,

Pidió mucho, á medida de su gusto.
Cuanto pidieron concedióles Júpiter,
Pero sujeto á condiciones tales
Que de sus bienes les surjieron males.
Ya recibido cada cual su abono,
Iba á bajar su magestad del trono,
Cuando entrevió un vejete pelicano
Que, confundido allí entre tanta gente,
El concilio miraba indiferente.
—¿Qué pides tú? esclamó Jove, mohino
De tanta peticion é impertinencias.
—No pido nada, contestó ladino
El viejo, porque no hay entre tus dones
Ni uno solo sin malas consecuencias.
Asombróse la gente
Y le supuso loco,
Pero èl, teniendo á todos en muy poco,
Alzó la voz y dijo lo siguiente:
—Pues, ¡cómo! inocentísimos mortales,
¿Disfrutar las venturas terrenales
Pensais acaso gratis?
¡Ay! cuando cada cual su cuenta salde!...
¿Creeis que hay algo que se dé de balde?
Todo está compensado en este mundo:
Gusto (y no es el primero ni el segundo)
Hay que nos cuesta un ojo ó un sentido;
Hay gozo que mas vale
No haberlo conocido,
Negocio lucrativo que nos sale
A las mil maravillas, pero se hace
A costa de una honra esclarecida,
Y ambicion que por fin se satisface

Dando en cámbio la paz de nuestra vida.
En suma, de algun modo
Se han de pagar aquí tantas venturas,
Y allá, al postre y al cabo,
Iránse con las duras las maduras.
Entonces dijo Apolo
Con una sorna que pasmó al concurso:
—¡Anda, bribon! tú puedes abrir curso
De cualquier enseñanza, vé, tu solo
Sabes, y bien me fundo,
El poco jugo que se saca al mundo.

II.

Tenia Blas un dije de escelente
Mérito y de valor estraordinario,
Y aunque apenas mostrábalo á la gente,
Se hacia lenguas de él el vecindario.
Un príncipe fue á verlo, y tal cual era
Bello el dije encontró y su fama justa.
—Preciosa joya es ¡quién la tuviera!
—Se vende, gran señor.—Ya no me gusta.
Igual es la virtud: joya preciosa
Toda accion meritoria y generosa,
Con razon y justicia es alabada:
Espontánea, gratuita, una gran cosa,
Mas puesta á precio ya, no vale nada.
En esto no hay diversas opiniones,
No se suele pagar con alabanzas
Lo que puede comprarse con doblones.

III.

Los dos almanaques.

Hallándose una vez lado por lado
Encima del pupitre de un letrado
Un almanaque nuevo
Y otro del año próximo pasado,
Así el antiguo interpeló al mancebo:
—Dígame usted, vecino,
¿Qué crimen he hecho yo, qué grave falta
Que así se ha cambiado mi destino?
Mi dueño á cada instante,
No hace mucho me abria y consultaba
Con buenos modos y mejor semblante;
Y ahora la polilla me carcome,
Y ni siquiera un dia por cumplido
Me ha limpiado del polvo que me come.
Y en tanto yazgo en tan cruel olvido,
A usted, amigo, ¡proceder insano!
No le deja un momento de su mano.

El nuevo Calendario
Que se hallaba en su Piscis ó en su Acuario,
Flamante, con sus cantos bien dorados,
Le hubo de contestar:—«Mísero amigo,
Usted no es de este siglo por desgracia;
Cuando somos domingo, verbi gracia,
Vive en sábado aun, y en esta fecha,
Atento á aquella de feliz memoria
Nos marca viejos ya acontecimientos
Del año del Señor mil ochocientos
Sesenta y uno que repose en gloria.
Y.... dejemos razones importunas,
Hoy solo lo que usted fue; mas mi reinado
Tambien ha de morir,—razon de estado,—
Así que cuente yo otras doce lunas.»
Todo se pasa así y se cambia todo
En este frágil mundo: de tal modo
Madura y cae la fruta que fue verde
¡Todo se pasa así! ¡todo se pierde!
La gente es muy amable
Mientras les es útil nuestro trato:
Cuando no, el mas amigo es un ingrato.
Vosotros que llorais los disfavores
Del tiempo y la fortuna;
Antiguos servidores,
Bellezas en conserva, arruinados
Ricos un dia, amantes olvidados,
No espereis de la gente cosa alguna,
No servís.... vuestra época está lejos,
Sois otros tantos almanaques viejos.

IV.

Las afecciones personales.

—Por merced os lo pido,
Dadme algo que llevar pueda á la boca,
Si no por lo que soy por lo que he sido.
Valiente, aunque decirlo no me toca,
Leal, como mi nombre lo acredita,
Serví á la casa en tiempos mas felices;
Al fin en su servicio
Me alcanzó la vejéz triste y sombría:
Hoy que no cazo liebres ni perdices
Muero de inanicion dia por dia.
Yo no quiero regalos, nada de eso;
¿Un hueso os sobra? regaladme un hueso.
—¡Pobre perro! es razon: al fin y al cabo
Sirvió á la casa con laudable empeño.
Su dueño le olvidó; mal hizo el dueño.
Toma, *Leal.*—
Así dijo Gustavo,
Conserge del castillo,

Que consumiendo su racion diaria
Del perro oia el razonar sencillo.
Y así diciendo, un hueso
Le fue á arrojar que habia separado;
Mas, ved si era el *Leal* bien desgraciado,
¿Creeis que lo arrojo? pues nada de eso.
Allí, meneando el rabo,
Llegó en tal ocasion un perro dogo
Propiedad de Gustavo,
Celoso como son todos los perros,
Que en esto es el mastin como el alano
Igual que el perro aquel del hortelano.
—Señor, yo no cacé, dijo el doguito,
Ni defendí la casa;
Para estas cosas yo no valgo un pito;
Ni cuido de quién entra ni quién pasa.
Si otro perro feróz me muestra el diente,
Retiro el cuerpo y la echo de prudente:
Ni en casa, en fin, ni en monte, ni en el llano,
Fui bravo, corredor, ni inteligente;
Pero tú eres mi dueño,
Tuyo es el pan que como,
Y humilde, aunque me trates con mal ceño,
Beso la mano que me zurra el lomo.
Inútil es decir (baste el proemio)
De entre los dos quién consiguiera el premio:
El dogo, sin mas maña ni mas arte,
Royó el zancajo, y el *Leal* el pobre
Se marchó con la música á otra parte.
En el mundo sucede muchas veces:
Un servidor leal y encanecido
Pide al Estado un premio merecido,

Mas llega un zote, dogo del ministro,
Pariente acaso, y sin tocar registro,
Por eso nada mas, solo por eso,
Carga con la prebenda y roe el hueso.

V.

La dicha.

Juan era un jugador de lotería,
Y le dió el corazon que le saldria;
Pero contaba con diez mil seguros
Y solo le tocaron treinta duros.
A Anton, que ya esperaba entre suspiros
Que en el primer instante
Ordenasen pegarle cuatro tiros,
Falló el consejo.... y le dejó cesante.
Juan se creyó infeliz con treinta duros
Y renegó y maldijo de su sino,
Y Anton vió satisfechos sus apuros,
Aunque quedó sin blanca y sin destino.
La dicha en este mundo es relativa;
El egemplo anterior lo manifiesta.
¿Lo ves lector? ya sabes en qué estriba:
Aprende á ser feliz, que poco cuesta.

VI.

Antonio, el pobre Antonio,
Tenia una jaqueca del demonio.
Cuando Tello cantaba
Le daba un gusto tal que renegaba.
Hé aquí por qué con intencion muy sana
Pedia el pobre Antonio á Dios piadoso
Para Tello siquiera una terciana.
Lo que es para unos gozo y beneficio
Suele ser para otros perjuicio:
Hasta del bien, si se repara en ello,
Su escote saca á veces el demonio:
El buen humor de Tello
Maldito el chiste que le hacia á Antonio.

VII.

Todo en este mundo,
Si se mira bien,
Todo sirve y tiene
Su razon de ser.
Todo es bueno, todo,
Segun para qué.
Disputaba un dia
Con la tripa el pié
Sobre quién servia
De mejor sostén
Al cuerpo del hombre,
Y decia aquel:
—Yo y mi compañero
Cien veces y cien
Le llevamos siempre
Por donde quiere él
Al paso y al trote

Y á todo correr;
Yo y mi compañero
Somos su sostén;
Nosotros llevámosle,
Pero tú, abdomén
Inconmensurable
(Abdómen, léase)
Para nada sirves;
Si te llevan, bien,
Mas si no te llevan
¿Te puedes mover?
—Ta, ta, ta, ta, ta,
Todo eso está bien,
Diz la tripa, pero
Oiga su mercé,
¿Quiere que le diga
Una cosa? pues
Yo escuché mil veces
En nuestra niñéz
Decir á la gente
Tripas llevan piés.
Lo cual significa,
Que era, á mi entender
Hombre el propietario
Que comia bien.

—

Lindas damiselas,
Poetillas sin fe,
Que la humilde prosa
De esta vida al ver,
Afectais despego
Y afectais desdén,

Aunque vuestros bellos
Sueños posponeis
A otras cosas útiles
Que os saben muy bien;
Vivid del espíritu,
Si vivir quereis
Con tan pobre pasto;
Yo siempre os diré,
Con la *vil materia*
Llevándome bien,
Teneis razon, pero
Tripas llevan piés.

VIII.

Una pregunta.

Juan, amigo de gresca y sarracina,
Se fue á la guerra y en la guerra, al cabo,
Que voy que vengo, le tocó una china.
A esto dice un refran, que nos consuela,
«El que ama el riesgo en él á morir viene.»
Pues, siguiendo una regla paralela,
¿Por qué el que ama la dicha no la obtiene?

PENSAMIENTOS.

—

La felicidad siempre viaja de incógnito. Solo despues que ha pasado la conocemos.

—

Si en la vida se pudiese volver atrás, cuántos lo harian así, y cuántos, de esta manera únicamente, encontrarian lo que buscan en vano.

La felicidad es una cosa que, por mas memoria que tengamos, siempre la olvidamos en la última parada.

—

Los caminos de hierro son las arterias de las sociedades modernas: así como las arterias llevan la sangre á todas las estremidades del cuerpo, ellos esparcen la vida por toda la nacion.

Pero un cuerpo en que se aumenta con esceso el círculo de la sangre, gasta mas la vida.

Por eso los pueblos modernos tienen mas cantidad de vida, pero ésta es mas breve en ellos.

En el cuerpo social, como en el cuerpo animal, el esceso de vida mata la vida.

Véanse los Estados-Unidos de América.

—

Todo lo que antecede puede ser verdad.

No me opongo, sin embargo, á que sea mentira.

Invito por tanto á los lectores á que no pasen gran cuidado por ello.

—

La gloria es rom de cuarenta grados.

Por eso el aplauso del público puede convertir á un chico de talento en un tonto.

Es bebida demasiado fuerte para cabezas jóvenes.

—

En medio de esta frialdad glacial que se advierte hoy dia en la opinion respecto de todo, Dios no quiere que se estinga el calor de las pasiones, el fuego de la vida, en el mundo: ardorosas ideas salen de vez en cuando del seno de la sociedad y rompen la costra de hielo que las cubre, como se abren en grietas los nevados montes para dar paso á la candente lava del volcan oculto en sus entrañas.

—

No conozco mas que una manera de ser del orgullo que esté justificada.

Nada mas orgulloso que la virtud negándose á subir sobre el aplauso público.

Esta es la modestia.

—

Los demócratas se ocupan con frecuencia de los destinos de la humanidad; los moderados, menos ambiciosos, ocupan casi siempre los de la nacion.

—

Calderon lo ha dicho, *la vida es sueño.*

Solo despierta el hombre cuando le tocan el bolsillo.

—

La esperiencia no sirve mas que para hacernos huir de un estremo y precipitarnos en otro.

La crítica, en el arte, sirve para otro tanto.

La murmuracion, en sociedad, lo mismo.

—

Es un error creer que la esperiencia de uno sirva de enseñanza para los demás.

La cabeza no recuerda mas que las lecciones que ha aprendido el corazon.

—

La vida es la cuerda de Blondin.

Una hormiga pasa por la cuerda sin necesidad de nada.

Blondin, para recorrerla, necesita un balancin.

Los grandes hombres, para pasar la vida, necesitan el contrapeso de un gran deber que cumplir.

Los pequeños, por el contrario, son hormigas que sucumbirian bajo su peso.

Estos no caen nunca á grandes abismos, los otros sí.

Para aquellos, la vida real es poco, la inmensidad que la rodea es mucho.

Para éstos la materialidad de la vida lo es todo.

Como aconteceria á los insectos agarrados á la maroma, para ellos no hay peligro de caer fuera de la misma.

Su destino es recorrerla lentamente ó perecer sobre ella.

—

La locura algunas veces se apodera de un hombre de talento, pero jamás ha sabido por dónde cojer á un tonto.

—

Jamás la ventura se nos presenta sino en estado de esperanza ó de recuerdo.

Recuerdos y esperanzas mienten lejanas dichas al pobre corazon, como la atmósfera que nos rodea miente á la vista en el espacio inmenso un color que no tiene.

Recuerdos, esperanzas, ¡cuán bellos sois! Mentira, tú eres bella como las caricias que hemos rechazado con hastío en otro tiempo, como el azul del cielo, que no es azul, como el verde del mar, que no es verde, como las perlas de la aurora, que no son perlas.

Recuerdos y esperanzas, lontananzas de la vida, en vosotras está el bien de la tierra, porque vosotras teneis para el corazon lo que para los ojos tienen todos los términos lejanos, buen efecto.

—

Incluimos aquí, por su rareza, las siguientes definiciones que en manera alguna prohijamos.

—¿Qué es el hombre?—Un sér que entra en el mundo materia y sale espíritu.

—¿Qué es la vida del hombre?—El desarrollo gradual del alma.

(*Un amigo del autor.*)

—

Si un dia dijese la Divinidad:—«De hoy en mas, no va á haber distinciones: yo constituiré de tal modo la naturaleza del hombre que en nada verá mérito ni demérito: ni el valor, ni el talento, ni la belleza, ni el estudio, nada, en fin, marcará una categoría social: todo el mundo será vulgo,»—no serian los que menos sentirian este cámbio de cosas los que nada tienen, los que nada valen, los que todo lo esperan todavía.

Todo el mundo tiene compradas probabilidades en esta lotería.

La aristocracia que no es de linage, está apoyada en una base muy segura: los *privilegios* de los menos tienen por garantia la *esperanza* de los mas.

—

Fraternidad.

Ya sabemos que la idea es buena: vamos á ver la fórmula que la han hallado los pueblos.

La sociedad no dando nada por nada; el Estado

estableciendo privilegios; la clase egerciendo presion sobre el individuo, matando en él la esperanza, ahogando el talento en gérmen, quitándole lo mismo que todos piden al Estado en sus libros, en sus discursos, en sus utopias, el *trabajo*, los medios de vivir.

Si os echais á buscar por el mundo fraternidad, hallareis muchos Owen y Fourrier, utopias, planes, increpaciones al Estado, sistemas; en último resultado, vanidad é interés, ambicion de oro, afan de un nombre.

Pero no hallareis una eminencia que no retire su mano al mérito desconocido; no hallareis un hombre público que no cierre su puerta al talento que nace: no hay hombre *público* para el hombre *inédito*.

Como público, como clase, como muchos, como poder, sereis atendidos: como individuos no tendreis razon.

Como público, se harán en vuestras aras grandes sacrificios: las exijencias de vuestra seguridad y vuestra conveniencia, se llamarán *vindicta pública*, y se os sacrificará hasta la vida de un hombre.

Este es un espectáculo caro.

No lo puede obtener sino todo un público.

Como individuo, encontrareis á cada paso magnificas huellas de la fraternidad que anda por el mundo; hospitales, asilos, cárceles.

Y podreis utilizarlos.

Consecuencia.

No os ameis: esto ¿para qué sirve?

Pero uníos, eso sí, uníos por los lazos del interés comun, y sereis fuertes.

Hasta ahora estábamos en un error.

Creíamos que la fraternidad es buena porque el Decálogo nos dice—*ama á tu prógimo*.

Y no es eso.

La fraternidad es buena porque *la union dá la fuerza*.

LA FOTOGRAFIA.

—

Si hace cuarenta años se hubiese dicho,—el día en que nos sea mas fácil obtener un retrato exactísimo que otro imperfecto, apreciaremos mas el segundo que el primero,—nadie lo hubiera creido.

Nadie hubiese creido que llegasen, aun los artistas, á considerar aquel como una cosa baladí y de poco precio.

Y así ha llegado á ser la verdad.

Los retratos fotográficos son mas perfectos que los *al óleo*.

Y son, sin embargo, mas baratos.

Ved por qué todos los tienen en menos.

Nadie empero deja de retratarse por eso.

Id á los gabinetes de los fotógrafos, y vereis mucha gente gravemente ocupada en una cosa tan inútil como lo es retratarse, en concepto de algunos.

Yo no lo creo así.

El hombre necesita estarse mirando á cada momento, cada vez que cámbia de actitud, si le fuese posible.

Y no es por vanidad: algunos ya saben que son feos.

Pero solo ellos poseen el secreto de la gracia que en su rostro reside oculta para los demás.

Les lleva á contemplarse la misma complacencia que nos llevaria á mirar continuamente el rostro de nuestro mejor amigo: la misma que atrae nuestras miradas al rostro de una muger querida, aunque no sea bella.

En semejante caso el amante harto sabe que esta es fea, aunque no lo es para él.

Tales son los efectos del amor.

Por igual razon se justifica en muchas gentes el deseo de estar mirando á todas horas su efigie.

Porque se aman.

Y ved la prueba: el hombre mas enamorado no es capáz de hacer, por evitar á su amada un peligro, lo que la generalidad de los hombres por evitárselo á sí propios.

No hay amor de ninguna clase que sea capáz de lo que es el amor de sí mismo.

El afecto maternal es capáz de sacrificar á una madre por el objeto de su amor; el amor de sí propio sacrificaria todas las madres del mundo por el objeto del suyo.

Hé aqui lo que se llama en verdad una pasion vehemente.

El mundo en su glacial manera de decir las cosas ha dado en nombrar á esto *egoismo*.

Nosotros, á despecho del mundo, hemos de convenir en que esto es amor, verdadero amor, y en que la fotografía ha venido á satisfacer una necesidad de esta pasion, la única que es capáz de sentir la humanidad con verdadera vehemencia.

Hé aqui por qué decimos que la fotografía no es inútil.

Y no lo es además, porque sus obras son un constante testimonio de los progresos del hombre.

Hay hombre que antes nunca echaba de ver en su persona las sucesivas huellas de los años que trascurrian.

Hoy, si tiene la costumbre de retratarse frecuentemente, las advertirá cuantas veces reproduzca su cara: no hay ningun retrato que se parezca á otro anterior del mismo original.

¿Se quiere mejor prueba de que el hombre nunca permanece *estacionario*?

El hombre efectivamente no puede permanecer estacionario jamás.

La fotografía misma ha venido á realizar un adelanto en nuestras costumbres.

Las convenciones sociales nos hacian decir hasta ahora con mucha frecuencia.—Estoy á la disposicion de V.

Y esto lo decíamos á una persona precisamente al tiempo de separarnos de ella.

No puede darse mayor contrasentido.

La moda ha venido á sustituir esta frase y á realizarla con la mera presentacion de un retrato-tarjeta.

De este modo un hombre puede ir á dedicarse

á sus negocios y *quedar* al mismo tiempo á disposicion de un amigo.

La prueba de ello es que el amigo hace despues lo que se le antoja del retrato.

Todas las aspiraciones de la humanidad encuentran su fórmula mas tarde ó mas temprano.

Hé aquí una idea que ha llegado á su realizacion.

Hé aquí un cumplimiento que ha llegado á ser una verdad; cosa que parece imposible.

Si no tuviera la fotografía estas ventajas recomendables, tendria otras que no lo son menos.

Este arte ha hecho un favor á los amantes.

El nos proporciona el único medio para que la muger amada conserve constantemente nuestra imágen.

La esperiencia ha demostrado que de otro modo es imposible.

Y aun así no se logra todo lo que se desea.

¿Para qué sirve á una coqueta una imágen que *nada dice?*

Fijaos en esto, *que nada dice.*

Parece al pronto que con esta frase, que se usa bastante, se pretenda rebajar el mérito de las fotografías: pero nada de eso: esta sencilla frase, en boca de una coqueta, no quiere decir mas que lo que dice.

Poned entre sus manos el retrato de un amante y junto á ella un rival que la diga algo, y comprendereis la verdad literal de esa frase.

El dia en que los retratos hablen, la fotografía habrá hecho un verdadero servicio á los amantes.

Entre tanto puede proporcionárselo muy señalado á los amantes de la literatura.

Antes leíamos las obras de álguien para conocer al autor.

Pues bien, la fotografía ha llevado á la literatura al término de su viaje.

Nos dá el retrato del autor, y nos evita leerle.

No hay nada mas sintético y compendioso: esto se llama encerrar muchas páginas en una; darnos en una sola imágen todas las imágenes de un buen libro.

¿Qué necesidad tiene ahora el lector curioso de leer libros?

Hay mas. ¿Qué necesidad hay de escribirlos?

Comprad una coleccion de cabezas célebres, y no teneis necesidad de otra biblioteca.

No solo lo que han escrito sino lo que son capaces de escribir, está allí impreso, estereotipado, *fotografiado*.

Figuraos cuántos libros no dejará de escribir Víctor Hugo el dia que se convenza de que no le van á leer.

¿Lo habeis comprendido ya? un album es una biblioteca.

Un arte que tanto tiende á difundir la ilustracion, no podia menos de ser un elemento eminentemente democrático.

Y lo es. La igualdad ha hallado en él una de sus fórmulas.

No atacará privilegios creados, pero aumentará el número de los privilegiados.

Hoy dia la aristocracia que mas priva es la del talento.

Una de las cosas que puede ser un hombre para ingresar en ella es ser escritor público.

Uno de los deseos mas vehementes de los que leen es el de ser leidos.

Uno de los títulos mas envidiables para la generalidad es el de *conocido escritor*.

Hasta ahora generalmente era preciso para ello, escribir para el público y escribir bien.

Ahora basta con lo primero.

Escribid, siquiera sea detestablemente, y ya sois *escritores*.

Que os esponga un fotógrafo en un muestrario de notabilidades, y ya sois *conocidos*.

A pesar de todo, no ha aparecido ninguna invencion notable sin que despertase en contra suya poderosas animosidades.

La fotografía tiene ya sus competidores, sus envidiosos y sus detractores.

Despues de probadas tantas ventajas que la recomiendan, un amigo mio sostiene que la fotografía es innecesaria para hacer retratos.

Y lo prueba así.

¿La fotografía hace un retrato en medio minuto?

Pues yo sé de personas que los hacen instantáneos y sin necesidad de que el original se halle presente.

Vedlo sino.

En un corrillo se habla de un sugeto; se están comentando sus actos, se analizan sus sentimientos, se describe su figura; y dice por fin uno.—Señores, desengáñense ustedes, Fulano es un *necio*.

Ya no se habla mas del asunto. El retrato está hecho.

¿Se puede pedir mas?

Esto no obstante, yo, cuando tenga necesidad de retratarme, antes que deber á un amigo una de estas fotografías, preferiré que me saquen Hebert ó Toledo una de las suyas.

A alguno de mis lectores se le ocurrirá alguna duda.

¿Qué va á hacer la fotografía de tantos retratos?

Nada.

Por las orillas de un rio pasan al dia multitud de personas.

¿Qué hace la cristalina superficie de sus aguas de tantas imágenes como refleja?

Nada.

Con la misma facilidad con que aparecen, desaparecen.

Así pasarán, reflejadas por la fotografía, generaciones y generaciones mientras que Dios lo consienta.

La literatura, las artes, las costumbres, tambien reflejan la influencia de los hombres notables que por ellas pasan.

La influencia de unos va desapareciendo sustituida por la de otros, junto á ella queda comunmente un nombre, como al pié de un escrito medio borrado una firma que respeta todavía el tiempo.

¿Qué harán las edades venideras de tantos nombres como van quedando?

Nada. El sol se encarga de fijar sobre un papel

una imágen; la misma luz del sol se encarga mas tarde de hacerle desaparecer.

El tiempo hace con los grandes destinos de la humanidad y con los nombres célebres lo que la luz del sol con las imágenes.

EL VAPOR.

—

En casi todos los cuerpos hay algo que, no pudiendo vivir en la continua esclavitud de la materia, se desprende de ellos para residir con mas libertad en el ambiente.

Tambien en nosotros hay algo que se desprende de nuestros hábitos, de nuestra comun manera de ser, y se escapa, como esos vagos vapores, á la penetracion vulgar.

Esas emanaciones que se levantan del suelo llevándose consigo el aroma de las flores y de las plantas, se llaman *vapores*.

Ese algo nuestro que se levanta en medio del silencio de nuestras horas de soledad, vago é indeciso como los perfumes de las plantas, recibe los nombres de *ideas y sentimientos*.

Invisible esa parte flúida de los cuerpos, solo toma color y forma para nuestra vista cuando re-

unida en gran cantidad constituye las nieblas ó las nubes.

Como ella, invisibles las emanaciones de nuestro espíritu, solo llegan al dominio de la penetracion vulgar cuando se traducen en hechos.

Esa imperceptible humedad, pues, que vaga en el ambiente en forma de vapores invisibles, es el agente mas poderoso que ha podido hallar el hombre para dominar la materia.

Esos vagos impulsos que solo se revelan en nosotros alguna vez por una lágrima de compasion, por pueriles arrebatos de ternura, melancolía á veces, otras un goce íntimo é injustificado; todo eso tan insignificante, tan incoherente, es lo que mas tarde vemos traducido en hechos de que nos sentimos orgullosos; eso es el gérmen de todas las acciones que honran á la humanidad.

El vapor es la parte mas flúida de los cuerpos, como el sentimiento lo es de nuestro ser.

Los primeros serán los últimos—ha dicho Dios á los hombres, y la naturaleza se ha dado por entendida.

Hasta nuestros dias nadie hubiera creido toda la verdad de esta paradoja:

La fuerza reside en la debilidad.

El humo moverá el monte.

La aplicacion del vapor como fuerza motríz, ha venido á probarlo.

La juventud, espansiva como él, tambien es una fuerza motora.

Cuando la esparcimos por todo lo que vemos, cuando la dejamos perderse por el espacio que nos

rodea, para nada sirve: cuando la encerramos en un gabinete, cuando la concentramos por medio del estudio, cuando la dedicamos á un objeto dado, sirve para mucho.

Todo impulso natural, sin limites que le contengan, cede á cualquiera presion, á toda resistencia, como los gases que llenan la atmósfera, como el aire mismo, como el agua que contenida en un cauce hace girar una rueda, y derramada á su placer va á estinguir sus ondas sin rumor ni fuerza en la llanura.

Encerradlo dentro de un límite y oponed á su impulso un deber que cumplir, un objeto que impeler y tendreis en él una gran fuerza. La ciencia tiene problemas que resolver, el arte camino que adelantar, la humanidad dolores y males que remediar y correjir.

Casi todos los vapores han sido criados para permanecer apegados á la tierra: el calor les ha dado una consistencia mas flúida y han volado en libertad á cernerse sobre la faz de la tierra, cuya materia no puede levantarse hasta ellos.

La espansion ha hecho el milagro.

No de otro modo el hombre rudo, merced al calor de una idea generosa se levanta sobre el nivel comun.

La abnegacion, que es una tendencia espansiva, rompe las cadenas del egoismo, que le retenian apegado al suelo, y le hace libre y le eleva.

¿Habeis observado qué vagas y caprichosas son esas informes nubes que se destacan agrupadas sobre el fondo turquí de un dia diáfano?

Qué dejadéz hay en ellas: careciendo de impulso propio van donde las lleva el voluntarioso impulso del viento.

Se parecen á esos hombres distraidos, indolentes, caprichosos, que careciendo de voluntad, ceden siémpre á la iniciativa de otro.

Considerad, sin embargo, de cuánta fuerza serán capaces esas nubes encerradas dentro de una caldera de vapor; qué energía, hoy latente, desplegarian esos hombres si concentrasen toda esa tendencia espansiva para vencer una resistencia dada.

La energía de esos séres no sabe resistir al egoismo de un hombre, y se impone sobre la voluntad de muchos; no sabe resistir el interés individual, y conmueve con frecuencia grandes intereses colectivos.

La única manera de fortalecer nuestra debilidad es concentrarla.

La única manera de hacer fuertes á los débiles es la opresion.

Producid una gran cantidad de gas, negadle la salida y oprimidle ó encerradle.

Le sucederá lo que á un hombre colocado en una situacion desesperada, lo que á un pueblo acorralado como una fiera por los abusos del poder, lo que á Polonia en estos momentos.

Tanto es asi que seria difícil á su opresor volver á sus antiguos límites esa impetuosa masa de ideas y de hombres que constituyen una nacionalidad de héroes, si no fuese preciso, por desgracia, un verdadero milagro para que Polonia sea libre.

Y acaso la egoista Europa de hoy está con-

denada á no ver milagros de la Providencia.

El hijo de Dios, simbolizando á la humanidad, no la redimió sino á costa de amarguras indecibles, y sin duda está dispuesto que el hombre no gane un paso en el camino de su regeneracion sino á costa de sangrientos sacrificios.

UN HOMBRE INDEPENDIENTE.

I.

La locura egoista del Quijote de nuestro siglo, de Gerónimo Paturot, reproducida sin término, es la imágen de la sociedad con quien vivimos.

La fuerza de espansion con que se nace en estos tiempos, haciendo que desee cada uno llenar con su individualidad el lugar de muchos, se ha encargado de hacer la infelicidad de nuestra época.

Procediendo en esto los hombres con tan insensata obstinacion, no conocen que se oponen á una de las leyes de la naturaleza física, que están apareadas con las del mundo moral, la capilaridad, y que luchan por tanto contra un imposible.

En efecto, si prescindimos de los derechos del prógimo para satisfacer nuestros exagerados derechos, ¿qué lugar dejamos en que moverse al prógimo?

Esto no puede continuar así. Cada vez que lejos de los grandes centros, en alguna apartada al-

dea, oimos decir: «Fulano se está conquistando en Madrid una posicion» nos estremecemos como pudiéramos oyendo la voz del lobo en medio de un rebaño.

Posicion social, así se llama en las grandes poblaciones á un conjunto de engañosas apariencias que suelen constituir casi siempre el misterio de la vida de un hombre y la secreta envidia de los demás.

Lo mas estraño, lo que mas choca á los ojos de los que están en interioridades, es que á esas posiciones equívocas se las llame una *posicion independiente*.

Federico Martin, apasionado de toda clase de libertad, se habia hecho un ideal de la vida de cierta gente en Madrid, de la vida sobre todo de los artistas, de esa vida sin trabas, de emociones y de aventuras; y sin darse cuenta quizá hacia mucho tiempo que, desechando toda ocupacion que le proporcionase un porvenir, suspiraba por semejante vida.

Era el mayor de seis ó siete hijos que habian tenido de su matrimonio el Sr. Blas y la Sra. Rita (que con toda esta consideracion se les nombraba en el pueblo), por ser ellos los labradores mas acomodados de todo el lugar.

Federico Martin, por tanto, y sobre todo, por haber pasado con frecuencia largas temporadas en casa de una tia suya, que residia en Alicante, la capital de la provincia, habia adquirido una educacion regular, y se habia elevado sobre la condicion de las gentes de su pueblo, lo bastante para que á

éstas se las despegase el trato de aquel, y á él le repugnase mucho el de sus paisanos.

Tenia diez y seis años y hacia ya muchos meses que no llenaba sus horas otra ocupacion que *il dolce farniente*, el cual en algunos ratos engendraba en él un fastidio inconcebible.

Estaba visto, aquel chico no estaba allí en su centro, aquel chico no podia ser labrador como sus hermanos, porque era el señorito de la casa; en una palabra, á aquel chico no habia mas remedio que darle una carrera.

La familia lo acordó así, y él, satisfaciendo un deseo íntimo, salió de su casa y se matriculó en filosofía en el instituto de Alicante.

Allí pasó un año y perdió un curso.

En cámbio, para llenar todo este tiempo que no empleó en estudiar, se entretuvo en hacer el amor á una muger.

Elegante, rica, frecuentando los círculos escojidos de la poblacion, aquella muger era difícil, casi imposible, para el amor de un escolar del instituto. Los adolescentes, por otra parte, cuando aman, suelen consumir mucho tiempo en suspiros y otros trabajos preparatorios que comunmente no dan resultado alguno.

Poco mas ó menos, á su edad, todos hubiéramos hecho lo mismo que Federico.

Era un domingo cuando la vió. Rodeado del respeto de los fieles que se prosternaban en pos de él, y en medio del solemne silencio que se cernia sobre la multitud reverente, el anciano sacerdote celebraba el oficio divino.

Confundido allí entre la compacta multitud que llenaba el templo, estaba Federico que desviaba á cada momento su mirada del altar para tenderla á un punto no muy distante.

Siguiendo la direccion de aquella mirada, se podia ver el objeto que la atraia; era una jóven, cuya hermosura realzaba mas aun el elegante trage que vestia.

Abstraida en su rezo, estaba tan bella, que no es estraño que el jóven estudiante olvidase su devocion por contemplarla.

Pero lo hacia este con tal insistencia, que al fin llegó un momento en que la hermosa lo notó: volvió por curiosidad la vista varias veces, y otras tantas encontró fijos en ella los ojos del jóven.

Al sentir el flúido, la secreta adoracion de aquellos ojos, volvia siempre los suyos al altar, arrepentida de haber mirado, y en vano, durante toda la misa hizo por desechar del pensamiento la espresion de aquella mirada. La sentia fija en sus sienes, como impregnada de un sentimiento cariñoso y dulce, la sentia en su rostro, le parecia que la acariciaba apacible, posando un tranquilo ósculo sobre su frente.

Aquella muger tan jóven, tan elegante y tan bella, era la esposa de un rico y anciano comerciante, á quien la fortuna habia favorecido lo bastante para permitirle retirarse de los azares de los negocios á vivir tranquilo y feliz en su hogar.

Aquella muger se llamaba Matilde Lorin de Castro.

II.

Una noche Matilde, desde el antepecho de un palco paseaba indiferente sus ojos por el teatro.

De repente apareció Federico en el salon.

Sin querer, sin notarlo, ambos cruzaron una rápida mirada. Se habian conocido.

A la noche siguiente el estudiante apareció en el mismo sitio.

Matilde, apenas llegó á su palco, miró por curiosidad de ver si estaba él, y sintió satisfecha su curiosidad. ¡Raro capricho!

Las mugeres son así, y sobre todo, si quereis encontrar caprichos raros, buscadlos en la mente de una muger que se fastidia á todas horas, ligada con un nudo indisoluble á un hombre de edad escesivamente mayor que la suya.

III.

Todas las noches sucedia lo mismo: Matilde sentia curiosidad por ver si su *desconocido* del templo estaba en el mismo sitio; tendia hácia este la vista, y jamás se equivocaba.

Allí estaban aquellos ojos en acecho para recojer furtivamente la primera mirada que lanzase ella al sitio de costumbre; allí estaban aquellos ojos ofreciéndola un mundo de deseo y de amor. Aquella mirada era toda una adoracion, un culto, porque tímida é insistente decia con voz secreta al

alma de la muger amada,—«¡cuánto he pensado en tí!»

¡Pobre marido!

IV.

Así se pasaron muchos dias, y luego un mes, y despues otro.

Al cabo ya era cosa establecida tácitamente: y por mucho que sintamos decir tal, en mengua del espectáculo, la funcion degeneró en pretesto para ellos.

Federico concurria todas las noches, estaba abonado, vestia bien, Dios sabe á cuánta costa de sus pobres padres, y en fin y suma, se habia dejado un miscrocópico bigote de ligero vello, que empezaba á sombrear su lábio superior.

Matilde, desde su palco miraba de vez en cuando á Federico, y éste recojia aquella especie de saludo, de frase dirijida furtivamente á él en medio de seiscientos testigos, devolviendo en silencio tambien otra especie de contestacion llena de amor.

Bien comprendemos que el interés de la historia exije mas, pero el héroe se durmió sobre sus laureles y no pasó de aqui. Concluyó el curso, se examinó, salió mal y se marchó á su casa.

Véase por qué hemos dicho al principio que para llenar todo este tiempo que no empleó en estudiar, se entretuvo en hacer el amor á una muger, y nada mas.

V.

Durante el verano, mientras se iba desvaneciendo en su memoria el recuerdo de Matilde, vino á su poder uno de esos libros que para los muchachos soñadores de nuestra época tienen todo el interés y el encanto de la mejor novela, uno de esos libros que tanto halagan á la juventud ávida del aplauso del mundo, y el cual llevaba por título el siguiente ú otro muy parecido: *Galería contemporánea de escritores célebres.*

Entonces á Federico le sucedia lo que á muchos de nuestros lectores les habrá sucedido á su misma edad: mil esperanzas quiméricas, mil sueños vaporosos de bienandanza y placer venian á destacarse en el fondo de melancólica vaguedad que le envolvia en sus horas de soledad y de ocio. Desde ese dia sus sueños tuvieron un pretesto que los concretase: la vocacion de Federico Martin estaba decidida; iba á ser poeta.

Todas esas vagas fantasías, todos esos poéticos delirios que entretenian agradablemente su imaginacion, habian de salir á luz un dia, llenando los folletines de un periódico. Las prensas — ¡míseras prensas!—habian de gemir por uno mas, despues de tantos otros.

La celebridad le sonreia á lo lejos: la fama le pedia su nombre para darlo al mundo: mugeres bellas y espirituales habian de enloquecer con sus *reveries*, etc. Era cosa decidida.

Nuestro hombre hacia versos. Cuando se tienen

diez y siete años ¿quién no los hace en secreto á todas las mugeres que le parecen hermosas siempre que el lábio no se atreve á decírselo á ellas? Habia leido á Hermosilla y á Gil de Zárate, traducia, aunque malamente, el francés, y sabia de memoria las poesías de Zorrilla y los dramas de García Gutierrez.

Decidido á hacerse célebre, por pura fórmula casi, pidió permiso á sus padres para ir á Madrid. Así que hubo dicho el objeto que con ello se proponia, una andanada de invectivas, de crueles ironías, llovieron sobre el pobre neófito.

Su madre, — las mugeres en esto se esceden,— su madre sobre todo, llevó la indignacion á su colmo.

—¿Que vas á ser en Madrid? ¿quiéres ser un perdido? le dijo su padre.

—¿Y qué seré aquí?

—Aquí serás labrador, ó tendrás una carrera si quieres volver á Alicante, y de todos modos tendrás la consideracion de tus convecinos; serás lo que ha sido tu padre, un hombre honrado.

El chico, como si viniese á cuento, se desató contra la *tiranía* de la familia que violentaba la vocacion del genio, que le obligaba á ser colono, esto es, *esclavo* de un propietario, ó médico, ó abogado, esto es, *esclavo* del público; se rebeló contra las convenciones sociales, contra las preocupaciones tradicionales, etc., y concluyó diciendo: «quiero ser libre: yo tengo mi vocacion y debo seguirla.»

Habia encontrado *burla y desprecio*, *no le habian comprendido.*

Pero esto importaba poco á nuestro héroe; contaba con ello: á Zorrilla y García Gutierrez les habia sucedido otro tanto, y no por eso dejaron de cumplir la mision que les habia conferido su destino.

El inconveniente, pues, no lo era en modo alguno.

Aquella noche, así que hubo oscurecido, Federico elijió entre la ropa de su uso algunas piezas, hizo su maleta y se fugó del pueblo.

VI.

Aun no habria andado un cuarto de hora cuando impulsado como por una fuerza superior, no pudo menos de volver á mirar con cierto sentimiento de secreta tristeza aquellos sitios, en donde se habian deslizado tranquilos algunos años de su vida. Parecia que contestando á aquella mirada, todos los recuerdos queridos de su infancia se levantaban de repente para detener su paso. Aquellas casas de pobre y pintoresco aspecto, la antigua torre de la iglesia, á la vibracion de cuyas campanas habia contestado en todo tiempo en el corazon del jóven, la misma fe de siempre, la fe del niño; las humosas chimeneas, los apagados ruidos de la aldea, próxima á entregarse ya al descanso, todo parecia decirle desde lejos, «la felicidad está aquí.»

¡Vana quimera! El supo resistir con un último esfuerzo esta última tentacion.

—El olvido no es la dicha, se dijo; la inaccion no es la vida; ¡adelante! Y redobló su paso.

VII.

Aquella noche su pobre madre, así que empezó á sospechar la evasion de su hijo, creyó de veras haber usado de escesiva severidad no accediendo á su loca pretension.

Se le buscó por toda la casa, se encargó á los criados que hiciesen otro tanto por todo el lugar. En vano.

Así, en una ansiedad vivísima, se pasó gran parte de la velada.

La infeliz madre, creyéndose culpable de lo que les acontecia, contenia á duras penas las lágrimas próximas á asomar á sus ojos. Al padre le sucedia poco menos.

¡Pobres viejos! Agotadas por fin sus fuerzas, concluyeron por sentarse al hogar frente uno de otro y llorar como niños en silencio.

Ni una sola frase dijeron en mucho rato; mientras el aliento comprimido de ambos se escapaba de su seno de vez en cuando en penosos y prolongados suspiros, y en tanto que la familia, sobrecojida por el acontecimiento, cenaba mirándoles con cierta muda sorpresa, como demandándoles una esplicacion de lo que estaba pasando.

VIII.

Algunos dias despues, Federico habia llegado á Madrid.

Por fin, podia dedicarse á su sabor á esa vida

independiente que tantos encantos tenia para él, á la vida de artista, en una palabra.

Estaba en ese gran centro, pozo adonde conducen todas las ambiciones, campo de lucha de tantos intereses encontrados.

En este gran centro, en Madrid, hay editores que pagan los trabajos del poeta; hay público, hay atmósfera, en fin, para el artista.

Su familia averiguó su paradero, y transigiendo con su caprichosa inclinacion, empezó á mandarle dinero.

Federico, por su parte, empezó á marchar por la áspera senda con el entusiasmo, con el valor de todo el que dá los primeros pasos.

Hizo versos y fue con ellos á un editor.

—Hace tiempo, amigo mio, le dijo éste, que el público no paga los versos.

Se ensayó en otros géneros y volvió de nuevo; pero entonces se le opuso la razon de que su nombre no era conocido y que por lo mismo, su obra, por buena que fuese, no daria un real de ganancia á quien se tomara el trabajo de publicarla.

Escribió para el teatro, pero en muchos meses no pudo conseguir de la empresa ni del director que leyesen su obra.

De este modo pasó tres años, en los cuales aumentando sus exijencias respecto de su familia, fue causa de que fuesen de mal en peor los negocios de su padre, quien durante este tiempo, habia muerto, lo mismo que su madre, con el disgusto de ver á su hijo en tan mal camino.

. . . . . .

Un dia por fin, ofreció un trabajo suyo á un librero, que si bien lo rechazó, le propuso en cambio que se encargase de otro.

Ya al cabo la fortuna empezaba á mostrarle un rayo de luz en medio de las tinieblas de su situacion.

El librero que, ante todo era librero, era en segundo lugar muy dado al estudio de toda clase de antigüedades.

—¿Usted no ha viajado? le dijo.

—No mas que desde mi provincia aquí.

—¡Oh! entonces no puede usted escribir; usted no ha tenido ocasion de detenerse en muda contemplacion ante las ruinas de Mérida, por egemplo, ante los restos gloriosos de Sagunto,—¿no ha estado usted en Sagunto?

—No señor; acabo de decir á usted.

—¡Ah! sí, sí; usted no ha corrido á prosternarse ante los venerandos sitios que han hecho célebres las santas tradiciones de nuestra religion. ¿Usted no ha hecho un viaje á Palestina como Lamartine?

—Acabo de tener el gusto de decir á usted que no he visto mas tierra que la que hay desde mi provincia aquí.

—Pues señor, no me sirve la obra de usted, no me hace al caso.

Si usted tuviera alguna descripcion de un sitio histórico, alguna....

—Si quiere usted, la escribiré.

—No me parece mal. De Toledo, por egemplo, podia usted escribir algo; en Toledo hay muchas

antigüedades, ¿usted conoce bastante la historia?

—Sí señor, y me atrevo á complacer á usted, si usted se compromete formalmente á...

—¿A qué? ¿A comprar el libro? No; primero lo escribe usted, y despues, en vista del mayor ó menor mérito del mismo, se procede al trato.

Esto bastaba á nuestro poeta.

Salió de allí henchido el corazon de esperanza, y riéndose al mismo tiempo de la monomania anticuaria del editor.

En cuanto á los motivos para abrigar esperanza alguna de ganancia, podia Federico equivocarse; empero en cuanto á lo segundo, esto es, en cuanto al desdén con que miraba la aficion de su editor, casi, casi, pensamos lo mismo que él.

Mas, dejando esto aparte y siguiendo nuestro relato, Federico Martin hizo un viaje á Toledo—y entonces no habia ferro-carril—gastó tiempo, escribió una obra y se la presentó al editor. Pero éste, que el dia que se la propuso, lo hizo solo por satisfacer en aquel momento la necesidad que tenia de hablar de su pasion favorita, estaba de diferente humor el dia que el novel escritor volvió con su trabajo hecho, y se valió de cualquier pretesto para no admitirlo.

Ya tanta contrariedad iba colmando la paciencia de nuestro héroe. A pesar de sus instintos de independencia y libertad hubiese preferido encontrar un editor de quien depender y á quien tener que sufrir, ó á falta de eso un principal cualquiera á quien sufrir en una oficina.

De este modo, hubiese tenido menos horas li-

bres, pero hubiese aumentado sus exiguos recursos y se habria podido presentar en sociedad con cierta apariencia y satisfacer otras exijencias del mundo, á las cuales nace *sujeto* todo hombre *libre*.

De este modo, con ligeras variaciones, trascurrieron para Federico Martin algunos meses mas, al cabo de los cuales habia llegado á ser administrador de un periódico de literatura.

El propietario se hacia la ilusion y acariciaba la gratuita esperanza de llegar con el tiempo á hacer político su periódico, y ser él por su medio diputado á córtes; todo lo cual no impedia que conociese la humilde condicion de que aun no habia salido el periódico, y que teniendo esto en cuenta, procurase no elevar mucho el presupuesto de gastos de su publicacion.

Sin embargo, no por esto dejaba de estar plenamente poseido de sus derechos como propietario y director *lego*.

De todo lo cual resultaba, que él, el editor, que habia ya fijado su atencion en el partido sobre que hacia cuenta de encaramarse á la representacion nacional, hablaba mucho de *libertad*, de *derechos del pueblo*, de *tiranía* y de *opresion*, tenia casi de balde á los empleados del periódico y les mandaba con un despotismo de gran señor.

IX.

Una vez Martin logró que se le insertase un artículo en el periódico y lo firmó.

A los pocos dias el correo trajo una carta de uno que deseaba suscribirse.

El nuevo suscritor era de la misma provincia que Martin. Ya varias veces en igual caso, habia sucedido otro tanto: esta vez Martin fijó su atencion en la direccion del nuevo suscritor, y aunque no conocia el nombre, conocia perfectamente las señas de la casa donde habia de mandarse la suscricion.

La calle, el número y la habitacion, eran las de Matilde Lorin.

Era indudable, pues, que el nombre era superchería y que en realidad el suscritor en cuestion era Matilde.

Esto halagó un tanto su vanidad, é hizo una revolucion en sus proyectos para el porvenir: despues de mucho tiempo que no pensaba en ello, recordó que lo que principalmente constituye la felicidad en el mundo es el amor, y se decidió á dedicarse á él, desechando por completo su ambicion de gloria y de independencia, cabalmente ahora que ya podia ser todo lo independiente que le diese la gana.

Se confesaria arrepentido á su familia, elejiria cualquiera de esas profesiones vulgares que aseguran á lo menos *el pan de cada dia* á los que las profesan, y se dedicaria á conquistar el amor de aquella muger que habia sido objeto de sus primeros sueños de adolescente.

Industrial, empleado, ó cualquier otra cosa que fuese, dependeria del público, del Estado ó de un particular, pero compensaria todo esto con el amor de aquella muger.

Dando vuelta en su mente á este propósito, concluyó por escribir una declaracion á Matilde. En ella, despues de dar á su amor la fecha que los lectores ya conocen, decia que éste no habia podido ser dominado, desde entonces, ni por el tiempo ni por la distancia.

Convencido él de que aquella tardía declaracion era su mejor obra literaria, la echó al correo.

Despues de hecho esto, se acordó de que aquella carta podia caer en manos del marido de Matilde y comprometer á ambos, y se fue decidido á retirar la carta.

Llegó, entró jadeando en el despacho del administrador, y cuando le estaba esplicando el objeto que le llevaba allí, la metálica vibracion de un reloj de pared, interrumpió su relato Miraron el reloj y vieron qne señalaba la hora de partida de los correos.

En aquel momento sonaban en la calle los chasquidos de los látigos y el pesado ruido de los coches que partian.

La carta de Martin acababa de salir para su destino.

X.

Pasó unos cuantos dias presa de una angustia mortal.

A los pocos dias recibió la siguiente contestacion, por cuyo contenido se puede venir en conocimiento del de la carta que él habia escrito.

«...13 de Abril de 185...

Caballero: el amor de usted no me ofende; hace año y medio que soy viuda y nadie puede exijirme cuenta de mis acciones. Hace tiempo que conozco la simpatía que á usted merezco. Si no viviese usted en Madrid, podria usted hacerse presentar en mi casa y tendria un placer en tratarle su afectísima S. S.

Matilde Lorin de Castro.»

Poco necesitó Martin despues de leer esta carta para disponer su viaje.

Verdaderamente dichoso despues de mucho tiempo que hacia que no lo era, recordó el inicuo mentís que dió á la voz de sus recuerdos que le decia: «no te vayas, la felicidad está aquí.»

—Mi felicidad, se decia él ahora, no estaba allí precisamente, pero estaba un poco mas allá; mi felicidad me aguarda al lado de Matilde.

XI.

Pocos dias despues, Federico tomó un asiento en la diligencia de Alicante.

A una legua de Madrid, ya se conocian todos los viajeros como si hubiesen vivido juntos toda la vida; cada cuál sabia de los demás quiénes eran y el motivo de su viaje.

Uno era estudiante, otro empleado, una de las señoras era primera actriz, un señor que iba á su lado era su marido, y entre toda esta gente y

otros que no nombramos, iba un antiguo amigo de Federico.

El marido de la actriz era un hombrecillo sumamente amable y oficioso, de una estatura escesivamente modesta para hombre y de fisonomía movible. Aquel hombre parecia nacido para servir á todo el mundo y especialmente á su muger, quien abusaba bastante de esta cualidad de su marido. Cuando hablaba alguno, él prestaba una atencion exagerada; cuando su muger hablaba, parecia que tenia la vida pendiente de sus lábios.

Era uno de esos hombres que, si sospechan que habeis querido decir un chiste, hacen todos los esfuerzos imaginables para reir; que si os sucede alguna contrariedad, ponen la cara mas compungida del mundo, uno de esos hombres que nada contradicen y que por todo pasan. Si su muger habia visto una cosa en el camino, él la habia visto tambien; si ella tenia frio, él se helaba.

Al poco rato de conocidos los caracteres de esta pareja, los viajeros callaron y se entretuvieron en observarla. Por otra parte, el bochorno que hacia, tenia á la mayor parte de los viajeros soñolientos.

La actriz y su marido se esceptuaban de esto; á ella particularmente con frecuencia se le ocurria alguna pregunta que hacer al mayoral, quien segun costumbre de los de su clase, iba cantando todo el camino, y segun costumbre esclusiva suya, no contestaba, originándose diálogos como el siguiente:

MAYORAL. (*Cantando.*)«Van mis amores...»

ELLA. ¿Falta mucho para llegar á la venta, mayoral?

EL MARIDO. Mayoral, ¿falta mucho para llegar á la venta?

MAYORAL. (*Con la misma entonacion con que arrea al tiro y chasqueando el látigo sobre las orejas de los caballos.*) ¡Venta! ¡veeenta! ¡veeenta!

ELLA. Déjale, no lo habrá oido.

EL MARIDO. No lo habrá oido.

Y volvian ellos á callar y á observar los otros y el mayoral á repetir el primer verso de su cancion.

Al cabo de un momento, ella otra vez:

—¡Cuánto barro hay, mayorál!

EL MARIDO. ¿Parece que hay barro?

EL MAYORAL. «Van mis amores...» ¡Barro! ¡barro!

ELLA. ¡Pero ves qué hombre!

MAYORAL. ¡A esa! ¡á esa! ¡dale! ¡mulas á un lao, que hay barro!

EL MARIDO. Será duro de oido.

MAYORAL. «Camino de Toledo....»

EL MARIDO Ahora verás.—Mayoral ¿quiere usted un cigarro?

EL MAYORAL (*Alargando el brazo por detrás, toma el cigarro, sin volver la cabeza.*) ¡Cigarro! ¡cigarrooo! (*Con el látigo.*) ¡Chas! ¡chas!

«Van mis amores...»

Ultimamente, la actriz y su marido renunciaron generosamente á sacar una palabra del mayoral,

quien siguió su cantar, que los viajeros no pudieron oir concluido durante toda la jornada.

Llegados á la venta, Federico y su amigo se cojieron mano á mano en amigable conversacion, mientras se disponia la comida.

Entre otras cosas fueron pasto de su conversacion los recuerdos de su pais, tiempo hacia olvidados.

A este propósito, Federico hizo muchas preguntas á su amigo.

Algunas de estas preguntas iban encaminadas á algo.

Por egemplo.

—Dime, ¿conocías á la señora de Castro?

—¡Ah! sí, y la conozco, ¿la que es ahora viuda? Sí. ¿Sabes que se ha hecho muy bonita?

—¿Le harán la corte muchos?

—Ya lo creo.

Martin se mordió los lábios.

—Figúrate tú, una muger que hereda millon y medio...

Federico Martin, ni siquiera habia reparado en que aquella muger podia ser tan rica, y—¿lo creerán nuestros lectores?—se mordió segunda vez los lábios, es decir, que en esto vió un nuevo inconveniente á sus planes.

Con todo, mientras el otro hablaba, reaccionó rápidamente sobre sí mismo y saltó por cima del inconveniente, esto es, aceptó el inconveniente para su plan.

El amigo continuó.

—Una muger que hereda, jóven, bella, y todo esto

en una capital de provincia... es cuanto se puede desear: así es que no la dejan á sol ni á sombra. A ella, por otra parte, no le disgusta divertirse y coquetear; de modo que en los paseos, en el teatro, en todas partes, se la ve bullir con aquel enjambre de pollos alrededor, deslumbrando con su lujo á todo el mundo.

En los cálculos de Federico respecto de Matilde habia entrado la lejana probabilidad de un matrimonio: oyendo esto, la probabilidad estuvo á punto de desaparecer; y no era esto solo, sino que además, aunque probable fuese, faltaba que con tales antecedentes, admitiese él ya la idea de tal matrimonio.

Antes, en vista de la carta, habia creido de todas veras, que aquella muger le amaba: ahora lo dudaba. Una muger, como acababan de pintarla á sus ojos, podia muy bien escribir una carta semejante, y no tener, sin embargo, la tal carta, importancia ninguna.

A pesar de esto, el horizonte de su porvenir se iba cerrando cada vez mas ante su vista, y por lo mismo costaba trabajo á Federico renunciar al pensamiento egoista que habia empezado á concebir, esto es, el de reparar su fortuna que su pereza y su poco tino habia destruido, con la riqueza de aquella muger.

Por todo la cual, no se atrevia á renunciar completamente á sus propósitos.

Estando en esto se llegó junto á ellos uno de los compañeros del viaje.

—¿Han visto ustedes qué pareja? dijo terciando,

ó mejor dicho, interrumpiendo el diálogo de Federico y su amigo. Yo no puedo sufrir mugeres como esa actriz, continuó.

—Y yo menos hombres como su marido, repuso el amigo de Martin. Todo hombre que acepta que su muger le mantenga, acepta el ridículo de una posicion inconcebible, abdica su dignidad de hombre, vende su independencia por un pedazo de pan y un vestido, y se erije en un segundo de aquella, en menor de edad, cediendo su lugar de gefe de la familia á la muger, que dicho sea de paso, siempre abusa de él. Y no se nos diga que vale contra eso el tener carácter: el hombre que no tiene derechos, no sabe, no puede tener carácter, aunque quiera.

Del *primo dono* (que así llamaba al marido de la artista el amigo de Federico) se pasó á los que contraen matrimonios ventajosos, y continuó subiendo de tono en su filípica.

Era el que hablaba uno de esos hombres que se crecen con suma facilidad con la sola escitacion de sus propias palabras; estaba pues inspirado, y Federico y el otro compañero no supieron hacer mas que asentir á todo lo que él decia.

En esto los llamaron á comer.

XII.

El amigo de Federico no se volvió á acordar de lo que con tanto calor habia sostenido: Federico no pudo pensar en otra cosa durante la comida.

Al levantarse de la mesa, ya tenia tomada su determinacion.

Si se presentaba en casa de Matilde él, que no tenia medios para sostener la apariencia de su posicion equívoca, que no podia vestir con lujo, ni vivir en buena casa, ¿qué sucederia? Que escitaria la burla y el desprecio de Matilde y de las gentes de su sociedad. Y aunque pudiese muy bien presentarse en las reuniones de Matilde ¿qué lograba con esto? Nada. ¿Era lógico ni razonable suponer por la autoridad de aquella insignificante carta, escrita por una muger despreocupada, que ella le amaba?

—¡Nada! ¡nada! se dijo, yo no vendo, aunque pudiese ser, mi independencia por un pedazo de pan y un vestido. Soportaré mi situacion trabajosa como hasta hoy, y algun dia encontraré la compensacion de ello en la gloria é independencia de una posicion honrosa.

Y continuó el viaje, pero á los dos dias de llegar á Alicante, se volvió á Madrid.

XIII.

Desde entonces han pasado algunos años.

Ahora Federico no es ya aquel muchacho que se escapó de su casa, pensando en llegar á ser, ayudado de su talento, un hombre independiente; ahora lo es ya, en concepto de algunos. A fuerza de trabajo ha conseguido hacerse conocer de una pequeñísima parte del público: (él en esto es en lo único que ha conservado ilusiones, y toma buenamente una diminuta parte por el todo): se ha que-

dado calvo, y eso no es porque haya profundizado ninguna ciencia: desde que salió de su casa no ha tenido tiempo de estudiar nada: está flaco, demacrado, envejecido. Pero todo esto no importa, el caso es que él se ha salido con la suya, y hete á Periquito hecho fraile, esto es, á Federico hecho hombre público.

Una vez aun, hizo otro nuevo viaje á su provincia, y al pasar por una calle de Alicante vió una señora muy elegante, bella aun, pero un poco gruesa.

Las facciones de aquella muger le recordaban las de otra que él habia conocido. No podia ser menos; como que aquella muger era Matilde.

La siguió hasta su casa. Ella entró; él vaciló un momento, y á poco rato se decidió y subió.

Preguntó en la puerta al criado que le abrió, por la señora viuda de Castro, y el criado no le supo dar razon; pero salió en esto el amo de la casa, le conoció y le hizo pasar adelante.

El amo de la casa era el amigo que le acompañó desde Madrid en su viaje anterior, el cual tan mal habia hablado de los hombres que aceptan casamientos ventajosos.

Ahora estaba casado y le presentó á su muger.

Su muger era la misma que acababa de entrar, era Matilde.

Al tiempo de hacer la presentacion, la turbacion de Matilde mostró claramente á Federico que aquella muger aun sentia algo por él.

Se estrecharon las manos, y la turbacion de ambos les demostró mútuamente que ellos dos

no podian seguir viéndose y tratándose sin peligro.

Era la primera vez que los desaciertos de Federico arrancaban un grito de dolor á lo íntimo de su alma, y pesaban sobre ella con la opresion inmensa de un remordimiento.

A los pocos momentos, Matilde, dando un pretesto, se retiró de la sala y dejó solos á los amigos.

XIV.

—Oye, dijo Federico á su amigo, despues que hablaron un rato sobre la boda de éste, ¿pues no dijiste la última vez que nos vimos, que el hombre que aceptaba ciertas posiciones, abdicaba su dignidad y vendia su independencia?

—Eres el único á quien toleraria lo que acabas de decirme, repuso el otro; haz el favor de no traerme recuerdos como ese: por lo demás, yo no he podido espresarme así con respecto á un caso como el mio, que visto bajo cualquier concepto, no deja de honrarme, diga lo que quiera la sociedad: ni yo he sido nunca un hombre indigno, ni podrá nadie negarme que ha de valer mucho un hombre cuando encuentra quien le compre. No les sucede á muchos otro tanto y á fe que lo desean.

—Pero, hombre....

—¡Nada, nada! me vas á hacer el favor de callar acerca de ese punto.—¿Quieres comer conmigo?

—No, repuso Federico; y tomando el sombrero, salió sin decir «adios.»

XV.

Desde entonces hasta ahora Federico ha seguido lo mismo siempre.

Desde que salió de su casa no ha cesado nunca de esperimentar contrariedades.

En todo este tiempo ha egercido y desechado varias profesiones, adoptando últimamente, como han visto nuestros lectores por este relato, la mas independiente, esto es, la mas improductiva. A costa de esto ha dado en creer que hacen muy mal muchos hombres políticos en procurar el mayor grado de libertad al hombre, devanándose los sesos para ello; pues que individualmente el hombre es tan difícil que goce de ese apetecido don.

La libertad para muchos hombres es un instrumento peligroso, como un cuchillo en manos de un niño.

Casi siempre, despues de usarla, concluye por desear sujetarse á álguien ó algo, y no siempre lo consigue.

El hombre siempre es esclavo.

Cuando otra cosa no, sus propios deseos lo constituyen en tal estado.

Así discurriendo nuestro protagonista, dió un dia en sus manos un folleto político que decia en su primera página. «El hombre es una entidad esencialmente libre....»

—Sí, pensó Federico Martin luego que hubo leido, el hombre, preso en una red de convenciones

sociales, víctima de sus pasiones, esclavo de su carácter, de sus instintos, etc., es libre,

como el rio lo es de correr al mar,

libre, como el mar lo es de agitarse perpétuamente en su lecho de arena,

libre, como el pájaro en su jaula.

EL JUEGO.

—

La ciencia y la laboriosidad no nos conducen al logro de nuestros afanes sino tras de andar mucho camino.

El azar camina á saltos, y sin tocar los medíos nos conduce al fin.

Al principiar el largo camino que para nuestros fines nos traza el deber, el disgusto nos sale cien veces al encuentro.

Al terminar el corto trecho que atraviesa el azar para llevarnos hasta nuestro deseo, conseguido éste, siempre hallamos el disgusto que nos estaba esperando.

En ambos casos es el mismo sugeto con diferente nombre: en el primero se llama *desaliento*, en el segundo *hastio*.

Todo lo que se consigue en esta vida cuesta lo

que vale, y mas á veces; el deber lo hace pagar adelantado; el azar lo exije vencido y con intereses.

Sin embargo, hoy dia estamos por tocar los resultados pronto.

Nos gustan los viajes cortos y baratos.

Una fortuna improvisada es el artículo mas económico que puede ofrecernos el comercio de la vida.

Se la llevan siempre los que mas se adelantan.

El que se entretiene en proveerse de lo necesario para comprarla, nunca llega á tiempo para adquirirla.

No parece sino que urja mucho despachar estas *gangas de la vida.*

Tales gangas serán ellas en muchas ocasiones.

Verdad es que estas cosas se suelen tomar casi siempre como cosa de juego, es decir, á salga lo que saliere.

A propósito, vamos á hablar del juego.

Dos sugetos cuestionan sobre cualquier cosa, no pueden avenirse y apuestan.

Otros dos cuestionan tambien, y no pueden avenirse y se desafian.

Ambos casos son lo mismo, una apuesta, y ambas apuestas son el efecto de una mera curiosidad.

En el primer caso cada contendiente formula así en su interior la curiosidad que le domina:—¿tendré yo razon?—y apuesta á que la tiene.

En el segundo la formula de este otro modo:—¿mataré á mi contrario?—y apuesta á que sí.

No hay mas distincion entre ambas apuestas que en una el precio es un almuerzo, por egemplo, y en otra es la vida.

Ambas tienen un exacto parecido con una apuesta de dinero entre dos jugadores.

Un almuerzo perdido y un hombre muerto son dos azares del juego.

Entre los dos casos citados caben todas las peripecias de la vida: por variadas que sean, no dejarán de ser otros tantos lances del juego.

Un comerciante cree que la guerra de los yankees se ha de acabar pronto, otro cree que ha de continuar por mucho tiempo, éste compra algodon y el otro vende. Las noticias que vengan de Nueva-Yorck han de traer la ruina de uno de ambos; la fortuna de uno ha de pasar á manos del otro.

Ninguno de los dos, al formalizar el empeño en que se halla comprometido, sabia que tenia por contrincante al otro; ninguno sabe que tiene enfrente á su mejor amigo; y sin embargo, ello bien averiguado, en nada se diferencia de una apuesta entre dos amigos, de un desafío entre dos rivales, de una *traviesa* entre dos *puntos* de una banca.

Esto es el juego.

Nadie á sabiendas se atreve á renunciar la eleccion entre su bien ó su mal, entre su dicha ó su desgracia, entre su vida ó su muerte.

Pues bien, ese valor que no tiene nadie, es la cualidad esencial que constituye al jugador.

Toda la diversion de los variados juegos que he espuesto al curioso lector, no consiste en otra cosa que en esa inseguridad que niega la eleccion al interesado, en materia que tanto le atañe.

Sin esa inseguridad, la curiosidad no existiria.

Y como que la curiosidad es la cualidad caracte-

rística de la flaqueza humana, ahí teneis por qué vivir es jugar.

Vegetar en este mundo para nosotros los descendientes de Adan es *ganar la vida* contra todas las asechanzas que la opone la muerte.

La mayor jugada que hemos conocido es aquella en que nuestra madre comun perdió el porvenir de toda su descendencia.

Y lo arriesgó todo contra el solo placer que podria encontrar dentro de una manzana.

Cuando otra ganancia no puede ofrecernos el diablo, que él y no otro debe ser el banquero de tejas abajo, nos pide prestado, y talla con nuestro propio capital.

Los que tal aceptan son los grandes viciosos, los jugadores por escelencia.

De este número son todos aquellos que ponen *á riesgo* su fortuna por el placer de volverla *á seguro*, todos los que se baten continuamente por el placer de esponer su vida, todos los que la esponen por la satisfaccion de *salir airosos*, todos, en fin, los que comprometen algo de su interés por la emocion del riesgo.

El juego es el vicio por escelencia, porque los abarca todos.

Todas las pasiones del hombre caben dentro de la grandeza de esta pasion.

Todo el mundo sabe que la política es un juego.

Esto se ha dicho hasta en zarzuela, el plato mas vulgar en que pueden ofrecerse manjares á la inteligencia.

El móvil de todas las luchas políticas es la ambicion.

El amor.... el amor es tambien un juego.

Apenas habrá alguno entre mis lectores que no haya jugado al amor.

Hasta la virtud.... La virtud,—oid á alguno de los omniscientes á la *dernière*, y os dirá que es un buen cálculo.

El cálculo no es otra cosa que la gran ciencia del juego.

Ahí teneis, pues, á la virtud contenida dentro de un vicio.

En suma, la vida entera es un juego.

¿Qué hace el militar en campaña? Se juega la vida.

¿Qué hace el torero en el circo? Lo mismo.

¿Qué hace un hombre de conocido talento al esponer al público el fruto de sus desvelos? Jugarse su reputacion.

La muger que confia á la discrecion de un amante su buena opinion, se juega la honra.

Muchos hay que soportan varias humillaciones por *qanarse* una posicion.

Todos los que cruzan el mar, lo hacen por *ganarse* la vida.

Et sic de cœteris.

El mundo es una inmensa banca.

En ella á nadie se le devuelve lo que una vez ha perdido; como en la carrera de San Gerónimo, como en casa de Silverio, como en todas las bancas del mundo.

Cuando un azar de la suerte pone en manos de un jugador el patrimonio de muchas familias nada

hay que se oponga á que el ganancioso gaste esta suma como le plazca, ni mas ni menos que si fuese el producto legitimo de su trabajo.

Pues así se devuelven, cuando se firma un tratado de paz entre dos potencias beligerantes, los miles de vidas que se han *atravesado* durante la lucha.

Así devuelve el órden, cuando se restablece despues de una série de disturbios, los varios intereses perjudicados.

¿Ha devuelto álguien su vida á Riego y al Empecinado, su independencia á Irlanda y á Polonia?

Con solo pasar nuestra *apuesta* al bolsillo del contrario ha pasado á la categoría de hecho consumado.

Esta frase que suena para el paciente como si dijesen *dinero consumido*, viene á significar en todos los casos de la vida «ya no tiene remedio.»

Hecho consumado es igual á decir «jugada hecha.»

Para que se respete no hay otra razon que el capricho de la suerte.

Pero no hay por qué estrañarlo, el derecho de la razon todavía está en pleito en la tierra.

EL TEATRO.

—

El teatro es un espejo, un lago y un libro:—el realismo en el arte: —los músicos de la orquesta miran sin envidia los triunfos de D. Juan Tenorio y con la mayor indiferencia los trabajos de los hijos de Eduardo.—Cuadros de género, cuadros filosóficos.—De la moralidad:—este es un artículo de lujo que usamos poco fuera del teatro.

El teatro es un espejo donde se refleja la manera de ser de cada época.

Es un tranquilo trasparente lago, al cual viene á asomarse cada generacion que pasa.

El símil seria exacto si no fuese porque cada generacion que á él se asoma deja retratada en su cristalina superficie la imágen que acaba de mirar.

Tadavía reconoceríamos, por lo que de ella vemos en el teatro, á la sociedad contemporánea de Moratin; todavía los coetáneos de Calderon de la Barca, si apareciesen entre nosotros, podrian decir: así éramos entonces

Los enemigos del realismo en el arte, á los in-

tencionados cuadros de costumbres que en alguna de nuestras comedias actuales solemos ver con gusto, preferirian ver únicamente encerrados en el reducido marco del bocaporte de un teatro los lejanos acontecimientos pasados, copiados con la poética tinta de los recuerdos.

Así las obras del teatro dejarian de tener trascendencia social; no darian de si ninguna deduccion aplicable á la vida práctica; no hallaríamos en ellas nosotros, los hombres que no escedemos del nivel comun, egemplo ninguno que aprovechar; serian tales obras una variedad de la poesía lírica, que nada tendrian de comun con lo que hacemos y vemos en la sociedad y en el siglo. Goce delicado y esclusivo para depuradas inteligencias, el teatro, de este modo, dejaria de ser lo que ha sido desde que apareció este género de literatura, un libro abierto al cual acude á leer la multitud que no sabe leer.

Todo lo mas trascendental que en tal caso podria proponerse el autor dramático seria justificar una apreciacion de la Historía, sabida ya, conocidísima, vulgar. Y, sin embargo, para llenar el grande vacío en que se destaca un acontecimiento histórico importante, no tendríamos otra historia á que recurrir que esa historia, interesante siempre y siempre nueva, del corazon humano, que solo con el estudio de la sociedad se aprende, esperiencia que solo gastando parte de nuestra vida adquirimos.

En vano es que digan los que, exagerados partidarios de la tradicion en literatura como en todo por no pasar por el *prosaismo* del presente hasta se cierran el camino del porvenir, en vano es

que digan, como se suele, frases parecidas á las guientes que leemos en una revista de teatro de un escritor conocido. «Formados en círculo en torno de la cueva del apuntador, tres ó cuatro personas que en nada distingo de las gentes que me rodean, hablan familiarmente de vulgares asuntos que solo á ellos parece que interesan.»

Poco mas ó menos, lo mismo hubiesen podido decir los espectadores contemporáneos de Calderon y de Lope de Vega; lo mismo pueden decir todos los espectadores y lectores de dramas y de novelas: lo que á D. Juan Tenorio le pasa ¿le importa quizás al músico que amarrado al contrabajo espera pacientemente que baje de nuevo el telon para esgrimir el arco? ¿le importa al pollo cuya constante ocupacion en toda la velada no es otra que la de asestar sus lentes á la dama de este ó de esotro palco? Lo que á Childe-Harold acontece no le importa mas que á Childe-Harold.

Lo mismo se podrá decir á propósito de cuantas acciones de invencion ó históricas han servido para desarrollar una comedia, una novela, un poema ó drama.

Verdad es que en los intencionados cuadros de costumbres que debemos á la privilegiada pluma de nuestros escritores vivos que en ello han sobresalido, son los diálogos de sus personages nuestros mismos diálogos, pero son tan sóbrios, tan ingeniosos en boca de sus referidos personages que no podemos menos de celebrar en ellos con la verdad de un retrato la originalidad de un cuadro de invencion.

Escusado es decir que solo son así los cuadros que salen del pincel de Breton y de Serra; solo así son los cuadros trascendentales del filosófico pintor de *El tejado de vidrio* y *El tanto por ciento.*

El último de los géneros á que nos referimos es de cuantos se cultivan en el teatro el que mas favor alcanza hoy dia.

El hecho es innegable, el público ha visto con placer irse progresivamente erijiendo el teatro en tribuna social, y al arte convertirse en un medio de poderosa propaganda.

Hoy dia ya, para que una obra dramática, y esto va generalizándose en literatura, tenga verdadera importancia, ha de envolver una tendencia provechosa, una idea generadora de consecuencias cuya aplicacion sea útil en la vida práctica.

Desde que Bentham vino á someter á su sistema utilitario todas las cosas, todos los actos de la vida, una de las primeras condiciones que se exije á toda obra de arte es su trascendencia social.

El arte, no hay remedio, habia de ser utilitario como todo lo es en nuestros dias.

¿Y cómo hacerse miembros útiles al gran cuerpo social esos descuidados *reveurs* que el mundo llama poetas ó artistas?

¿Cómo? La clave está hallada.

Las obras han de ser morales ante todo.

El público de hoy lo primero que busca en una produccion literaria es la *moralidad.*

Y es estraño: es estraño que la sociedad moderna, de quien tanto mal se cuenta, sea tan apasiona-

da de la virtud que ame el bien en el teatro, no por ser bello, sino por ser bien; que nuestra sociedad que escribe y aplaude dramas como *El tanto por ciento* y *La cruz del matrimonio*, sea, á pesar de esto, como dicen, tan *desmoralizada*.

Para esplicar esta contradiccion, sin embargo, hay una razon. La moralidad es bella porque nada nos lo parece tanto como aquello de que mas distantes nos hallamos.

Además hay otra razon.

Todos los hombres tenemos tendencias instintivas hácia el bien y cometemos el mal á despecho nuestro.

Esta es una proposicion cuyos dos estremos guardan una exacta y constante relacion entre sí.

Cuanto mayor desarrollo adquiere en nosotros la cualidad instintiva que nos hace amar el bien tanto mas cometemos el mal, y vice-versa.

Reunid, para la representacion de una funcion de teatro, un público de usureros desalmados, de agiotistas sin conciencia, de ambiciosos, de políticos venales, de fulleros (*griegos*, por otro nombre) de jóvenes calaveras y de mugeres de conducta equívoca: poned en el drama la virtud luchando con el vicio, y no se oirá, al concluirse aquel, sino la espansion de un mismo sentimiento, una sola consecuencia arrancada unánimemente por el drama á todos los corazones.—«Loor á la virtud, horror al vicio.»

El infortunio virtuoso arrancará una lágrima á cada una de aquellas *edificantes* almas, y el traidor se retirará bastidores adentro anonadado bajo el peso de la general execracion.

A la salida del teatro descompongamos aquella masa que constituia el público, eliminemos cada parte de aquel todo.

El usurero que acaba de abominar el monopolio de un traidor de melodrama, va á casa y se acuesta proyectando aumentar desde el dia siguiente el interés con que absorve la fortuna de sus víctimas; el jóven desenfrenado y disoluto vuelve de nuevo á hacer la corte al vicio; el ambicioso á tramar inicuos planes: la muger adúltera á meditar la deshonra de una familia; el ladron á robar; y todos, en fin, á continuar haciendo exactamente lo mismo que hacian antes de ver la funcion en que han gritado desde el fondo de sus corazones:—«Loor á la virtud, horror al vicio.»

¿Querreis creerlo? Los que menos transijen con un detalle inmoral, con una frase libre, son los que os acabo de citar.

Y se comprende: en un garito donde nadie juegue de buena fe, ningun fullero puede utilizar la ventaja de sus malas artes.

Por una razon parecida, pues, conviene que la sociedad se moralice para que de este modo á los pícaros les tenga cuenta el serlo.

UN CAPRICHO.

(Episodio.)

I.

Era una de esas largas veladas de invierno que tan gratas nos hace la compañía de una buena chimenea encendida.

La baronesa de... y un jóven doctor, su amigo, departian en amigable intimidad, ocupando cada cual una butaca en el salon de invierno.

Los ligeros apuntes que voy á copiar son la reproduccion de toda la conversacion de aquella noche.

—El capricho es una cosa indefinible, es un nombre (decia el doctor) que solemos aplicar á esos mil deseos sin vehemencia al parecer, que nacen y mueren en breve espacio, y que se suceden en nosotros cien veces en el trascurso de un dia. Sin

embargo, es sabido que grandes efectos se deben las mas veces á pequeñas causas, y á semejanza de esto, con frecuencia sucede que una pasion irresistible no reconoce por orígen sino el mas despreciable capricho.

Guárdese usted de concebir un capricho; nada hay mas irresistible si se le deja tomar cuerpo. Cuando la tentacion es mas fuerte, es cuando se reviste con las formas del capricho. La curiosidad, por supuesto, que entra por mucho en él como parte constituyente.—«Si yo fuese... si yo tuviera... si yo lograra...» Así principian los deseos vehementes, los afectos mas impetuosos: eso se llama un capricho. —«¡Qué curioso será esto!—decimos á veces,—¡Jesus, qué cosa mas rara, qué chocante! seria de ver... Casi, casi vale la pena de desearlo.»—Jugando así con una idea, nos habituamos á ella, y de este modo se concibe cómo haya llegado un buen mozo á enamorarse de una fea , una gran señora de un zascandil, y un sugeto de envidiable posicion de una cucharilla de plata al verla sola y silenciosa en una mesa de un café. Esta es la historia de todos los esperpentos y cosas raras.

Sobre todo, cuando estos leves deseos de que voy hablando se llegan á hacer tenaces é insufribles, es cuando á su realizacion se opone un obstáculo cualquiera. Por el contrario, quite usted los obstáculos y matará el deseo.

—No hay duda, eso lo sabemos las mugeres muy bien; los inconvenientes de una cosa doblan nuestro empeño en conseguirla, repuso la baronesa.

—Eso mismo es lo que me sucedió á mí. Por lo

mismo que era altamente ridículo, por lo mismo que era vergonzoso. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Usted dirá que ello es una idea detestable. Pero ya he dicho que fue un capricho, y con esto dicho se está todo.

—Pero, me parece que no he oido bien. Sírvase usted repetirme...

—Dispénseme usted esta nueva escentricidad, pero quisiera, si usted me lo permite, no repetir lo que acabo de referir.

—Mas, ¿no advierte usted que esto va á ser un vacío importante en el relato de usted?

—No importa, llénelo usted de puntos suspensivos, como haria un editor.

Adelante.

—Era una pobre. Yo la vi como incrustada en los relieves de la puerta de una iglesia.—Si yo fuese de esos que pasan por delante de un templo sin acordarse de ello siquiera, si yo fuese de esos que, ni solos ni en compañia, llevan al pasar su mano al ala de su sombrero para reverenciar la casa del Señor, lo mismo hubiese significado para mí hallar una jóven que pide limosna allí que en otra parte; pero no me sucedió así; para mí tenia el doble atractivo de satisfacer un gusto á costa del respeto que me debe la puerta oscura y solitaria de una iglesia. Así es que al llegar allí me detuve para decirla un requiebro.

—¡Oh! ¡qué mal gusto! un requiebro á una mendiga, despeinada, sucia, asquerosa... ¡Qué ridiculéz...!

—Eso es lo que temia yo, el ridículo de que me cubriria si alguno que venia cerca me veia. Este temor me decidió, esta inconveniencia me sedujo.

—Pero, señor.... ¿á una mendiga que enseñaria sus carnes sucias por los rotos de su vestido...?

—Ah, no, no llevaba rotos, era una pobre vergonzante.

—Que se esconderia allí porque seria fea. Si hubiese sido bonita, ni pediria limosna, ni estaria allí.

—Triste es confesarlo, pero eso es bastante lógico, y yo mismo lo pensé. Sin embargo, la gracia consistia en encontrar casualmente á pesar de lo que usted acaba de decir, una muger jóven y bonita al través del usado encaje de una mantilla vieja, pidiendo limosna donde la luz de un farol de gas no podia hacer valer sus atractivos.

—Y ¿qué le dijo usted?

—Nada. La dí un duro y pude reparar á este tiempo unas facciones hermosas, mal encubiertas por la oscuridad y por un dudoso velo que la caia á la cara. ¡Qué ojos tenia! sobre todo ¡qué ojos! Lo que se ofreció á mi vista me hizo desear conocer lo que la negó la sombra y el velo; mi imaginacion contornó aquella cara vista á medias, y me pareció lo mas bello del mundo. Despues de dar la limosna no supe qué decirla y la dejé marchar. Iba diciendo: «Gracias, caballero; la Vírgen me oiga y se lo pague á usted.» Los sollozos sofocaban su voz al hablar así, y al alejarse apresuradamente de aquel sitio me dejó adivinar dos cosas, la vergüenza que la causaba recibir una limosna y el rubor de oir una proposicion infame que se quiso evitar.

II.

Crea usted que este suceso me preocupó bastante. Retiréme á casa gozoso de que las circunstancias hubiesen cambiado un propósito libertino en una buena accion. No hacemos tantas en nuestra vida, que una que hayamos hecho por carambola deje de darnos alguna importancia para con nosotros mismos. ¿Qué quiere usted? Eso consiste en la falta de costumbre.

La caridad que así se habia despertado en mi, fue mas lejos, y créalo usted, á la mañana siguiente, así que dejé el lecho, lo que primero me vino á las mientes fue la pobre de la noche anterior, y esto acompañado de vehementes impulsos de caridad.

—¡Oh! decia yo entre mí al tiempo de desayunarme, yo he tenido en mi mano el cable salvador, y por irresoluto no he ofrecido con él la salvacion á ese pobre náufrago en las borrascas de este mar de perdicion. Mañana, hoy tal vez, sea tarde. ¿Quién me asegura que esa alma resignada ante su desgracia hasta hoy, no encuentre de un momento á otro un mentido apoyo que la saque de su miseria á costa de su honra?

Yo, bien que no soy rico, puedo aliviar una escaséz tan estrema como la suya, y al hacer una accion tan buena, si lo hubiese hecho, me hubiese grangeado las simpatías de una jóven tan bella, y esto satisface mucho á nuestra edad. Es probable que yo así me ocultaba á mí mismo un deseo,

que se levantaba detrás de todo esto, pero....

—Justo, usted hubiera ido mas adelante, y llegada la ocasion de optar por un sacrificio el uno de ambos, hubiese usted preferido sacrificarla á ella, que al cabo no perdia tanto.... así diria usted. Y en resúmen, la víctima no hubiese logrado mas que cambiar de sacrificador. Déjela usted espuesta á naufragar en la vida, deje usted que allá la sociedad se las componga con ella.

—Aquella misma noche, consecuente con mis filantrópicos instintos, pasé por el mismo sitio en que la habia visto la anterior y á la misma hora. Casualmente aquella noche era mas clara y menos fria, y la gente transitaba mas. Toda muger que se detenia vagando por allí, me parecia que era ella. Me acercaba, y muchas veces sucedia que era una vieja espeluznada, harapienta, con manton en lugar de mantilla, y mucho mas baja de estatura á veces, ó á veces de una talla de granadero.—¿Dónde tengo yo los ojos?—Concluia por decir siempre;—solo el deseo puede finjirnos una muger bonita en un harapo, en un vestiglo así.

Volveré, dije por fin, y recorrí otras calles.

Cuando volví tampoco estaba.

Repetí mis pesquisas algunas noches mas, y obtuve el mismo resultado. Era forzoso: abandoné mi empresa.

III.

Pasaron algunos meses, al cabo de los cuales me honré con el placer de conocer á usted.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con lo que usted me referia? No creo que pueda haber nada de comun entre su pobre de usted y yo.

—Lo que he referido á usted es un prólogo de mi historieta. Este prólogo, como todos los de su especie, no parece tener gran relacion con los sucesos que le siguen, sino que la tal relacion se descubre allá.... mas tarde, ó no se descubre nunca, y en tal caso existe únicamente en la mente del autor.

—Resignémonos, pues, siga usted.

—Usted recordará tal vez que por entonces tenia usted una doncella de aire distraido, mirar lánguido, bastante torpe por cierto.

—¡Ah! sí.

—Un dia me habian anunciado á usted, y yo la estaba esperando en este mismo sitio. Antes de abrirse esa puerta oí la voz de usted con marcada entonacion de enojo, y al mismo tiempo percibí un acento débil que aventuraba una escusa. A poco apareció usted reprendiendo á una pobre muchacha que quedaba detrás de la puerta. Era la doncella á que me he referido antes, á quien acababa usted de sorprender acechándome al través de los cristales.

—Es cierto, lo recuerdo perfectamente.

—Lo mas estraño es que yo no recordaba haber visto á aquella jóven muchas veces en su casa de usted, ni haberla hablado siquiera, ni haberla visto en otra parte.—¡Pobre niña! Usted la trató con estremada severidad.—Eres una alhaja, Genoveva, le dijo usted, tus continuas distracciones y tu indis-

culpable torpeza, necesitaban como complemento la nueva maña que nos acabas de descubrir? ¿Qué hacias ahí? ¿qué mirabas?

—¡Oh! perdon, señorita: no se lo diga usted á ese caballero, repuso ella con timidéz y bajando la cabeza ruborizada.

—¡Pues no estás engreida que digamos! Ese caballero se ocupa muy poco de ti para que yo crea interesarle refiriéndole lo que acaba de pasar.

—¡Ah! ¡qué vergüenza! ¡qué vergüenza! se retiró diciendo Genoveva y enjugándose las lágrimas.

Yo en cámbio no necesitaba que usted me contase nada; lo habia comprendido ya.

Usted, no obstante, me dijo lo que yo ya sabia, y escitó con sus ocurrencias mi hilaridad á costa de la pobre Genoveva.

Aquella tarde misma la víctima se despidió de esta casa, y usted no ha vuelto á saber probablemente nada mas de ella. Yo sí.

IV.

A los quince dias de lo que acabo de recordar, yo, entonces escolar de San Carlos, me paseaba un dia distraido por la sala clínica de mugeres cuando mis ojos se fijaron casualmente en una enferma recien entrada, la cu l, al encontrarse su mirada con la mia, me saludó. Me acerqué, y efectivamente, era nada menos que nuestra heroina, era Genoveva, la doncella de usted, pero pálida, demacrada, con el sello de una enfermedad aguda impreso en su rostro. La hablé, me enteré de su estado y ofre-

cí recomendarla á las hermanas y á los practicantes.

Consumíala una fiebre intensa que contribuia á sostener la debilidad general de su economía.

La monja que la asistia me contó despues que pasamos la visita, lo que acerca de la enferma la habian hecho saber dos vecinas suyas que la habian llevado al hospital; esto es, que se hallaba sirviendo en una casa y que salió de ella con un profundo disgusto que no quiso revelar. Que desde entonces decidió vivir sola á espensas de su trabajo, alquiló una buhardilla, y principió á coser con un afan tal, que gran parte de la noche se veia en su habitacion la luz encendida. Las vecinas la contaban las horas de descanso que se tomaba, y decian: «esa pobre niña va á enfermar.» En efecto, á los doce dias principiaron á ver en ella síntomas de enfermedad, y hoy ya no pudiendo trabajar, ella misma ha solicitado de sus vecinas que la trasladasen aqui.

—¡Pobres mugeres! ¡Está tan mal retribuido el trabajo de la muger! añadió la hermana de la caridad.

Al ver tanta susceptibilidad, tal delicadeza de sentimiento, puedo decir que reparé en ella por primera vez. Porque Genoveva, no cabe duda, goza el triste privilegio que tienen las almas de alguna elevacion sobre el comun nivel, y Genoveva recojió el dia que salió de su casa de usted el gérmen de la enfermedad que entonces la postraba. Reparé en ella, como digo. Era muy jóven, una niña aun, tenia unos cabellos rubios hermosísimos y una mirada tan melancólica, tan dulcemente tí-

mida, que parecia que á todo el mundo demandaba compasion y simpatía.

La prometí volver á verla al siguiente dia, y francamente, salí de allí preocupado con su pensamiento.

Cuando volví, como la habia prometido, me recibió con una apacible sonrisa.

—¡Cuán bueno es usted! me dijo, yo no merezco....

—¡Cómo! ¿que la venga á ver á usted?...

—¡Soy una pobre!

—¿Tan egoista me hace usted á mí? Además; en el mundo no es solo el dinero quien goza privilegios. Usted es bonita, y atendiendo á eso solo, nadie estrañaria que yo me interesase por usted.

—Gracias, caballero, si supiese usted cuanto bien me hacen sus palabras....

—¿De veras, Genoveva?

—Yo no esperaba que usted olvidase tan pronto el feo papel que hice en casa de aquella señora que visita usted. Debió usted formar tan mal concepto de mi, que, la verdad, lo repito, no esperaba yo esas palabras de bondad. ¿Es verdad que no soy para usted una criatura despreciable?

—Todo lo contrario, amiga mia.

—Ya se ve, aquella señora y usted ignoraban.... ella no sabia.... usted no recuerda que....

—Hable usted. ¿Qué misterio encierran esas palabras? Genoveva, yo nunca he culpado á usted. Para disculparla de toda sospecha basta verla á usted. ¡Oh! Si usted es huérfana, como creo, yo quiero ser su amigo, yo quiero darla una proteccion que

no la avergüence. ¡Hoy he comprendido esa alma!... ¿Llora usted?

—Sí, sí, el placer hace brotar las lágrimas de mis ojos.

No supe qué decirla y permanecí silencioso un momento contemplando aquella criatura, tan bella, tan niña y sola ya en el mundo.

Entre tanto ella tuvo que sacar de bajo de la almohada el pañuelo para enjugar su llanto, y su manga desabrochada, me permitió ver parte de un brazo, blanco como la espuma de las olas.

—Ustedes no sabian, continuó siguiendo el hilo de sus ideas, que yo tenia derecho á fijar atrevida mis miradas en usted. ¿Para qué nos dá Dios la gratitud, si no nos habia de ser permitido el placer de contemplar á nuestros bienhechores? Cuando uno admite un beneficio, adquiere el derecho de colmarlos de bendiciones, de mirarlos, de sonreirlos donde quiera que los encuentre.

Calló un momento, y despues de una breve pausa, continuó:

—¿Usted no presume quién soy yo?

Confieso que esta pregunta me sorprendió, y concentrando mis recuerdos con un penoso esfuerzo, tardé en contestar.

—Una noche en la puerta de San Luis socorrió usted como no es costumbre, á una infeliz mendiga, siguió diciendo ella.

—¡Ah! ¿Era usted?

—Era yo; yo que desde entonces he visto á usted algunas veces y he renovado cada vez mas el grato

recuerdo de aquella noche, yo que no he podido olvidar ya á usted.

La sorpresa me hizo enmudecer y solo despues de un rato pude decir con objeto de dominar mi emocion:

—Y ¿por qué se fue usted de la casa de aquella señora amiga mia?

—Yo no podia permanecer allí despues de lo que habia pasado, me contestó; me habian arrancado bruscamente la máscara de mi disimulo; me parecia ya que todos ustedes conocian mi secreto y me escarnecian.

—Y bien, ¿por qué callar ese *secreto*? ¿Era algun delito acaso?

Genoveva no contestó, buscó con su mirada la mia, una dulce sonrisa vagaba en sus lábios, y encendido el rubor, coloraba su semblante. ¡Cuán bella estaba así! Entonces comprendí *su secreto*. Mis ojos se fijaban con grata complacencia en aquella bonita cabeza, y ella cubria su rostro con ambas manos. ¡Pobre niña! Aquel momento fue de los mas felices que he tenido. Acababa de decirme que me amaba de esa manera espontánea y sin palabras que tanta verdad tiene para el corazon.

Vaya usted á buscar la felicidad en los palacios, yo entonces la encontré en la mansion que mas repugna, en un hospital.

De esta manera pensaba yo cuando sonaron pasos á mi espalda, y oí una voz conocida. Me volví y era un condiscípulo mio, alumno interno de San Carlos, quien me hablaba.

—Perillan, me dijo, parece que te has dado á es-

tudiar los casos prácticos. ¡Oiga! y no elijes mal.

Yo debia haber dicho á mi amigo el interés que me inspiraba aquella pobre enferma, y mi amigo la hubiese respetado. Empero el descubrir nuestros sentimientos, nuestra posicion, siempre parece que nos cuesta un sacrificio. Ridícula flaqueza es la que nos obliga á avergonzarnos de lo que somos, de lo que deseamos, de nuestros afectos mas puros, al paso que hacemos alarde de vicios que no tenemos.

Adopté delante de mi condiscípulo Juan, un tono jovial é indiferente y al momento nos separamos de Genoveva y abandonamos la sala.

V.

Todos los días despues de pasar visita, me llegaba yo junto á la cama de Genoveva y nos abandonábamos á esas conversaciones interminables de los enamorados, incoherentes como las de los niños, diálogo todo sentimiento, todo pasion, hasta que llegaba algun importuno á interrumpirnos. Casi siempre el importuno era Juan, el alumno interno. No sé por qué á nadie ocultaba yo mi intimidad con Genoveva mas que á él: acaso porque comprendia que él la habia adivinado ya.

Un dia me sentí enfermo. El médico me previno que guardase cama y lo hice así con gusto. Me pareció que ocultando el motivo de mi ausencia se persuadiria Juan, al ver que dejaba de ir algunos dias á visitar á mi enferma, de que nada mediaba entre nosotros dos de lo que en realidad

mediaba. Pero á los dos dias no pude contenerme, me levanté enfermo aun de la cama y me dirijí á San Carlos, entré en la clínica y vi que Genoveva habia desaparecido. Una muger que me pareció horrible y que lo mismo me hubiera parecido aunque hubiese sido como la Vénus de Médicis, ocupaba su sitio.

—¿Quién la ha dado el alta? pregunté á la primera monja que hallé.

—¿A quién? ¿á aquella jovencita? ¿al número 30? Si hacia dos dias que estaba á racion...

—Busqué á Juan y le pregunté si al marcharse le habia dicho á dónde iba.

Juan me contestó, riendo á carcajadas.

—Conque ¿así estamos? Yo creia que era cosa mas íntima. Por lo demás, chico, hoy me ha sucedido lo que á ti, he llegado y he visto la plaza ocupada por otra.

Durante mucho tiempo fui monomaníaco; mi único pensamiento era Genoveva; cuanto hablaba cuanto hacia, tenia mas ó menos relacion con ella.

Muchas veces iba de paseo con mis amigos y de repente apresuraba el paso hasta que me perdia de ellos; era que habia visto á una muger que me parecia ella. La mayor parte de las veces desaparecia á mis ojos sin que yo la pudiese alcanzar.

Así estuve algunos dias; mis amigos principiaron á decir que yo tenia escentricidades, y últimamente concluí por no acompañarme con nadie.

Empero las causas productoras de tantas escentricidades fueron cesando, merced al tiempo que to-

do lo cura, y yo andando éste, recobré por fin mi buen humor.

VI.

Han pasado desde todo esto cuatro años. Yo he concluido mi carrera, me he establecido en mi provincia y por consiguiente me he casado. Padre, médico, y esposo, no he podido, sin embargo, resistir á la tentacion de venir á pasar el Carnaval de este año en Madrid y recordar así mis mocedades. Fuime, pues, á uno de los varios salones que este año se han abierto al público, no importa cuál, al primero que se me ocurrió, é hice de todas veras en compañía de otros amigos cuanto buenamente puede hacer un hombre por divertirse.

El espectáculo de un baile de máscaras es una cosa que jamás pierde su novedad. Al principio los salones tienen eco, las luces lanzan sus rayos al través del limpio ambiente que no oscurece la niebla que mas tarde se levanta; las gentes antes de aturdirse parece como que lo reflexionan, como un nadador antes de lanzarse á las inquietas olas que llenan un abismo, mide sus fuerzas y toma aliento. Poco á poco afluye la concurrencia, y pronto un mar de reflejos y de armonías se agita llenando el ámbito espacioso de los solones. Suena la sinfonía que abre el baile, los concurrentes se pasean, bullen aquí y allá, dan y reciben bromazos, se agitan, bailan, pierden la gravedad y concluyen por entregarse al vértigo completamente. En tal momento es cuando el espectáculo tiene mejor efecto, pero

entonces todos son actores, nadie es mero espectador, nadie tiene ya serenidad para contemplar el efecto. ¡Bullente bataola, verdadera parodia de la bacanal del mundo! Las niñas tienden por primera vez su vista mas allá del reducido horizonte que circuye su vida modesta, y ven con embriaguéz la vida seductora del vicio; los adolescentes hacen gala de hombres gastados, los hombres formales bailan con gravedad; el amante compensa con usura las privaciones de un mes, y unos y otros pagan muy caros los placeres predecesores de una indigestion por lo menos. Unos y otros yendo y viniendo como ardillas, codeándose, haciendo por divertirse á la fuerza, rebelándose contra el hastío que los asalta aun en medio del placer, procuran llenar el vacío de una noche aun á costa de lo mas caro que tiene el corazon, y á costa de la salud y de la vida.

Habíamos llegado á este período del espectáculo que acabo de describir.

En medio de aquella confusion hacia yo el bullicioso con mis amigos, y sin embargo no podia echar de mí el pensamiento que traia á mi memoria las tranquilas noches de mi hogar pasadas con mi muger y mis hijos. Cuanto estaba viendo, puesto en contraste con esto, me hacia daño.

De repente una máscara me sacó de entre mis amigos y puede decirse que de entre mí mismo.

—¿Qué quieres máscara? ¿á dónde me llevas?

—Por ahí.

—Pues mira, te prevengo que si me haces perder de mis amigos, no te suelto en un buen rato.

—Consiento. ¿Quieres ser mio toda la noche?

—Entendámonos; si fueras bonita...

—No soy despreciable. Soy...

—¿Una morena graciosa con buenos ojos?

—No.

—¿Perteneces al tipo flamenco, del cual son una variedad nuestras gallegas?

—Tampoco.

—¿Eres una rubia enteca?

—¿Tengo yo trazas de enteca?

—Como estas noches se suele dar gato por liebre...

—Mira mi mano sin guante, observa mi cuello redondo...

—Tienes razon, y hasta la barbilla que principia á señalar un óvalo perfecto.

Me pareció que aquella máscara se iba permitiendo muchas libertades para con un padre de familia, y yo por mi parte á cada una de ellas protestaba á mi modo, cuando me mostró... (hermosísima mano, con permiso de usted.) Se la oprimí con suavidad é instancia, y... basta, ¿qué falta le hace á usted saber hasta qué punto llevé mis protestas?

—Si no fueses olvidadizo, yo te citaria una conocida tuya á quien me parezco mucho.

—Vamos, dime quién eres ó á quién te pareces.

—Debieras tú adivinarlo.

—No estoy yo ahora para hacer trabajar el magin; descúbrete, yo te prometo...

---Mira.

Era Genoveva, mas hermosa que nunca, Genoveva que ya no parecia la tímida doncella, Genoveva alegre, incitante, viva, con la misma belleza, pero con diferente carácter.

Al vérmela delante de un modo tan *exabrupto*, al recordar que todas las veces que le habia hallado en mi camino habia sido de una manera parecida, es decir, justamente cuando menos lo esperaba, quedé suspenso un momento. No parece sino que se trataba de turbar mi tranquilidad oponiéndome aquella muchacha siempre.

¡Con cuánto afan la habia buscado sin poderla hallar! cuando en aquella muger se hubiese cifrado mi felicidad. ¡Y cuándo la volvia á hallar! cuando ésta era incompatible con mis deberes contraidos, cuando yo era ya esposo y padre.

La pregunté por qué no habia procurado cuando salió de San Cárlos, que yo supiese su paradero, y me contestó que porque la repugnó hacer á la monja tercera en unos amores, y porque habia tenido vergüenza de decírselo á Juan, mi amigo; pero en cámbio ella sabia mi casa y me mandó un recado á los pocos dias. ¿Querrá usted creerlo? Por entonces precisamente mudé yo de hospedaje, y nos volvimos á perder el uno para el otro.

No pude menos, al oir esto, de admirar la pícara combinacion de los sucesos que así me habian tomado por juguete.

Cuantos hayan corrido detrás de ese fantasma

que llamamos felicidad, cuantos hayan sacrificado á los impulsos de su amor ó de su ambicion la tranquilidad del alma, convendrán conmigo en que la casualidad se rije por principios fijos, y que ellos como yo, al correr detrás del placer, tanto mas atrás se lo han dejado, cuanto mas han corrido detrás de él.

Desde aquella noche de máscaras hice voto de no desear nada de todo aquello que me plazca, por ver si así cuando menos me acuerde ó cuando menos lo desee, lo consigo como llovido del cielo.

EL REVES DE LAS COSAS.

—

Dos ideas contrarias son dos polos opuestos.

Para llegar desde el polo ártico al polo antártico se necesita hacer un viaje de algunos meses.

Parece lógico que para llegar desde una idea hasta su negacion, sea preciso, por lo menos, un viaje igual.

Sin embargo, nada hay mas cerca que una idea de su antítesis.

Voy antes á poner varios egemplos de ideas antitéticas, y os enseñaré despues el ingenioso recurso á favor del cual se simplifica tanto un viaje tan largo.

El amor, el desamor,—la duda, la evidencia,—la libertad, la esclavitud,—la poesía, la prosa, etc.

¿Qué muger os parece la mas bella, qué amor el mas durable, qué verdad os parece evidente? ¿qué ilusion es aquella á que mas culto rendís?

Pasad por el crisol de la práctica vuestra conviccion; convertid en hecho vuestro deseo, dad forma á lo que teneis en idea, gozad con los sentidos lo que habeis gozado en vuestra mente, y vereis cuán poco dista de la ilusion el desencanto, la prosa de la poesía, lo feo de lo bello.

El tránsito de una cosa á otra es imperceptible y gradual como lo es el de la noche al dia.

Tan imperceptible que habeis ido á tocar una cosa y os encontrais con otra.

Habeis hecho medio viaje de circunvalacion: partiendo de un polo, habeis ido á parar al otro polo.

Sin salir de vuestro objeto, habeis ido á dar en todo lo contrario de él.

De igual manera, sin salir de nuestro globo se llega á los antipodas.

Dios ha puesto el revés á todas las cosas, como ha puesto á cada polo su polo opuesto.

Para convencernos de su omnipotencia, en cada cosa que nos parece *una* ha hecho *dos*.

Creó la luz, y al cerrarse los primeros ojos que la vieron, deslumbrados por ella, se encontraron con la sombra.

Antes nadie distinguia las tinieblas: creada la luz, con solo este hecho, aparecieron dos cosas, luz y sombra.

Dios ha puesto el revés á todas las cosas para que todo lleve en sí su propio desencanto, su descrédito, su antítesis.

Es una especie de homeopatía, por medio de la cual se encarga de curarnos, el matrimonio del

amor, la anarquía de la libertad, la tiranía del miedo y del egoismo, la saciedad del deseo.

Dios ha querido que todas las cosas en este mundo tengan su oposicion, como los gobiernos representativos.

Por eso todo cuanto nos gustan las cosas por un lado, nos disgustan por otro.

Por un lado parecen decirnos—¿ves? es decir, ¿lo has visto ya? por otro—¿lo *revés*? es decir, ¿lo has vuelto á ver?

Y de esta segunda pregunta se desprende esta proposicion:—ahora decídete.

Pero esta proposicion es una burla: cuando las cosas nos dicen—decídete—ya no nos podemos decidir.

Es una suerte encontrarnos las cosas solo de cara.

¡Qué felices seríamos sin los *reveses* que la suerte nos guarda en todas las cosas!

No hay cosa mas sensible que un revés.

Y aun hay quien, vista la cara de una cosa, pasa mas adelante para encontrarse con un revés.

Valor se necesita para ser curioso.

Yo no sé por qué los hombres no se contentan con ver las cosas á medias.

Dichosos los que satisfechos de lo que tienen delante, nada hacen por ver mas allá.

Dichosos los hombres de cortos alcances, porque de ellos es el reino de este mundo.

UNAS COSAS POR OTRAS.

—

Cada dia es mayor el asombro que los sucesivos progresos de la civilizacion nos causan.

Vamos á citar uno de los que primero se nos vienen á la mano.

Un sábio estrangero, cuyo nombre ni nacionalidad no nos es fácil recordar, ha descubierto el arte de adivinar.

El medio no deja de ser ingenioso, y sobre todo, se aprende, hasta sin querer.

Se trata, por egemplo, de adivinar qué objeto es el que necesitamos en un momento dado.

Sea, verbi gracia, el sitio en que nos hallemos un paseo público, y sea la solucion que se busca la siguiente:—¿Quién de mis amigos me hará tal favor (un favor cualquiera) de que tengo necesidad en este momento?

Hecha la anterior proposicion, permaneced en el paseo todo el tiempo que creais necesario, y recorredlo por todos sus lados; os saludarán todos vuestros conocidos, os detendrán todos vuestros amigos; vereis á todas vuestras relaciones, sin escepcion alguna; encontrareis á todo el mundo.

Ahora bien, aquel de vuestros amigos á quien no hayais visto en el paseo, será el sugeto de quien necesiteis en tal momento.

Otros egemplos.

Buscad un párrafo en un libro: primero leereis todas las páginas, y despues de efectuada esta sencilla operacion, encontrareis en la última el pasage que buscais.

Buscad un objeto entre vuestros papeles: una ingeniosa combinacion irá presentando á vuestros ojos por riguroso órden de inutilidad cuantos papeles haya en el cajon de vuestra mesa, el mas inútil primero, el que busqueis el último.

Todo este trabajo que la naturaleza pone en hacernos incurrir en equivocaciones, nos hace creer que obedece á una ley fija, que este sistema preside á todos los actos de la naturaleza.

La vida es una série de equivocaciones.

Hacemos todo aquello que creemos deber hacer.

Y siempre nos equivocamos.

Por eso la gente ha resuelto la dificultad de la siguiente manera.

Se averigua qué es lo que se debe hacer para no hacerlo.

Esto pareceria una paradoja si la práctica no nos demostrase que es una verdad.

Todo esto pareceria una paradoja si una constante esperiencia no nos estuviese mostrando á cada momento, por egemplo, hombres que han tenido que hacerse abogados para llegar á ministros de Marina, otros que han tenido que llegar á coroneles de un cuerpo para hacerse gobernadores de una provincia, chicos que han tenido que ser unos malísimos estudiantes para ser unos escelentes empleados, literatos que han tenido que aprender el francés para escribir en castellano, etc., etc.

Egemplos que nos muestran hasta la evidencia que solo por una *equivocacion* solemos *acertar* con nuestra vocacion verdadera.

En esto se parece la generalidad á un sugeto que yo conozco que, por razon de ser tartamudo y por otras razones, habla tan mal que por equivocacion solamente dice alguna cosa bien.

Una vez, este amigo mio, no habiéndolo podido conciliar de otro modo, tenia una cita á la cual hubiera asistido con mucho gusto, si no hubiese sido á la misma hora en que habia de recibir en su casa á unos sugetos, con quienes habia de tratar negocios que lo urgian: el hombre estaba tan *despechado* por ello que cuando le ví no acertó á hablar claro, y me dijo que estaba entregado de lleno al *despecho* de los negocios, por decir, al *despacho* de los negocios.

Mas adelante abandonó éstos para tomar un destino del gobierno, bastante descansado: entonces podia faltar á la oficina, y cuando á ella iba, era para pasar un rato de soláz: en esta época cuando yo le encontraba por la mañana, me solia decir—Vo.... vo.... voy corriendo, que me urge mu....

mu.... mucho el des.... *desempacho* de la oficina.

En suma, este amigo mio siempre que dice una cosa por otra, suele decir una verdad, sin tener conciencia de ello.

Por eso digo yo que este señor es la casualidad hablando.

Y no necesitaríamos del diccionario para definirla, si anteriormente no estuviera ya definida y personificada.

En el café Helvético habia no hace mucho un mozo que servia á sus parroquianos de una manera estraña.

Nunca daba lo que le pedian.

Aquel mozo, pues, era la casualidad.

Nos hemos separado un poco del tema de este artículo.

Resumamos.

La filosofía ha dado un gran paso.

El sábio que he citado ha prestado un gran servicio á la ciencia.

El porvenir es nuestro; sabemos lo que nos ha de suceder: sabemos *el arte de adivinar* lo que no ha de venir.

La vida es una série de equivocaciones.

La muerte es la última que cometemos.

Todo el mundo se muere por una equivocacion.

Hay quien toma una noche de baile, de desvelo, de fatiga, de aburrimiento, y una fiebre además, por una diversion; y se muere.

Hay quien por tomar por lo sério una cuestion cualquiera, toma una sofocacion: y le sucede otro tanto.

Hay quien por correr tras de los sueños de su ambicion, corre á una muerte segura.

Hay quien toma un constipado por una pulmonía, y se muere.

Hay quien por tomar otra cosa mas de su gusto, toma derecho el camino del cementerio.

Escusado nos parece hacinar egemplos que prueben la verdad de nuestros asertos.

El mundo entero está lleno de egemplos de esta especie.

Despues de las anteriores, las equivocaciones mas importantes que ha hallado el autor en este libro son las siguientes:

Pag.	Lín.	Dice.	Léase.
19	18	de Estado	del Estado
34	20	el racionalismo	el racionalismo,
43	20	desde el capitolio	desde sus inmediaciones
43	25	que se ve.	que se va.
45	4	mata al hombre.	mata el hambre.
46	3	á un numismático	á un anticuario
59	3	Allí, queda	Allí queda
60	16	dejan la vuestra	dejan la suya
77	16	su punto,	su apuesta,
96	23	lo que pasaba	lo que le pasaba
98	20	su espiacion,	su espiacion:
107	5	mil no sé en qué	mil, no sé en qué
112	5	no es de este siglo	no es de este tiempo,
112	13	Hoy solo	Hoy soy
139	18	han sido criados	han sido creados,

EPILOGO.

—

El texto que aquí concluye no ha sido escrito con el propósito de darlo á luz: estaba escrito ya; varias carteras viejas olvidadas en el fondo de la mesa del autor, algunas cartas del mismo que sus amigos tenian la amabilidad de conservar, números de periódicos atrasados en que se hallaban insertos artículos del mismo, han proporcionado los heterogéneos elementos que han venido á constituir un libro.

Fragmentos incompletos, apuntes, pensamientos que nada dicen á la generalidad de los lectores, acaso en su conjunto no hay otro mérito que el que pueda tener para unos cuantos amigos íntimos del autor, la espontaneidad que se revela en varios de estos heterogéneos fragmentos.

Innecesario es decir, pues, que el autor no cree

que su libro tenga interés para ningun lector, esceptuando una docena de personas.

¡Y para esto se publica un libro!—dirá alguno.

¡Ahí verán VV!—digo yo.

El mal ya está hecho.

Tal vez añadirá alguno de los que, por fortuna mia y por desgracia suya, ó vice-versa, que todo puede ser, me están hojeando en este momento—«pues en tal caso, ¿para quién ó para quiénes escribe usted?»

Vamos á hacer varias suposiciones.

Suponga el lector que yo escribo para soláz de unos cuantos muchachos de buen humor, amigos mios, ó que escribo para soláz de una determinada persona y para aburrimiento de los demás; suponga que esa persona determinada soy yo.

¿Por qué no habia de ser verdad algo de todo esto que acabo de decir?

Y siéndolo, ¿qué tendria de particular?

Todos los que imprimen un libro ó un artículo, ¿escriben para el público?

¿Por qué no hemos de convenir en que muchas veces escriben esclusivamente para el fiscal de imprenta?

Ya Fígaro ha dicho algo de esto.

Y yo, en la necesidad en que me veo de estirar este original para que venga bien en el ajuste, de buen grado copiaria todo lo mucho y bueno que acerca del asunto dijo el Quevedo de nuestros dias, si tuviera á mano la coleccion de sus obras, ó en su defecto, la memoria del ciego del Escorial.

Pero ni lo uno ni lo otro.

Y sin embargo, como dijo Javier de Burgos, que me huele que algo parecido á esto dijo—*el riesgo crece, el tiempo urge; ahora ó nunca.*

Que es como si dijéramos, para que mis lectores lo comprendan, los cajistas piden original, este libro se publica en el folletin de un periódico, y el número ha de salir mañana indefectiblemente.

Con la precision con que un reloj dá las horas.

Con la precision con que todos los dias sale el sol.

Con la misma precision que tienen todas las cosas precisas.

Porque un periódico es una cosa precisa.

Y vean ustedes aquí por este motivo á un autor prolongando el epílogo de su obra, que es como si dijéramos, á un egecutor estirando la última hora de su víctima.

¡Qué simil mas horrible se me ha ocurrido.

La pluma se me cae de las manos.

Huyamos.

FIN.

INDICE.

—

	Pág.
Dedicatoria.	5
Introduccion.	7
El hielo artificial.	13
En Toledo (impresiones).	17
* * *.	21
La sonrisa de N.	23
Sobre ciertas particularidades de algunos edificios—obras literarias: obras de mampostería: luces del siglo, etc., etc. . . .	30
Aforismos caseros.	33
Nos vamos (artículo de viajes).	35
* * *.	42
Consideraciones.	45
* * *.	48
Otro poco de filosofía al pormenor. . . .	54
Matemáticas.	56
La última hora.	57
* * *.	62
Pensamientos.	64
Apuntes biográficos de un conocido escritor.	67
La última jugada.	77
Fábulas.	107
Pensamientos.	122
La fotografía.	129
El vapor.	137

Un hombre independiente. 142
El juego. 169
El teatro. 175
Un capricho (episodio). 181
El revés de las cosas. 200
Unas cosas por otras—fe de erratas. . . 203
Epílogo. 209

LIBRARY OF CONGRESS
0 021 100 859 3